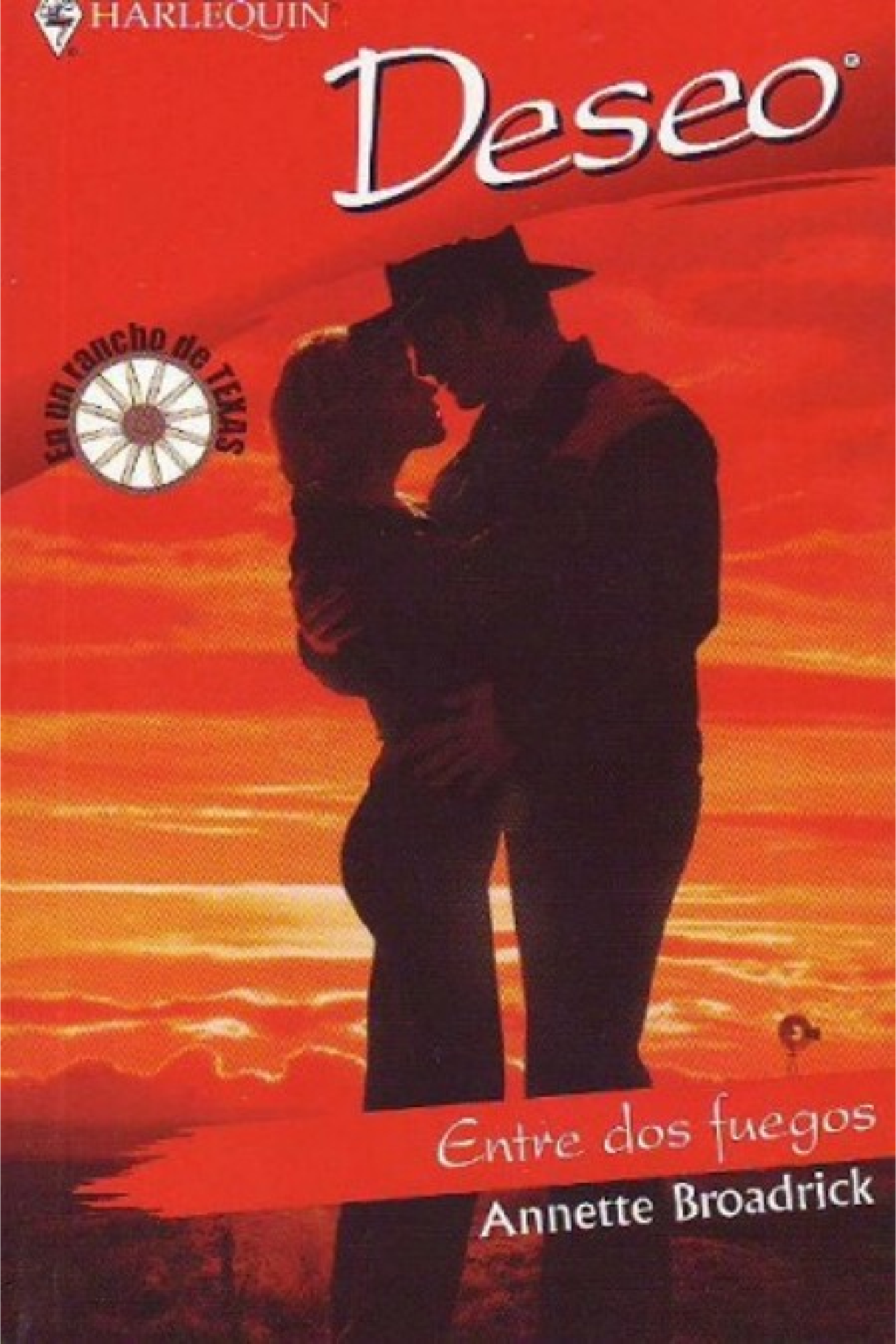

HARLEQUIN
Deseo
En un rancho de TEXAS
Entre dos fuegos
Annette Broadrick

Entre Dos Fuegos
Annette Broadrick
2º En un Rancho de Texas
Entre Dos Fuegos (2006)
Título Original: Caught in the Crossfire (2004) **Serie: 02 En un Rancho de Texas**
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1477
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jared Crenshaw y Lindsey Russell

Argumento

¡Lo habían encontrado en la cama con la hija del senador!

Aunque no recordaba nada, Jared Crenshaw estaba completamente seguro de que entre él y Lindsey Russell no había pasado nada. Sabía que si hubiera saboreado la pasión con aquella mujer lo recordaría, por mucho que tuviera amnesia. Aun así se había armado un terrible escándalo.

Así que Jared se casó con Lindsey porque era lo que debía hacer. Y cuando estuvieron juntos en la cama, Jared confirmó que sus sospechas eran ciertas: nunca había estado con aquella mujer porque ella nunca había estado con ningún hombre. Era evidente que le habían tendido una trampa… aunque era una trampa maravillosa.

Prólogo

Era mediados de octubre. Los Crenshaw de Texas estaban dando una fiesta y habían invitado a todo el mundo. Esa mañana, en una ceremonia privada, Jake, el hijo mayor de Joe y Gail Crenshaw, se había casado con Ashley, la hija única de Kenneth Sullivan, el capataz de Joe, y todos los amigos y vecinos estaban celebrándolo con una de las famosas barbacoas de Joe.

Los enormes robles que rodeaban la casa de estilo colonial resplandecían con pequeñas bombillas y docenas de antorchas daban luz a los invitados y ahuyentaban a los mosquitos.

El patio se había preparado como pista de baile y personas de todas las edades bailaban al ritmo de un grupo de música country.

Heather, la hija de cuatro años de Jake, de su primer matrimonio, corría entre los invitados con Blackie, su cachorrillo de tres meses, pegado a sus talones.

Joe y Gail la miraban divertidos desde una mesa, cerca del patio. La vida había cambiado mucho para ellos durante los últimos meses, desde que Jake supo que tenía una hija. Después de mucho tiempo, Gail era abuela. Era inmensamente feliz.

—Estoy encantada de ver a Heather jugar con los otros niños. Ha mejorado mucho desde que celebró su cumpleaños hace tres meses. Entonces, no dejó los brazos de Jake en toda la tarde.

—Creo que el cachorrillo la ha ayudado a superar su timidez —Joe miró a la gente que se apiñaba en la pista de baile—. Parece que todo el mundo está pasándoselo muy bien. Me alegro de que el tiempo haya ayudado.

—Nunca ha hecho mal tiempo en una celebración nuestra —Gail se rió—. ¿Te habías dado cuenta?

—Supuse que era lo que querías y he hecho todo lo posible por complacerte.

—Eres un presuntuoso —ella se inclinó hacia él y le dio un beso fugaz—. A veces me preguntó cómo he podido aguantarte todos estos años.

Él la estrechó contra sí y la besó en el cuello.

—¿Quieres que te lo recuerde? —le preguntó él seductoramente.

Ella se ruborizó y cambió de conversación antes de que él

siguiera por ese camino.

—Me alegro de que Jake y Ashley decidieran tener un noviazgo corto. Heather quiso que Ashley viviera con ellos en cuanto le dijeron que pensaban casarse. Es maravilloso que Jake vuelva a estar feliz después de estos años solo.

El grupo estaba tocando una canción lenta y Joe y Gail miraron a Jake y Ashley que bailaban muy abrazados.

Joe echó una ojeada para ver si encontraba a sus otros tres hijos.

—Espero que los otros tres sigan el ejemplo de Jake y sienten pronto la cabeza.

Los vio debajo de uno de los enormes árboles observando la fiesta desde una distancia prudencial. Joe los adoraba, aunque había sido complicado criarlos. Lo que no quería hacer uno, quería hacerlo el otro. Gail decía que eran fogosos. El creía que eran indisciplinados y revoltosos.

Sin embargo, tenía que reconocer que no habían salido nada mal. En realidad, estaba francamente orgulloso de ellos.

Gail y él se quedaron asombrados cuando Jason, el hijo menor, se presentó inesperadamente el día anterior. Había entrado en el ejército y en ese momento tenía un rango elevado y peligroso en el cuerpo de Operaciones Especiales.

Jude, el tercero, había estado los últimos tres años en la Agencia Nacional de Seguridad y estaba trabajando en una misión secreta en las afueras de San Antonio. Hacía ya mucho tiempo que Joe había aprendido a no preguntar nada sobre los trabajos de sus dos hijos menores. Estaba contento de que Jude hubiera estado suficientemente cerca como para poder ir a la boda.

Jared era el que le preocupaba algo más. Siempre había sido muy independiente. Era ingeniero petrolífero y estaba contratado en una de las mayores petroleras del mundo. Parecía contento con su trabajo de mediador de la empresa y viajaba de un punto candente del mundo a otro. Acababa de volver de Arabia Saudita.

Joe sabía que Jared hacía bien su trabajo. Tenía motivos, Jared había encontrado petróleo en el rancho un año antes de licenciarse en la Universidad de Texas. Sin embargo, le preocupaba que Jared buscara el peligro allá donde fuera. 0 era un temerario o estaba convencido de que era inmortal. Siempre se había expuesto mucho, desde niño. No se creía que Jared fuera a sentar la cabeza pronto.

Gail sonrió al ver a sus hijos enterándose de las vidas de los otros. Hacía mucho tiempo que los cuatro hermanos no estaban juntos.

Los hombres Crenshaw eran altos, rubios y con un aire atlético que hacía que cualquier ropa les sentara bien. Aunque comprarles ropa cuando eran niños resultaba una pesadilla porque no encontraba pantalones que se sujetaran en sus caderas ni que les cubrieran las piernas. Todos tenían el porte y el carisma de Joe, el porte y el carisma que la habían cautivado hacía tantos años. Se enamoró como una loca y nunca se arrepintió de lanzarse al matrimonio al poco de conocerse.

—Es estupendo tener a los cuatro en casa —comentó Joe como si le hubiera leído el pensamiento Gail.

—A mí me parece un milagro —replicó ella delicadamente.

—Una fiesta maravillosa... como siempre —les felicitó un vecino mientras se sentaba enfrente de ellos—. Os aseguro que no parecéis tan mayores como para tener cuatro hijos tan grandes y fuertes.

Joe miró a Gail con una ceja arqueada y una sonrisa provocadora que hizo que ella se sonrojara antes de que los dos soltaran una carcajada.

—En eso estoy de acuerdo contigo, Stu —replicó Joe.

—Jared, ¿conoces a la pareja que acaba de llegar? Ella está muy bien —le preguntó Jason.

Jared miró por encima del hombro y vio a la pareja a la que se refería su hermano.

—Sí, claro.

—¿Quiénes son? —le preguntó Jude.

—Es el senador Russell.

—¿De verdad? —intervino Jason—. ¿Qué hace un senador en una de nuestras fiestas?

Jared dio un sorbo de una botella de cerveza que tenía en la mano.

—Buena pregunta. Sabemos que la familia ha estado intentando conseguir más concesiones de agua. El senador preside el comité que decidirá si se aplica la ley que acaba de aprobarse. Quizá papá haya pensado que un encuentro casual entre las partes interesadas y Russell ayude un poco.

Los tres observaron cómo algunos invitados saludaban a la

pareja. El senador Russell tenía un aspecto imponente. Era alto y delgado y tenía una cabellera blanca y tupida. Su voz profunda podía oírse incluso desde aquella distancia.

—¿Es su mujer? —preguntó Jason.

Jared no había quitado los ojos de la joven desde que había llegado.

—No. Es viudo desde hace algunos años. Me pregunto si es su hija.

La mujer tenía una melena morena recogida en la nuca. El peinado indicaba distinción.

Parecía una mujer cara, algo que no era sorprendente dada la fortuna del senador. Además, estrechaba las manos como una reina que saludara elegantemente a sus súbditos.

—Si me perdonáis, creo que voy a presentarme. A lo mejor puedo distraerla mientras está aquí.

—Y conseguir su número de teléfono. Si fracasas, a lo mejor Jude o yo tenemos alguna oportunidad —comentó Jason.

Jared se alejó de sus hermanos entre las risas de éstos.

Una barbacoa texana no se parecía nada a las recepciones a las que Lindsey Russell iba con su padre en Washington. Sonrió al ver lo bien que estaban pasándoselo los invitados. La mezcla de música, conversaciones cruzadas y carcajadas no se parecía nada a lo que ella estaba acostumbrada y se sentía un poco abrumada.

Hacía algunos años que no iba a Texas. Ni siquiera había acompañado a su padre cuando había ido allí para encontrarse con sus electores. Se había quedado en una serie de colegios privados y luego en la Universidad de Georgetown, donde se licenció el junio anterior.

Entonces, Lindsey comprendió que su padre había planeado que ella se quedara en Washington para actuar de anfitriona en cenas y otras recepciones. A su padre le divirtió que se licenciara en Historia del Arte porque realmente daba igual, ya que no tendría que ganarse la vida por sí misma. El tenía pensado mantenerla hasta que se casara. Además, él, naturalmente, se ocuparía de que su futuro marido tuviera medios para darle una vida como a la que ella estaba acostumbrada.

Durante los últimos tres años, Lindsey deseó sinceramente que su padre se casara con alguna de las mujeres que cortejaba y que la

dejara a ella tranquila. Sin embargo, no parecía que pasara de la amistad con las mujeres y Lindsey había empezado a resignarse. Parecía como si él nunca la fuera a dejar tener su propia vida y tomar sus decisiones. Él no la hacía caso cuando ella intentaba decirle que no quería casarse todavía. Su objetivo más inmediato era encontrar un trabajo y mantenerse por sí misma. Su padre era como una gallina clueca que no la dejaba sola ni un instante y que la abrumaba para que supiera lo que más le convenía.

Ella había hecho todo lo posible por agradarlo. Había sacado muy buenas notas en el colegio e incluso se quedó en Washington para ir a la Universidad de Georgetown en vez de ir a la de Vassar, que era la que ella había elegido.

Lindsey había tomado una decisión firme y a él no le había gustado. Ella había creído que al quedarse con él unos meses después de terminar la Universidad aceptaría de mejor grado su intención de marcharse de casa. ¿Cómo había podido ser tan ingenua? Tendría que haber sabido que si había transigido con todo lo que él había querido durante toda su vida, en ese momento él tampoco iba a permitir que tomara una decisión sin su consentimiento. De ahí la acalorada discusión de esa mañana.

Ella había estado dos semanas en Nueva York visitando a Janeen White, una amiga de la Universidad. Habían congeniado inmediatamente cuando Janeen le contó que había elegido aquella Universidad para alejarse de su bienintencionada pero entrometida familia, que vivía en Nueva York. La familia de Janeen tenía una buena posición y se movía en los mejores ambientes. Sus padres, como el senador, creían que sabían lo que le convenía a Janeen. Ella, sin embargo, les hizo frente y se fue a estudiar a Washington.

Durante los cuatro años que pasó lejos de su familia, Janeen levantó las barreras que necesitaba en lo referente a su familia. Cuando se licenció, consiguió un trabajo en el Metropolitan Museum y se fue a vivir a su propio piso.

Gracias a Janeen, Lindsey, durante una visita a Nueva York, consiguió una entrevista con el conservador del museo. Lindsey casi se desmayó cuando el conservador le ofreció ser ayudante de un ayudante y empezar a trabajar en enero.

No podía contener la emoción y aquella mañana, durante el desayuno en el rancho de su padre, le dijo que a principios de años

se iría a vivir a Nueva York.

La reacción de su padre pudo oírse en México. Lindsey nunca lo había visto tan enfadado.

Pero tampoco le había llevado la contraria nunca.

Ella se había mantenido firme, pero también mantuvo la calma y le costó muchísimo no dejarse llevar por la furia. Todavía temblaba cuando se acordaba de la escena.

—¿Qué quieres decir con que has aceptado un trabajo en Nueva York? ¿Te has vuelto loca?

—le preguntó él mientras daba un golpe en la mesa.

Afortunadamente, ya habían terminado de comer, aunque las tazas de café se derramaron en la mesa.

Él la miró fijamente sin importarle el estropicio.

—Papá —replicó ella sin perder la calma—, entendería tu reacción si yo tuviera dieciséis años y acabara de decirte que iba a fugarme con un domador de elefantes, pero tengo veinticinco años y la mayoría de la gente de mi edad lleva muchos años trabajando.

—Tú no eres la mayoría de la gente, Lindsey. Tú eres mi hija y no hay ningún motivo para que te pongas a trabajar y menos de ayudante de un ayudante. Es rebajarte.

—Yo les pagaría por tener la oportunidad de trabajar en el museo —dijo ella en tono paciente—. Voy a aprender de especialistas y conseguiré la mejor formación posible en mi terreno.

—Tu terreno... No puede decirse que tener cierto interés por la Historia del Arte sea un terreno profesional.

—Más aún —ella no dejó de mirarlo a los ojos—, cuando decida casarme, si lo hago, yo decidiré quién es el novio; no lo harás tú, ni tus amigos con hijos casaderos ni el que tenga el boleto ganador en alguna rifa de la alta sociedad...

Él se levantó y la miró con furia.

—Estás insubordinándote y no lo consentiré. ¿Me has entendido?

Ella también se levantó y se apoyó en la mesa para sujetarse.

—¿Te das cuenta de lo que has dicho? Acabas de darme la razón. Sólo alguien sumiso puede insubordinarse y yo no soy uno de tus subordinados.

—Me debes respeto y no veo que tu actitud de esta mañana sea nada respetuosa.

—Claro que te respeto. Siempre lo he hecho. La cuestión es que ésta es la primera vez que no me he conformado cuando has decidido el siguiente paso que tenía que dar.

—¡Maldita sea! No te he llevado a todos esos internados y colegios tan selectos para que ahora te enfrentes a mí. ¿Qué ha sido de la joven dulce y obediente que yo quería?

—Ha crecido, papá —Lindsey suspiró y fue a dirigirse hacia su cuarto.

—Tu madre estaría espantada ante la idea de que vivieras sola en Nueva York. Espantada.

Contaba con eso. Era uno de sus recursos para conseguir que hiciera lo que él quisiera.

Lindsey se paró en la puerta y se dio la vuelta.

—¿Sabes una cosa, papá? He oído distintas variaciones de ese comentario durante toda mi vida. No sé lo que mi madre habría querido para mí a estas alturas de mi vida, pero tú tampoco lo sabes. Mamá murió hace diecisiete años y yo ya no soy la niña de ocho años que quedó contigo. El mundo ha cambiado mucho durante ese tiempo y yo también. Te quiero, nunca lo olvides, pero ya soy adulta. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

Independientemente de lo que digas, me voy a Nueva York en enero.

Él se congestionó de ira.

—Esta discusión no va a quedar así, aunque te vayas de la habitación.

Él, por lo menos, le había advertido de que esa casa sería un campo de batalla durante lo que quedaba de año.

Era verdad que ella no tenía necesidad de trabajar. La ultima primavera, al cumplirse lo estipulado, había recibido la herencia de su madre, ante la furia de su padre, que ya no podía amenazarla con no darle dinero si no hacía lo que él quería. Ya no podía amenazarla con nada y ella sintió un alivio enorme ante esa sensación de libertad.

Efectivamente, esa noche había ido para ayudar a limar las tensiones entre ellos. Para ella era muy fácil asistir a la fiesta de una familia que había ayudado económicamente para que su padre fuera senador, aunque no conociera a nadie.

Los niños corrían de un lado, a otro y ella se había dado cuenta

de que casi todos los hombres mayores estaba reunidos alrededor de la parrilla y que las mujeres mayores se entretenían entre ellas.

Todas las mujeres de su edad tenían pareja. Ella se sentía un poco desplazada al estar con su padre. Sabía codearse tranquilamente con estadistas e incluso con la realeza, pero nunca había aprendido a tratar con vaqueros o rancheros texanos y sus novias o esposas.

La casa de los Crenshaw le había sorprendido. Las paredes de adobe y las tejas rojas hacían que pareciera sacada de una película. El enorme patio estaba rodeado de arbustos de la zona y el extenso césped era el sitio ideal para dar una fiesta.

En Texas, todo el mundo había oído hablar de la familia Crenshaw. Sus posesiones en Hill Country eran tan grandes como Rhode Island, o mayores. Su padre le había contado que esas tierras eran de los Crenshaw desde hacía bastantes generaciones.

Su padre le interrumpió los pensamientos.

—Hay una serie de personas con las que quiero hablar —le explicó él con una sonrisa, como si no llevaran todo el día discutiendo—. ¿Por qué no vas con esas mujeres y conoces a algunas de estas personas?

El no esperó la respuesta y Lindsey se quedó mirando cómo se abría paso entre la gente, estrechaba manos y recibía palmadas en la espalda. El estaba en su elemento y ella completamente fuera de él. Miró a las señoras que él le había mencionado. La más joven tendría unos cincuenta y tantos años.

—Buenas noches —un voz profunda surgió inesperadamente—. Creo que no nos conocemos.

Ella se volvió para ver de dónde había salido esa voz. Se encontró con un hombre que irradiaba confianza en sí mismo. Tenía motivos. Era rubio, alto, de hombros anchos y caderas estrechas, era la encarnación de la esencia texana, con una sonrisa resplandeciente en un rostro bronceado y unos ojos tan azules que daban ganas de zambullirse en ellos. Seguramente sabría la impresión que causaba en las mujeres, pero eso no le restaba un ápice de atractivo.

A ella se le aceleró el pulso y sonrió, más por nerviosismo que por él. Un hombre apuesto con vaqueros ajustados tenía algo que la atraía más que todos los hombres con traje y corbata que había tratado durante su vida.

Él alargó la mano y ella se la estrechó.

—Me llamo Jared Crenshaw —se presentó él mientras ponía la otra mano sobre la de ella

—. Tú debes de ser... —hizo una pausa y sonrió de oreja a oreja.

Ese Jared Crenshaw podía ser un peligro para su estabilidad mental.

—Lindsey Russell —terminó ella con una sonrisa igual de franca.

De modo que era un Crenshaw. Ya entendía que pareciera tan seguro de sí mismo. Su belleza rubia habría sido suficiente para atraer a cualquier mujer, pero, además, tenía dinero y prestigio.

—Encantada de conocerle, señor Crenshaw. Es el primer Crenshaw que conozco.

Él la miró fijamente a los ojos.

—Resulta que el señor Crenshaw es mi padre. Por favor, llámame Jared.

Ella retiró la mano delicadamente.

—No le conozco lo suficiente como para tomarme esa confianza.

Él sonrió con picardía y ella supo sus pensamientos como si los hubiera dicho en voz alta.

Lindsey se sonrojó y esperó que él no se hubiera dado cuenta. Nunca había sentido tan abrumadoramente la presencia de un hombre.

Qué encanto. Jared nunca había visto a una mujer adulta que se ruborizara. Ella le gustaba.

Tenía unos ojos muy expresivos rodeados de unas pestañas tupidas, una sonrisa preciosa, como si no tuviera muchos motivos para sonreír, un cuerpo esbelto y su cabeza casi no le llegaba a los hombros. En realidad, no era su tipo. En principio, a él le gustaban altas, rubias y con ganas de pasárselo bien sin ataduras. La verdad era que le gustaban las mujeres... cualquier tipo de mujeres. Lo único que no le interesaba por el momento era casarse con una.

La hija del senador era distinta y le gustaba esa diferencia. Su belleza quizá fuera más sutil, pero no menos impresionante.

—Entonces, tendremos que hacer algo para que te sientas en confianza —ella volvió a ruborizarse y él extendió la mano con la palma hacia arriba—. Te presentaré a la gente.

El esperó a ver qué hacía ella. Estaba provocándola para ver si podía derribar un poco el muro de cautela que parecía rodearla. Él

podía captar las dudas que la abrumaban, no sabía muy bien cómo tratarlo sin parecer brusca. Su educación se impuso y posó la mano en la de él.

Él estuvo a punto de abrazarla. Era un encanto.

—Creo que la mitad de las personas que hay aquí son parientes míos —Jared le guiñó un ojo—. Naturalmente, ninguno es tan guapo como yo —ella lo miró atónita y él soltó una carcajada—. Era una broma. Me parece que vas a tener que acostumbrarte a mi sentido del humor.

Si las cosas le iban bien, ella pasaría bastante tiempo con él. No le importaba que fuera la hija de un senador, sólo quería estar un rato con ella.

Lindsey no sabía cómo tomarse los comentarios de Jared. Podía estar bromeando o ser un arrogante insufrible.

—Espero que tengas hambre —le comentó él mientras cruzaban el césped entre la gente—.

Papá hace la mejor barbacoa que hayas comido en tu vida.

A ella no le gustaba especialmente la barbacoa, pero prefirió no decirlo.

—La verdad es que no tengo mucha hambre —replicó ella a medio camino entre la educación y la sinceridad—, pero, naturalmente, probaré un poco.

Él no dejó de mirarla fijamente a la cara y ella llegó a preguntarse si tendría una mancha o algo parecido.

—¿Me pasa algo? —preguntó ella por fin.

—Nada, señora —él sonrió—, no le pasa nada, sólo que es muy atractiva. ¿Sabes? Me extraña no haberte visto antes. ¿Tu padre no tiene un rancho al otro lado de New Eden?

—Sí, pero he ido muy poco por allí. Fui al colegio en el Este y casi todos mis amigos viven allí.

—Es una gran pérdida para nosotros.

Jared puso los ojos en blanco y ella supo que estaba tomándole el pelo otra vez.

—¿A qué te refieres?

—A todos los hombres que vivimos por aquí. Pero acuérdate de que yo te vi el primero.

Ella se paró en seco.

—Parece como si quisieras marcarme a fuego con tus iniciales.

Él soltó una carcajada.

—No se me había ocurrido, pero no es una mala idea.

Ella lo miró fulminantemente, aunque notó que a él no le impresionaba.

—Ni lo sueñes, vaquero.

Él seguía riéndose cuando llegaron a una mesa enorme con comida suficiente para dar de comer a un regimiento. Había judías blancas, ensalada de col y todo tipo de postres. Al final de la mesa, un par de hombres servían la barbacoa. Ella se sirvió un poco de todo, pero el plato le quedó lleno de comida. No podría comerse ni la mitad de aquello. El, por su lado, se puso un gran filete de carne y varias costillas de cerdo.

Jared le señaló una mesa con la cabeza.

—Aquélla es mi familia. Vamos. Podemos sentarnos allí y te los presentaré.

¿Qué impresión daría...? Parecía como si estuviera muerta de hambre. No recordaba haberse sentido tan incómoda nunca. Era como si no le sirviera ninguna de las normas de protocolo que había aprendido durante toda su vida.

—Mamá, papá, quiero presentaron a Lindsey Russell, la hija del senador —dijo Jared mientras se sentaban y sonreía a Lindsey—. Joe y Gail Crenshaw...

—Encantada —dijo ella con una sonrisa.

—Esta mujer se ha perdido muchas cosas —aseguró Jared con gesto serio—. Casi no conoce Texas y nunca había estado en una de nuestras barbacoas. Estoy intentando repararlo.

Lindsey lo miró sin salir de su asombro.

—No le hagas caso —intervino la madre de Jared—. Prefiere bromear a comer —lo miró empezar a comer—. Bueno, podemos dejarlo en un empate. Encantada de conocerte, Lindsey.

Tu madre y yo éramos compañeras de clase y amigas. Sé que ella estaría encantada de ver lo estupenda que eres.

Lindsey dejó el tenedor en el plato.

—¿La conoció? —preguntó con asombro.

—Sí. Nuestros padres eran buenos amigos y las dos pasamos mucho tiempo juntas cuando éramos unas jovencitas, hasta que ella se fue a una Universidad privada del Este y perdimos el contacto. Cuando se casó y vino aquí con tu padre, volvimos a vernos de vez

en cuando.

—No me acuerdo de nada de eso.

—Ya me lo imagino. Tienes raíces muy profundas aquí, en Hill Country, ¿no lo sabías?

—Alguna vez me gustaría hablar contigo de ella. Me gustaría saber muchas cosas, pero mi padre se deprime si saco el tema y ya he dejado de preguntarle cosas de ella.

—A mí me encantaría, Lindsey. Llámame cuando tengas un hueco y nos veremos.

—Hablando de llamadas —intervino Jared—, ¿podrías darme tu número de teléfono? En el listín sólo sale la oficina del senador de Texas, supongo que no quiere que lo molesten en su casa.

Ella lo miró fijamente.

—¿Mi número de teléfono?

—No te hagas la sorprendida —replicó él—. Si voy a enseñarte todo lo texano, tendré que pasar algún tiempo contigo, ¿no? Ya sé que para mí será un esfuerzo enorme, pero creo que podré aguantarlo.

Sus padres se echaron a reír y Lindsey comprendió que volvía a tomarle el pelo. El era completamente distinto a los otros hombres que había conocido y le costaba saber cómo tratarlo.

—Bueno —replicó ella por fin—. Te daré mi número de teléfono. Todo sea por el patriotismo texano, naturalmente.

Joe miró a Jared.

—Creo que te ha tomado la medida, hijo. Puede responder a todo lo que digas.

Lindsey acabó pasándolo muy bien con los Crenshaw. Le divirtió que los padres se pusieran de su lado cuando Jared intentaba meterse con ella. No recordaba haberse reído tanto.

Eran simpáticos y naturales. Además, la madre de Jared había conocido a su madre, lo cual hacía que se sintiera muy cerca de ella.

Jared se inclinó hacia ella.

—¿Quieres bailar?

Ella miró hacia la repleta pista de baile.

—No conozco esos bailes, pero gracias.

—Entonces, es una buena ocasión de empezar a enseñarte la cultura de Texas —la tomó de la mano con una leve reverencia—.

¿Me concede el honor de bailar conmigo, alteza?

—¿Cómo me has llamado?

—Tu esmerada educación me ha recordado a alguien de la realeza.

—¿Soy envarada?

Gail y Joe se rieron.

—No, eres regia. Me gusta eso en una mujer.

Ella le tomó la mano.

—¿Cómo iba a rechazar una petición tan halagadora? —contestó ella imitando un tono chapado a la antigua—. Me lo he pasado muy bien con vosotros —les dijo a Gail y Joe—. Te llamaré pronto para charlar —añadió a Gail.

Lindsey aprendió pronto los pasos del baile en fila y se lo pasó muy bien. Fue desinhibiéndose y acabó bailando con varios hombres a pesar de la mueca burlona y malhumorada de Jared.

Era un tipo curioso. A pesar de su aire de chico de campo, no podía disimular su inteligencia y su entusiasmo por la profesión que había elegido, algo que la impresionaba. Él seguramente no tenía ninguna necesidad de trabajar durante el resto de su vida y aun así había encontrado algo que le encantaba. Como ella. ¿Cómo no iba a admirar la ambición de él?

De vez en cuando captaba una mirada de su padre, que, evidentemente, estaba encantado de verla bailando y divirtiéndose. Ella ya no le tenía tan en cuenta su obstinación y sabía que él la quería. Antes o después, él aceptaría su decisión de vivir por su cuenta. Aprendería a ser más paciente con él. Al fin y al cabo, ella era la única familia que él tenía. A esa edad, seguramente él la necesitaba más a ella que ella a él.

Acabó haciéndose tarde y los bailarines fueron retirándose. El grupo tocó unas baladas y Jared la estrechó contra sí con los brazos alrededor de sus caderas. Ella no estaba acostumbrada a que la estrecharan tanto, pero comprobó que los otros hombres agarraban igual a sus parejas y que ellas bailaban con los brazos alrededor del cuello del hombre. Jared era mucho más alto que ella y tuvo que apoyar las manos en su pecho.

—Me alegro muchísimo de que hayas venido a la fiesta —le dijo Jared—. Me habría encantado conocerte hace unos años. Aunque entonces habrías sido demasiado joven para salir conmigo.

Ella se apartó un poco para mirarlo.

—¿Cuántos años crees que tengo?

El la miró fijamente.

—Veintiuno...

—Veinticinco.

—¿En serio...? Bueno, aun así, soy seis años mayor que tú. Si hubieras venido al colegio aquí, habrías sido una niña cuando yo me fui a la Universidad. Es un buen momento para conocernos.

Ella notaba los botones de su camisa contra su pecho y en uno de los giros la pierna de él entró entre las de ella. Ese leve roce no sólo la excitó a ella, sino que también le excitó a él y su reacción no le pasó desapercibida a Lindsey.

Entonces, ¿por qué no se apartaba? Nunca había permitido que nadie la agarrara de aquella manera. Estaba descubriendo una parte sensual que ella no sabía que tenía. Jared Crenshaw estaba enseñándole más cosas de las que él sospechaba y ella se sentía vulnerable. Se consideraba lógica y racional y los sentimientos que él le despertaba la desconcertaban. Aunque sabía que él no tenía planes a largo plazo con ella. Dos de los hombres con los que había bailado ya le habían informado de que Jared Crenshaw coqueteaba con todas. A ella le pareció tranquilizador. No tenía ninguna intención de tener una relación seria con alguien de Texas cuando iba a irse a Nueva York.

Si era sincera, tenía que reconocer que lo pasaba bien con él y que él parecía pasarlo bien con ella. Eran adultos. ¿Por qué no iban a pasar algún tiempo juntos?

La canción terminó y el grupo se tomó un descanso.

—Has estado muy callada —le comentó Jared mientras se separaban—. ¿Ya estás aburrida?

—Al contrario, señor Crenshaw —contestó ella en tono burlón —. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—Señor Crenshaw, ¿eh? —replicó él con un falso tono de enfado mientras la tomaba de la mano y la llevaba detrás de unos arbustos —. Voy a tener que hacer algo para que dejes de llamarme señor.

Antes de que ella supiera qué estaba pasando, él le tomó la cara entre las manos y la besó levemente en los labios. Lindsey podría haberse apartado fácilmente, pero se dio cuenta de que no quería hacerlo. Aun más, se puso de puntillas y le devolvió el beso. El dejó

escapar un ruido sordo y profundizó el beso.

Lindsey, aturdida por el torbellino de sensaciones, sólo pudo suspirar de placer. No era una especialista en la materia, pero le pareció que Jared besaba magistralmente. Cuando él apartó la cabeza, la cabeza de ella le daba vueltas a toda velocidad.

—¿Cómo me llamo? —susurró él.

—Jared —contestó ella con una sonrisa.

—Efectivamente. Aunque esperaba haber tenido que convencerte más.

—Ah, estoy plenamente convencida. Ya nunca volveré a imaginarte como el señor Crenshaw.

—Perfecto. Ya he cumplido uno de mis objetivos.

—¿Sólo uno?

—No pensarás que voy a contarte todos mis secretos, ¿no?

—¿Forma parte de mi aprendizaje de la cultura de Texas?

Él soltó una carcajada.

—Eres única, Lindsey Russell. No sabes cuánto me alegro de que hayas venido a la fiesta.

—Me lo he pasado muy bien —ella echó una ojeada alrededor —, pero ¿no crees que deberíamos dejar de escondernos entre los arbustos?

—Si te empeñas...

—Me empeño.

Él la tomó de la mano y la acercó hacia sí.

—Vamos a beber algo. Tengo que refrescarme —la miró por el rabillo del ojo—. Por el baile, ya sabes...

—Claro —replicó ella en tono inocente.

Fueron a por las bebidas y se sentaron. Lindsey estaba asombrada del tamaño de la casa.

—¿Vives aquí?

El también miró la casa.

—Creo que toda la familia podría vivir aquí y casi no vernos, pero no, sólo mi hermano Jake y su mujer viven aquí. Hay distintos Crenshaws que tienen casas diseminadas por la finca, unos trabajan allí y otros sólo viven. Hace unos años, mis padres se hicieron una casa más pequeña a unos kilómetros de aquí. Si sigues esa carretera, encontrarás las casas de los empleados. Algunos son descendientes de las primeras familias que trabajaron para Jeremiah Calhoun, el

fundador de la dinastía. Yo me he quedado en una de las casas para los empleados casados que estaba vacía. Es suficientemente grande para mí, está amueblada y tiene todos los electrodomésticos.

—Supongo que te haces la comida... —bromeó ella.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Antes dijiste que has estado trabajando en Arabia Saudita. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Descansar. Ayudo a Jake con el rancho para no olvidarme. Me encanta este sitio, pero me impaciento si estoy mucho tiempo en el mismo sitio —la miró a la cara—. ¿Y tú? Dijiste que te habías licenciado, ¿Qué vas a hacer?

—En enero empezaré a trabajar en el Metropolitan Museum de Nueva York.

—¡De verdad! ¿Cómo lo has conseguido nada más terminar la carrera?

—Naturalmente, con contactos.

—¿Tu padre?

—¡No! Si fuera por él, nunca me iría de casa.

—Es un poco posesivo, ¿no?

A Lindsey le costaba concentrarse en la conversación y la mirada de él indicaba que tampoco prestaba mucha atención a la charla. La expresión ardiente dejaba muy claro lo que él habría preferido estar haciendo en ese momento y ella estaba segura de que por eso estaban a la vista de todo el mundo. Lindsey sentía cierta decepción de que él no volviera a besarla, pero también tenía que reconocer que era lo más acertado.

—Mi padre no está mal, pero no tengo mucho interés en hablar de él.

El dio un sorbo de su bebida.

—Yo tampoco. Prefiero mucho más hablar de ti.

—Entonces, vas a aburrirte porque ya te he contado toda mi vida.

—Seguro que te has callado algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Un novio, o muchos... —él arqueó las cejas.

—Vaya... ahora empezamos a intercambiar historias de nuestra vida amorosa...

—No de tu vida. Sólo quiero saber si estoy en terreno vedado.

—¿Terreno vedado? Tus expresiones texanas a veces me desconciertan.
—Estás evitando la respuesta.
—En estos momentos no salgo con nadie.
—Perfecto.
—Sin embargo, no tengo intención de meterme en algo serio hasta dentro de mucho.
—Perfecto —repitió él entre risas—. Dame tu número de teléfono y te llamaré. Tienes que aprender muchas cosas de Texas y soy el profesor más indicado.
Ella buscó un trozo de papel en el bolso, apuntó el número de teléfono de su casa y del móvil y se lo dio. Él asintió con la cabeza, lo dobló y se lo guardó en la cartera.
Más tarde, cuando Lindsey y su padre ya se iban a su casa, su padre se dirigió a ella.
—Me alegro de que te hayas divertido esta noche, cariño. He visto que uno de los chicos Crenshaw te ha monopolizado. ¿Cuál de todos era? Los confundo.
—Jared.
Ella no quería hablar, quería cerrar los ojos y revivir la noche desde el momento en que Jared se le presentó.
—Ah, el ingeniero petrolífero...
—Efectivamente.
—Alguien me ha contado que acaba de volver de Oriente Medio.
—Así es.
Recorrieron unos kilómetros absortos en sus pensamientos hasta que su padre rompió el silencio.
—¿Sabes? No estaría mal que cazaras a un Crenshaw. Tienen mucha influencia en este Estado.
Ella lo miró y comprobó que lo decía en serio, pero ella intentó quitarle importancia al comentario.
—Papá, sólo he bailado con él. No me he ofrecido para ser la madre de sus hijos —se ruborizó sólo de pensarlo.
—¿Piensas volver a verlo?
—Es posible. Me ha dicho que me llamaría.
—Estupendo.
—Papá, salga o no con Jared, en enero voy a irme a Nueva York.
Él no dijo nada inmediatamente y cuando lo hizo intentó que

sonara desenfadado.

—Bueno, todavía faltan un par de meses hasta enero…

Ella cerró los ojos. Oiría muchas variaciones del tema hasta que se fuera a Nueva York y tendría que aprender a no entrar al trapo.

Capítulo 1

Tres semanas más tarde...

Jared se despertó bruscamente al oír un golpe de la puerta. En ese momento, sólo sabía dos cosas: que tenía una resaca espantosa y que la puerta de su dormitorio se había abierto violentamente y había golpeado contra la pared.

Vivía solo y no había motivos para que nadie irrumpiera en su cuarto. Abrió penosamente los ojos y comprendió que el dolor de cabeza era el menor de sus problemas. Aquél no era su dormitorio. ¿Dónde estaba? Miró fijamente el embozo de encaje y luego miró lentamente el resto del cuarto. Su dormitorio no olía a flores y no tenía unos muebles tan delicados. Vio unas estanterías llenas de muñecas y volvió a cerrar los ojos Quizá la resaca estuviera afectando a su visión. Se frotó los ojos y volvió a abrirlos.

Parpadeó al ver a dos hombres en la puerta. Dos hombres con aspecto muy enfadado.

Eso explicaba muchas cosas. Era una pesadilla. Si no era un sueño, entonces, era que se había muerto y estaba en el infierno. No encontraba otro motivo para que su padre y el senador Russell lo miraran desde la puerta.

¡Era el padre de Lindsey Russell!

Jared miró hacia otro lado con la cabeza entre las manos. Debería haber sabido a quién iba a encontrarse, pero no conseguía entender nada.

Lindsey estaba al lado de él con una mano debajo de la mejilla. ¿Cómo podía estar dormida después del follón que habían organizado sus padres?

El ya tenía muy claro que estaba metido en un lío muy gordo. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando, él no tenía ni idea de lo que estaba haciendo en la cama de Lindsey e iba a ser muy difícil explicarlo. Naturalmente, sabía lo que estaban pensando los dos visitantes, pensaban lo mismo que habría pensado él si estuviera en su lugar.

En ese momento, no podía acordarse de que esa noche se hubiera acostado con Lindsey.

¿Cómo era posible? Habían salido juntos, eso sí lo sabía, pero

también sabía desde el principio que ella no se acostaría con él. Aun así, había seguido saliendo con ella para pasar juntos todo el tiempo que ella le permitiera.

Ella le gustaba mucho y si le hubiera dado la más mínima señal de que daría el paso siguiente, él se habría lanzado en picado. ¿Habría pasado eso la noche anterior? Si fue así, ¿por qué no se acordaba? Intentó recordar la noche anterior. Estaba seguro de que no habían pensado verse. Había trabajado todo el día con Jake, un trabajo físico, y al terminar le dolían todos los músculos. Se acordaba de haberse aseado en su casa y de haber ido al pueblo para comer algo.

Jared se rascó la cabeza como si quisiera poner en marcha el cerebro.

Cuando estaba en el bar Mustang de New Eden, el pueblo más cercano al rancho, se encontró con Matt y Denny. Los conocía desde niños y después de comer algo jugó una partida de billar con ellos.

¿Cuándo empezó a beber tanto como para tener ese dolor de cabeza y no recordar nada más? Miró a los hombres y ellos lo miraron a él como si fuera la peor escoria. La situación no era para menos.

Jared se incorporó como pudo y apoyó los codos en las rodillas para sujetar la cabeza.

—Puedo explicarlo… —dijo lentamente con una voz cazallera—. Veréis… —miró a su padre, que estaba apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados—. La verdad, es que no sé ni cómo he llegado hasta aquí, ni por qué estoy aquí.

Miró a Lindsey, que estaba increíblemente guapa a esa hora de la mañana. Tenía la cara un poco sonrojada y el pelo oscuro sobre los hombros y la almohada.

Hizo un esfuerzo para volver a mirar a los hombres.

—Creo que nosotros podemos imaginárnoslo sin que entres en detalles —replicó su padre casi en un susurro.

Jared hizo una mueca. Respetaba a su padre más que a nadie en el mundo, pero sabía que cuanto más suavemente hablaba más furioso estaba.

Lindsey se movió, se sentó, se tapó con la sábana y miró a Jared con los ojos como platos.

—Jared… —dijo en tono de incredulidad—. ¿Qué… haces aquí?

El se aclaró la garganta.

—Yo... esperaba que me lo dijeras tú.

Entonces, Lindsey vio a los hombres que estaban en la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó mientras se ponía roja como un tomate —. ¿Qué está pasando?

Él entendió perfectamente su reacción de asombro porque era un reflejo exacto del que sentía él. Estaba sinceramente sorprendida y la presencia de sus padres no ayudaba nada. El alargó una mano hacia ella mientras pensaba qué decir.

—Jared, propongo que te vistas y lo hablaremos luego —intervino su padre.

El senador Russell habló por primera vez con un tono de cólera evidente.

—Lo hablaremos ahora, Joe. Lo único que hay que decidir es el día y la hora de la boda. ¡Y

lo mejor será que sea pronto!

—¡Boda! —exclamó Jared mientras se sujetaba la dolorida cabeza.

Lindsey se puso muy tiesa y miró a los tres hombres.

—Ni hablar. No voy a casarme con nadie, así que olvidaros.

Lindsey, con mucha dignidad, agarró la bata y se la puso encima del camisón. Luego, se levantó, fue al cuarto de baño como si no hubiera nadie y cerró la puerta.

Jared ya estaba cansado de aquella farsa. Puso los pies en el suelo y sintió que el estómago se le revolvía. Se llevó las manos a la cabeza y gruñó.

—No sé qué está pasando ni cómo he llegado hasta aquí, pero os juro que no la he tocado.

—¿Cómo sabes lo que has hecho si ni siquiera te acuerdas de cómo has llegado aquí? —le preguntó el padre de Lindsey.

Jared se irguió y lo miró a los ojos.

—Porque no me aprovecharía de Lindsey de esa manera. Ella lo sabe. Además, ya la has oído. Ella estaba igual de sorprendida de encontrarme aquí —hizo una pausa y miró detenidamente a los dos hombres—. Tampoco entiendo qué estáis haciendo aquí. Lindsey y yo somos adultos y no es incumbencia de nadie si dormimos juntos.

Joe sacudió la cabeza y se dio la vuelta.

—Vístete un poco y hablaremos —le dijo por encima del hombro

antes de salir de la habitación.

Jared buscó su ropa. Estaba tirada por todo el suelo, como si se la hubiera quitado con prisa. Se había quitado todo menos los calzoncillos. Era un pequeño consuelo.

Si hubieran hecho el amor, ninguno de los dos llevaría nada encima. Estaba seguro de eso.

Ella llevaba un camisón e, independientemente de cómo hubiera llegado allí, no se había aprovechado de ella. Jared se puso los vaqueros, y sin hacer caso del senador, luego se puso los calcetines, las botas y la camisa, agarró el sombrero y salió de la habitación. Joe lo esperaba en la sala. Jared siempre había esperado que su padre nunca lo mirara con esa cara de desprecio.

—Me siento profundamente decepcionado, Jared. Nunca te he dicho nada de tu vida social porque eres recto, pero nunca habría pensado que un hijo mío seduciría a una chica inocente y luego fingiría que no se acordaba. Has deshonrado el nombre de la familia. Si quieres saber lo que pienso, te diré que si el senador cree que tienes que casarte, entonces ya puedes ir lustrándote las botas y preparando tu mejor traje porque habrá boda si depende de mí.

—Suena a amenaza —replicó Jared lentamente y sin dejar de mirarlo a los ojos—. Sin embargo, pienses lo que pienses, sé con certeza que anoche no le hice nada a Lindsey. No ha habido seducción ni traición y no voy a permitir que ni tú ni nadie me obligue a un matrimonio que no queremos ninguno de los dos.

Joe y su hijo no apartaron la mirada ni un segundo.

—¡Maldita sea, Jared! —terminó exclamando Joe—. Lo último que queremos los Crenshaw en estos momentos es enemistarnos con el senador Russell. Sabes que necesitamos su apoyo para los derechos del agua —Joe sacudió la cabeza—. Desearía con toda mi alma que nunca hubieras conocido a la hija del senador.

—En este momento, yo desearía lo mismo. Sin embargo, sé que cuando Lindsey y yo tengamos la oportunidad de hablar podremos aclararlo todo sin interferencias. La conozco muy bien y sé que no quiere casarse. Tiene un trabajo esperándola en Nueva York y está deseando marcharse. Me ha contado lo protector que es su padre y si dependiera de él, la metería en un convento hasta que le encontrara un marido —se miró los pies y sintió un dolor casi insoportable—. Preferiría tener esta conversación después de haber

tomado un café y un puñado de aspirinas.

—El café está en la cocina —dijo el senador desde algún sitio detrás de él—. No sé qué historia quieres que nos traguemos, pero los hechos hablan por sí solos, Jared. Esta mañana me desperté y vi tu camioneta aparcada fuera. Tengo que reconocer que cuando fui a buscarte no esperaba encontrarte en la cama de mi hija. Podría haberte matado, pero preferí llamar a Joe antes de hacer algo irremediable. Quería que él presenciara lo que yo había visto.

Jared tomó aliento e intentó verlo desde el punto de vista de un padre. Sobre todo, desde el punto de vista del padre de Lindsey. Seguramente, encontrar a un hombre en la cama de tu única hija no gustaría a ningún padre, pero al senador... Había tenido suerte de que no le pegara un tiro mientras dormía.

—Lo entiendo perfectamente —aseguró Jared con tono calmado —. Si ella fuera mi hija, yo me sentiría igual. La cuestión es que considero a Lindsey como una amiga, una buena amiga. Es una de las mujeres más encantadoras que conozco. Es imposible que yo la sedujera premeditadamente.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Joe con los ojos entrecerrados.

—Creo que alguien me tendió una trampa. No tengo ni idea de quién ha podido ser ni por qué. Todo el mundo sabe que he estado viéndola durante las últimas semanas, no lo he ocultado, pero esto es algo más que una broma. Ha sido malintencionado, voy a descubrir quién ha sido y qué intención tenía —miró a los dos hombres—. Podéis estar seguros —afirmó antes de salir del salón.

Lindsey se apoyó contra la puerta del cuarto de baño. Estaba temblando. Consiguió sentarse en la silla del tocador y se miró al espejo. Entonces, se dio cuenta de que unas lágrimas le caían silenciosamente por las mejillas.

Nunca se había sentido tan humillada. Primero, por encontrarse a Jared en su cama y segundo, porque su padre hablara de matrimonio. No sabía qué pensar. Creía haber llegado a conocer bien a Jared. Ella sabía, desde la noche que se conocieron, que él la encontraba físicamente atractiva. No disimulaba su reacción cuando se besaban, que era bastante frecuentemente, pero siempre había sido respetuoso. ¡Hasta que se metió en su cama! Sacudió la cabeza con desaliento.

Sólo estaba segura de que Jared no había hecho el amor con ella. Si lo hubiera hecho, ella se acordaría. En realidad, le costaba creerse que se hubiera metido en su cama sin que ella se despertara. No tenía un sueño tan profundo

Lindsey se recogió el pelo en un moño y se metió en la ducha. Pensó en la noche anterior.

Había tenido un dolor de cabeza que se acercó a la migraña porque había vuelto a discutir con su padre. Le había amenazado con marcharse ese fin de semana si él seguía hablando de su trabajo en Nueva York. Se enfadó tanto que seguramente le subió la presión sanguínea. Había consultado a un médico sobre sus dolores de cabeza y él le había dado una receta y le había dado a entender que se debían al estrés. Ella no solía tomar las pastillas porque la dejaban fuera de combate, pero la noche anterior le dio igual con tal de que la aliviaran un poco.

¿No era casualidad que estuviera drogada la noche que él se había metido en su cama? Era más que una casualidad. Desgraciadamente, no tenía respuestas. Lo que le importaba en ese momento era que su padre hablara de matrimonio como un patriarca de hacía doscientos años.

Tenía que aclarar esa situación tan incómoda. Intentaría hablar con Jared para que le explicara algo.

Su padre comprendería enseguida que no podía obligarla a casarse. Había mucha gente que se acostaba junta sin estar casada. Incluso tenían hijos. Que ella nunca hubiera tenido relaciones íntimas no tenía nada que ver con él. Había sido propia decisión.

Lindsey se secó, se vistió y se maquilló un poco para disimular las ojeras. Volvió a mirarse en el espejo y salió del cuarto de baño. Necesitaba un café.

Jared vio un pequeño cuarto de baño en el pasillo que llevaba a la cocina. Entró, se mojó la cara y soltó un juramento por el dolor de cabeza.

Se miró en el espejo y frunció el ceño. Tenía un color ceniciento y estaba completamente despeinado. Se frotó la áspera mandíbula. Necesitaba un afeitado.

Jared se sacó un peine del bolsillo trasero, lo mojó e hizo lo que pudo con el pelo. Su aspecto externo no mejoró mucho, pero por lo menos podía mantener los ojos abiertos.

La cocina estaba vacía cuando él entró. Se llenó una taza de café y mientras esperaba a que se enfriara un poco, buscó un analgésico por los cajones y armarios.

—¿Puedo ayudarte?

Se dio la vuelta y se encontró con Lindsey.

—Yo... estaba buscando una aspirina.

Ella fue hasta un cajón que él no había abierto.

Le asombró que ella pareciera tan tranquila después de la ira de antes. Le dio un frasco.

—Gracias.

Ella llenó un vaso de agua y también se lo dio. Luego, se sirvió una taza de café. Él se tomó un par de pastillas y observó a Lindsey. Cuando ella se volvió, lo encontró mirándola fijamente.

—Lindsey, no sé qué está pasando, pero yo nunca haría absolutamente nada para hacerte daño.

—Creo que me resultaría más fácil creerte si no te hubiera encontrado en mi cama —

replicó ella en un tono despreocupado.

Jared parpadeó.

—Ya sé que es complicado, pero te aprecio demasiado como para ponerte en una situación tan violenta.

—Me alegra saberlo. Sin embargo, lo cierto es que estabas en mi cama.

—¡No dejas de decir lo mismo!

—Porque es verdad. No sé cuándo te metiste. No puedo creerme que no te oyera, aunque tomara la pastilla contra la migraña.

—Mira —él empezaba a ponerse nervioso por los derroteros que había tomado la conversación—. Me da igual lo que tú y tu padre podáis pensar, pero anoche no vine a seducirte.

—¿Entonces, qué hacías aquí? —le preguntó con escepticismo.

—Si lo supiera, te lo diría.

Hubo un silencio.

—¿De verdad no te acuerdas? —le preguntó ella al cabo de unos segundos.

—No. Yo esperaba que tú pudieras explicármelo. Me parece que fue bastante casualidad que te tomaras eso para el dolor.

—¿Qué quieres decir? —ella lo miró penetrantemente—. ¿Crees que yo lo tramé todo?

—Bueno, la verdad es que te da una coartada, ¿no? Tú estabas dormida todo el rato; no puedes explicar mi presencia...

Ella lo miró como si fuera un extraterrestre.

—No tengo nada que explicar. Al fin y al cabo, yo no me he despertado en tu cama.

—Esto no lleva a ninguna parte —Jared miró el reloj—. Te pido mil disculpas por haber aparecido en tu cama. Tú no tienes más interés que yo en casarte. Lo he pasado muy bien contigo. A lo mejor, cuando todo esto se olvide, podremos volver a vernos hasta que te marches.

—¿Crees sinceramente que todo esto va a olvidarse fácilmente?

—No, pero cuando comprendan que no van a obligarnos a nada, se echarán atrás.

—A lo mejor tu padre se echa atrás, pero el mío, no —replicó ella en voz baja.

Jared dejó la taza en la encimera y se acercó a ella.

—Lindsey, si yo hubiera planeado hacerte el amor, habría buscado un sitio más discreto.

—A no ser que fuera una especie de broma que has querido gastarme. El motivo es lo de menos. Tendré que pasarme el resto de mis días intentando convencer a mi padre para que no te persiga con una escopeta.

Jared comprendió que estaba perdiendo el tiempo. No podía explicar lo inexplicable.

—Tengo que volver a casa y dormir un poco. Tal y como me duele la cabeza, a lo mejor vas a tener que darme algunas de tus pastillas. Esta noche, mañana como muy tarde, te llamaré para ver qué tal estás.

Ella empezó a sacudir la cabeza antes de que él terminara la frase.

—Será mejor que no vuelvas a llamarme. Cuando quede claro que ya no nos vemos, nuestros padres comprenderán que no hay nada entre nosotros.

Jared se asombró de que aquellas palabras le afectaran. ¿Qué le pasaba? Siempre había sabido que no había nada entre ellos. Quizá no le gustara que lo abandonaran tan despreocupadamente. Quizá le hiriera en su vanidad.

—Me parecerá bien todo lo que hagas —replicó él—. Sólo quiero

que sepas que me ha gustado mucho conocerte. Lo hemos pasado muy bien juntos.

—Lo sé —ella asintió vigorosamente con la cabeza.

—Si alguna vez paso por Nueva York, te buscaré.

Ella esbozó una sonrisa.

—Eso espero, vaquero.

Jared sintió una punzada en el pecho. Iba a echar la de menos.

—Adiós, Texas.

Era el sobrenombre que ella le había puesto por lo orgulloso que estaba de su Estado.

—Adiós, Nueva York —se despidió él antes de salir de la cocina.

Su padre y el senador estaban enfrascados en una conversación cuando Jared entró en la sala.

—Me voy a casa —les comunicó—. Papá, ya te veré esta tarde.

Jared salió y oyó la voz del senador.

—Espera un momento, jovencito. No creas que vas a irte tan tranquilo después de lo que has hecho con mi hija. A lo mejor estás acostumbrado a...

Se quedó mudo cuando Jared llegó a su camioneta.

—Qué lío —se dijo Jared—. ¿Qué me pasaría anoche?

Capítulo 2

Jared entró en su casa y fue a la cocina a preparar café. Ya era demasiado mayor. Su cuerpo ya no aguantaba los excesos. Además, nunca había sido un gran bebedor. No echaba de menos el alcohol cuando no podía beberlo, como en Arabia Saudita. Entonces, ¿por qué se había quedado inconsciente? Anoche había ido al pueblo porque estaba demasiado cansado para prepararse la cena. ¿Qué le había impulsado a beber tanto? No tenía ni idea.

Fue a ducharse y a cambiarse de ropa mientras se hacía el café. Luego, se tomó un par de tostadas y llamó a su amigo Matt para que le contara lo que había pasado.

—Hola, Matt, soy Jared.

—¡Jared! Me alegro de oír tu voz. ¿Estás mejor?

—¿Por qué me lo preguntas? —le preguntó él con cautela.

—Bueno... De repente empezaste a sentirte muy mal. Estaba preocupado. ¿Ted consiguió llevarte a tu casa?

—¿Ted? ¿Quién es Ted?

—Chico, sigues ido. Ted es uno de los que estuvo jugando al billar con nosotros. ¿No te acuerdas?

—Sólo me acuerdo de que estuve contigo y Denny. Cuéntame qué pasó anoche. Es muy importante.

—¿Estás diciéndome que no te acuerdas de nada más? —le preguntó Matt con incredulidad.

—No sabes cuánto me gustaría.

—Veamos. ¿Te acuerdas de que jugamos al billar?

—Sí —contestó Jared mientras se rascaba la cabeza—. Me acuerdo de que iba ganándote por dos puntos.

—Efectivamente. ¿Te acuerdas de que dijiste que cuando termináramos esa partida te irías a casa porque estabas cansado?

—Sí... es posible... no estoy seguro...

—Antes de que termináramos la última partida, un hombre vino a vernos jugar. Yo lo había visto un par de veces. Siempre vestido con un traje. Dijo que era representante farmacéutico y que New Eden estaba en su zona.

Jared no podía ver la imagen de ese hombre.

—¿Qué pasó entonces?

—Después de vernos un rato, desafió al ganador. En ese momento estabas en racha, no fallabas ni un golpe y nadie se sorprendió de que ganaras.

—¿Estaba bebiendo mucho?

—¿Tú? —Matt se rió—. Claro que no, por eso jugabas tan bien. Tengo que reconocer que Denny y yo habíamos empezado muy pronto y te llevábamos ventaja. Te habrías bebido un par de cervezas. Ahora me acuerdo de que Ted, nos invitó a un par de rondas. ¿Qué pasa? ¿Ya no aguantas la bebida como antes?

Jared recordó unas imágenes inconexas. Un hombre con un traje, el cuello de la camisa abierto y la corbata en el bolsillo. Sin embargo, no le ponía cara.

—Me temo que no —contestó Jared al cabo de unos instantes.

—Bueno, los dos empezasteis a jugar. Al poco tiempo, te costaba enfocar bien y dijiste que te sentías mareado. ¿No te acuerdas?

—No… —contestó él pensativamente.

¿Era posible que ese tal Ted le hubiera puesto algo en la bebida? Cerró los ojos. Él tendría acceso a todo tipo de fármacos. ¿Estaría paranoico?

—Matt, ¿me fui solo?

—Ni hablar, casi no podías andar. Hablabas con lengua de trapo y tus piernas parecían de goma.

—Entonces, ¿cómo me fui a casa?

—Ted dijo que tenía que pasar cerca y se ofreció a llevarte. Dijo que sabía perfectamente dónde estaba el rancho.

—Entonces, acepté irme con un desconocido…

—No estabas en condiciones de aceptar nada. Ted tuvo que sacarte casi a rastras. ¿Qué pasó luego? ¿Te robó? ¿Te dejó tirado en la carretera y se llevó la camioneta?

—No. ¿Qué pasó con la camioneta?

—Ya. Tengo que reconocer que eso fue un poco raro. Cuando salí luego, mire por todos lados y tu camioneta no estaba. Pensé que a lo mejor te habías despejado con el aire fresco y que habías decidido irte a casa por tus medios. No me importa reconocerte que me preocupé. Esta mañana supuse que dormirías hasta tarde y pensaba llamarte a mediodía.

—Bueno, la próxima vez que veas a Ted, dale las gracias de mi parte y que te dé su tarjeta, le debo una copa —Jared no quería que

Matt sospechara dónde había pasado la noche.

—Claro, pero me parece que dijo que no viene mucho por aquí.

A Jared no le extrañó.

—En fin… Me parece que estoy reponiéndome. Esto me enseñará a conocer mis límites y no excederme. Me alegré de veros anoche. A lo mejor vuelvo a veros un día de éstos.

—Estaría bien. Cuídate.

—Puedes estar seguro.

Jared llegó a la casa de sus padres poco después de las dos. Había dormido unas horas y se encontraba mucho mejor y dispuesto a comer vorazmente.

En cuanto se bajó del coche, los perros de caza de su padre lo rodearon para saludarlo.

Jared levantó la mirada y vio a su padre agarrado a una columna del porche. Cuando sus miradas se encontraron, Joe hizo un gesto serio con la cabeza. Jared se acercó.

—¿Sabes una cosa, papá? He estado pensándolo y no entiendo por qué te han metido en todo este lío. ¿No te parece un poco raro?

Joe se dio la vuelta y entró en la casa.

—Tengo que reconocer que me sorprendió que Russell me llamara, pero te diré que está dispuesto a agarrar la escopeta y buscar un clérigo antes de que se ponga el sol.

Jared lo siguió y miró alrededor.

—¿Dónde está mamá?

Ashley y ella han salido a hacer recados, lo cual nos viene muy bien.

—¿No le dijiste nada cuando te sacaron esta madrugada de la cama?

—Ella no preguntó y yo no di explicaciones. No creo que haya que decir nada hasta que lo aclaremos.

—Papá, no hay nada que aclarar. Es evidente que esta mañana me desperté en la cama equivocada y me he disculpado con Lindsey. Ella ha aceptado mis disculpas. ¡Tiene veinticinco años! Lo que haya pasado no es de la incumbencia del senador.

Siguió a su padre y llegaron al porche trasero.

—Pero sí puede preocuparle.

—Yo no tengo hijas, pero creo que la protege demasiado. Puedo entenderlo, pero ¿no te parece que se ha excedido? Quiero decir, no

la han violado. Es más, para que conste, no la toqué, pese a lo que vierais esta mañana.

—En estas circunstancias, me cuesta ponerme de tu lado. Russell está furioso y va a hacerte la vida imposible, como al resto de la familia, hasta que te cases con ella.

—Papá, está pasando algo muy raro.

—Más bien, algo impropio de ti, al menos, de cómo creía que eras hasta esta mañana.

—Di lo que quieras, papá, no me importa. Lo que me importa es que esta mañana Matt me ha contado que anoche salí del Mustang con un desconocido. Piénsalo. ¿Lo había hecho alguna vez?

—Reconozco que no, pero tampoco tengo mucho trato contigo desde que trabajas en el extranjero. ¿Te has aficionado a la bebida? ¿Tienes desvanecimientos?

—No, papá. Bebo alguna cerveza de vez en cuando. Anoche no bebí más de tres cervezas en varias horas.

—Esta mañana tenías un buen dolor de cabeza...

—Efectivamente. ¿Por qué crees que fue?

—Si no es la resaca, no lo sé.

—Ese tipo, se llamaba Ted, es representante de una empresa farmacéutica. A lo mejor me puso algo en la bebida.

—Creo que te agarras a un clavo ardiendo. ¿Por qué iba a hacerte semejante cosa?

Jared suspiró y se dejó caer contra el respaldo de la butaca.

—No lo sé. Tampoco sé cómo llegó mi camioneta a la casa del senador. Matt me ha dicho que me indispuse mientras jugaba al billar y que el tal Ted se ofreció a llevarme a casa. Si eso es verdad, y no dudo de Matt, entonces, mi camioneta debería seguir en el Mustang, pero no lo estaba. Según Matt, anoche yo no estaba en condiciones de conducir.

—Muy interesante —Joe se levantó—. Voy a tomar un té helado, ¿quieres uno?

—Me parece bien.

—Ahora vuelvo.

Joe volvió y le preguntó:

—Entonces, crees que alguien maquinó que ese tal Ted te hiciera una broma.

—Mmm. Una broma. Hasta Lindsey dijo que pensaba que era

una jugada, pero yo creo que ya hace quince años que no estoy en ese mundo. ¿Por qué iba a ir en dirección contraria al rancho? He recogido varias veces a Lindsey, pero si yo estaba como dice Matt, mi situación no era la más amorosa.

Joe hizo una mueca con los labios.

—Tienes razón —permanecieron unos instantes en silencio—. ¿Qué piensas hacer?

—No tengo la más mínima idea. Lindsey no tiene intención de casarse, lo cual me parece muy bien. No sé qué más puedo hacer para aplacar al senador.

—Yo también entiendo que el senador no puede obligaros a casaros si no queréis, pero tampoco voy a fingir que su ira hacia ti no vaya a afectar al resto de la familia.

—¿Crees que la familia va a salir perjudicada por esto?

—Es muy posible.

—Por los derechos del agua?

—Sí.

—Esto huele muy mal —Jared sacudió la cabeza—. Papá, alguien está intentando ponerme entre la espada y la pared. No hay ninguna posibilidad de que Lindsey vaya a casarse conmigo y yo no quiero perjudicar a la familia. No puedo obligarla a que se case conmigo —se frotó la cara con las manos y suspiró—. ¿Crees que se tranquilizará?

—Lo dudo.

—Aunque yo consiguiera que ella cambiara de idea, ¿qué posibilidades crees que tendríamos de que el matrimonio saliera bien?

—No lo sé… Entre pocas y ninguna…

Se sentaron en silencio y meditaron el panorama durante casi una hora.

—Muy bien, papá, hablaré con ella —concluyó Jared—. Quizá podamos encontrar una solución que satisfaga a su padre.

—¿Quieres decir que te casarás con ella?

—Sí —Jared suspiró—, si así me quitó al senador de encima.

Capítulo 3

Jared se fue a su casa preguntándose cuándo se despertaría de esa pesadilla. Empezaba a sentirse acorralado y lo sabía, pero no podía hacer nada por el momento.

La realidad era que la familia Crenshaw no podía permitirse tener como enemigo al senador Russell. El agua era un bien indispensable para todos los propietarios de tierras de esa zona, sobre todo para los grandes ganaderos. La pregunta era si el senador sería capaz de imputar a toda la familia el comportamiento de Jared. El senador sabía muy bien que tenía mucho peso en la lucha por el agua.

¿Qué podía hacer él? ¿Podía volver a hablar con el senador? Le había explicado de todas las maneras posibles que él no se había acostado con su hija intencionadamente. Sin embargo, sus explicaciones no habían servido de nada. Tenía que reconocer que, al no acordarse de nada, no podía convencer a nadie de sus intenciones. Era verdad que Lindsey lo había cautivado, aunque ni él mismo lo entendiera. Quizá fuera su erotismo sutil. Ella no llamaba la atención por la forma de vestirse; era distinguida. Lo supo desde la primera vez que la vio.

Esa noche se fue a la cama como si llevara un peso insoportable a sus espaldas. No le gustaba la idea, pero tenía que convencer a Lindsey, como fuera, de que el matrimonio podría ser la mejor solución a sus problemas. ¿Acaso sería tan horrible casarse con ella? Naturalmente, ella tendría que entender que no se trataba de un verdadero matrimonio. Ella podría aceptar el matrimonio para apaciguar a su padre y así él ayudar a su familia a salir del aprieto.

Como había dicho su padre, el matrimonio seguramente no duraría mucho. Sin embargo, eso tampoco importaba. Dentro de una semana le dirían su próximo destino, que lo más probable era que fuese en el extranjero. No tendrían que vivir juntos. Bueno, para complacer al senador, podrían fingir que vivían juntos. En su casa cabían los dos perfectamente. Tenía dos dormitorios con cuartos de baño independientes.

Lindsey se iría a Nueva York a las pocas semanas. Al menos, ella se quitaría la presión de su padre. Como mujer casada no tendría

que dar explicaciones a su padre ni a nadie más. Una vez que él hubiera cumplido su misión, volvería a Estados Unidos y se divorciarían discretamente.

Se lo explicaría a Lindsey al día siguiente. Esperaba que ella comprendiera las ventajas para los dos y aceptara resolverlo con una ceremonia rápida. Cerró los ojos y se quedó dormido con la tranquilidad de haber encontrado una solución.

A la mañana siguiente, Jared se despertó antes del amanecer y se preparó una cafetera.

Luego, se sentó en una de las mecedoras del porche para ver la salida del sol. Miró el reloj y se dijo que esperaría una hora antes de llamarla.

Cuando decidió que ya podía llamarla, sacó el teléfono inalámbrico y apoyó los pies en la barandilla. El teléfono sonó un par de veces antes de que ella contestara.

—¿Dígame?

Le encantaba aquella voz grave y apacible.

—Hola, Lindsey —esperó a que ella respondiera, pero no lo hizo —. Soy, Jared Crenshaw.

—Dime.

Ella no estaba muy contenta de oírlo. No se lo reprochaba, pero esa actitud no iba a facilitar las cosas. Se aclaró la garganta.

—Me gustaría verte hoy si tienes tiempo.

—¿Para qué? —le preguntó ella sin rodeos.

—Quiero comentar algunas cosas contigo.

—Sinceramente, Jared, no se me ocurre nada que tengamos que comentar. Ayer ya tuve que oír los exabruptos de mi padre por tu culpa y no sé qué puedes añadir que me apetezca oír.

—Vamos, Lindsey, dame una oportunidad. No soy tu enemigo. ¿Por qué no quedamos a desayunar en New Eden?

Ella no respondió.

—Por favor...

—¿Seguro que no eres familia de mi padre? Ninguno de los dos aceptáis un no por respuesta.

—Si lo fuera —Jared se rió—, entonces sí que estaríamos metidos en un buen lío, ¿no?

—Me alegro de que te parezca divertido.

—No te enfades. De verdad, tengo que hablar contigo y me

gustaría hacerlo cara a cara.

—Muy bien —replicó ella sin ganas.

—Gracias. ¿Has estado en El Café de Sally en la plaza de New Eden?

—No.

—No tiene pérdida. Podemos quedar a las nueve y desayunar juntos.

Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Nos veremos a las nueve.

Jared colgó y sonrió. No se conocían mucho, pero su relación había dado sus frutos. No creía que ella estuviera tan enfadada con él como desesperada por las peroratas de su padre.

Como él era el problema, podía entender que Lindsey no estuviera encantada de verlo. Sin embargo, por lo menos tendría la ocasión de convencerla de que su idea sería buena para los dos. Vio a Jake cuando pasó por la zona de los establos y se paró.

—¿Qué tal, hermano?

Jake se acercó a la camioneta y apoyó el codo en la ventanilla abierta.

—Eso digo yo, cuánto tiempo sin verte...

—Qué gracioso. Me tomo un día libre y me regañas. Si tenemos en cuenta que te ayudo sin recibir nada a cambio, podrías ser un poco más considerado.

—No te falta razón —replicó Jake con cierto tono burlón—. Por lo que veo, hoy tampoco estás vestido para trabajar.

—No recuerdo que fueras tan pesado cuando éramos niños... —Jared suspiró.

—Lo era, puedes estar seguro.

Los dos se echaron a reír cuando recordaron algunas cosas de la infancia.

—Tengo que ir al pueblo —le explicó Jared—. Si quieres, puedo hacer algo allí.

—Hice un pedido en el almacén y seguramente ya puedas recogerlo.

—Muy bien. Volveré dentro de una hora o así. Puedo trabajar unas horas si me necesitas.

Jake se bajó el ala del sombrero sobre los ojos.

—Bueno, si vuelves a tiempo, puedes acompañarme. Uno de los

hombres me ha dicho que ha visto huellas de neumáticos en uno de los cañones. Ya sabes que el sheriff encontró a unos ladrones de coches hace unas semanas y no quiero que nadie piense que puede utilizar estas tierras para actividades ilegales.

—Me encantaría. Hace mucho que no salgo del rancho.

Jake lo miró con gesto serio.

—No voy a ir en camioneta, voy a ir a caballo.

—¿Crees que no puedo mantenerme encima de un caballo?

Jake se rió y le dio un puñetazo en el hombro.

—Digamos que también hace mucho que no montas a caballo y no es fácil llegar hasta allí.

Tendrás que ponerte linimento en el trasero antes de acostarte.

—Todavía tengo mucho callo de haberme criado entre caballos. Creo que lo aguantaré.

—Entonces, nos veremos cuando vengas.

Lindsey entró en el vestidor y echó una ojeada. Quería parecer tranquila cuando viera a Jared. No sabía si ponerse un vestido o pantalones. Quizá lo mejor fuera ponerse una falda informal. Estaba hecha un lío. No podía dejar de pensar en lo que podría haber pasado el día anterior si hubieran estado solos cuando se despertaron. Pero eso era una tontería. Él, naturalmente, habría tenido la misma resaca y ella se habría llevado el mismo sobresalto.

Aunque no habrían tenido que aguantar a su padre y su reacción casi histérica. Miró el reloj. Si no se decidía rápidamente, llegaría tarde. Cerró los ojos y sacó lo primero que encontró.

En cuanto aparcó cerca del café vio a Jared en su camioneta. El se bajó y le abrió la puerta antes de que ella pudiera soltarse el cinturón de seguridad. La falda se le había subido y ella se la bajó apresuradamente.

—Buenos días, señora —la saludó él arrastrando las palabras.

—Buenos días.

Cerró el coche y fueron hacia el café. Cuando llegaron, él también le abrió la puerta. Olía a café y bollos con canela y estaba casi lleno.

—Buenos días, Jared —le saludaron varios hombres aunque miraban a Lindsey.

Ella nunca había estado allí, pero reconoció a algunos de ellos que habían ido a la fiesta de los Crenshaw.

—Vamos a aquella mesa antes de que se siente alguien —le dijo Jared.

Ante la sorpresa de ella, la agarró de la cintura y la llevó hasta el fondo del café. Todo el mundo era muy simpático y saludaba a Jared como si no lo hubieran visto desde hacía mucho tiempo. Se sentaron y cuando lo miró se quedó perpleja por su expresión.

—¿Te pasa algo? —le preguntó ella.

—Es este pueblo —Jared esbozó una sonrisa forzada—. La gente no tiene nada mejor que hacer que meterse en los asuntos de los demás.

Llegó una camarera, limpió la mesa y les sirvió dos tazas de café.

—Me parece que no entiendo qué quieres decir —comentó ella cuando se fue la camarera.

A lo mejor te habías preguntado por qué te llevaba a pueblos más grandes cuando salíamos juntos. Era porque no quería someterte a todas estas conjeturas. A lo mejor algunos te reconocen de la fiesta, pero todos los hombres que hay aquí quieren que yo sepa que se han dado cuenta de que estoy con una joven muy guapa.

Ella se sonrojó.

—Creía que estaban siendo amables.

—Lo son... Ya verás. Casi todos encontrarán algún motivo para venir aquí y que te presente —a él no parecía hacerle mucha gracia —. Naturalmente, tú estarás acostumbrada á que te traten así en todos lados.

Lindsey iba a dar un sorbo de café cuando él dijo eso, pero dejó la taza en la mesa y lo miró fijamente.

—Lo dirás en broma...

Él cruzó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Lo digo completamente en serio. Impresionas allí donde vas.

—Eso lo dirás tú —Lindsey dio un sorbo de café—. No me di cuenta de que nadie me mirara en Austin ni en Kerrville.

—Sería porque no te fijaste.

La camarera volvió para tomar nota y Lindsey tuvo un respiro, pero se dio cuenta de que no había mirado el menú. Le echó una ojeada, pidió y escuchó con asombro la cantidad de comida que pedía Jared.

—Me dijiste que querías hablar conmigo de algo —le recordó ella cuando estuvieron solos.

—Sí, efectivamente.

Ella lo miró con la cejas arqueadas.

—Creo que tengo un plan que resolverá las cosas.

—No puedo imaginármelo —replicó ella.

—Creo que tendríamos que plantearnos el matrimonio.

Ella se quedó paralizada y lo miró sin poder creerse lo que estaba oyendo.

—Ni hablar. Creo que ayer lo dejamos claro.

—No me refiero a un verdadero matrimonio.

—¿Quieres fingir que estamos casados?

—No. Sería legal y todo eso, pero no diremos a nadie el verdadero motivo para casarnos.

—¿Te refieres a la escopeta en la espalda?

El se pellizcó el lóbulo de la oreja.

—Lo he pensado mucho desde todos los puntos de vista y creo que podríamos solucionarlo. Quiero decir, no viviríamos mucho tiempo juntos. Tú te irás a Nueva York y a mí me mandarán a un nuevo destino por esas fechas. Podrías quedarte en mi casa, tiene dos dormitorios. Nos casamos, trabajamos en sitios distintos y luego nos divorciamos o lo que sea.

—Teniendo en cuenta lo que piensas del matrimonio, te admiro por llegar a esa conclusión. Estás haciéndote responsable de lo que hiciste y quieres resolverlo.

—Entonces, ¿trato hecho?

—De eso nada.

La miró desconcertado. ¿Cómo podía ser tan cerril? Ella se inclinó hacia él.

—Me niego a que nadie nos obligue a casarnos cuando no queremos sólo por apaciguar a mi padre. Me sorprende que tú lo admitas.

—Lindsey, desde que empezamos a salir juntos, los dos pasamos por alto que tu padre es un hombre muy poderoso. Tiene mucha influencia y los Crenshaw no queremos tenerlo de enemigo.

—No está enfadado con los Crenshaw, está furioso contigo.

—De acuerdo, pero no quiero que descargue su furia sobre mi familia.

La camarera apareció con los platos y durante los minutos siguientes casi no hablaron. Ella observó a Jared que se comió tres huevos, tres tortitas, cuatro lonchas de beicon y cuatro salchichas.

—¿Siempre desayunas así? —le preguntó ella sin poder contenerse.

El la miró perplejo por la pregunta.

—Claro. Si me hubiera tomado un huevo y dos tostadas, como tú, volvería a tener hambre dentro de una hora.

—No puedo imaginarme cómo se apañaba tu madre para daros de desayunar cuando estabais todos en casa.

Él se encogió de hombros.

—Siempre tuvo mucha ayuda con la cocina y las tareas de la casa, pero papá siempre decía que con lo que comíamos se podría alimentar a un país hambriento.

Él sonrió y ella no pudo evitar hacer lo mismo. Él le gustaba mucho. La verdad era que le atraía un poco demasiado. Era muy tentador aceptar su oferta, pero eso lo dictaban sus absurdos sentimientos. El matrimonio no saldría bien. Había llegado a conocerlo y sabía cuál era la realidad. A ella le encantaba el Este y él era texano hasta la médula; a ella le gustaba el arte y a él los deportes... Había miles de motivos.

—Mi padre no es vengativo o rencoroso, Jared. Es ecuánime en sus juicios, al menos como político. Es verdad que me protege demasiado, eso ya lo sabes. Cuando se haya tranquilizado, sé que entrará en razón. Dale un poco de tiempo.

A Jared no se le ocurrió nada para que ella cambiara de idea. Ella se negaba a casarse y eso debería ser un gran alivio para él. Entonces, ¿por qué se devanaba los sesos para convencerla de que estaba equivocada?

—Me he enterado de algunas cosas sobre la otra noche.

—¿Qué más cosas quieres saber, Jared?

—Alguien me tendió una trampa.

—¿Una trampa? —ella frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir?

—Hablé con el amigo con el que jugué al billar. Yo me indispuse de repente. Según él, me fui con un desconocido que se ofreció a llevarme a casa. Es evidente que en vez de eso me llevó a tu casa.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—No tengo ni idea, pero cuando encuentre a ese tipo, voy a

hacer que me conteste algunas cosas. Una es cómo llevó mi camioneta hasta allí. Matt me dijo que yo no estaba en condiciones de conducir, estaba seguro de eso. Creo que ese tipo echó algo en mi bebida.

—¿No estás un poco paranoico? Es posible que tú, por lo que sea, le dijeras que vivías en nuestra casa. Si no era de aquí, pudo creérselo.

—Bueno, si yo estaba tan mal como dice Matt, me habría tropezado, me habría chocado con las paredes y habría hecho mucho ruido. Como tú dijiste, no podrías haber seguido dormida con tanto estruendo. Evidentemente, no lo hice. Alguien me metió en la cama; alguien que sabía muy bien que dormirías como un tronco.

—Es el mayor disparate que he oído en mi vida.

Él estaba empezando a ponerse nervioso. ¿Por qué ella no quería ver lo que era evidente?

Entrecerró un poco los ojos.

—Sólo sé que ese desconocido se llama Ted. ¿Te suena de algo?

Ella se puso muy tensa.

—¿Qué insinúas? ¿Crees que yo maquiné para que te metieran en mi cama? —ella levantó un poco la voz y Jared miró alrededor.

—Quizá no fueras tú —replicó él en voz baja—, pero está claro que alguien lo hizo.

—¿Quizá no fuera yo? —repitió ella en un tono gélido.

—Bueno, es posible que tu padre tuviera algo que ver...

—Cuidado con lo que dices, Jared Crenshaw. Resulta que mi padre es uno de los hombres más honrados y respetables que he conocido. Tú, sin embargo, estás acusándolo de tramar una venganza contra los Crenshaw y de tenderte une trampa por algún motivo desconocido. Mi padre me quiere y nunca haría algo que me hiciera daño o me abochornara. Por si no te ha quedado claro, eres el último hombre de la tierra con el que me casaría. Estoy atónita por tu arrogancia sin límites —Lindsey se levantó—. Si me disculpas...

Lindsey salió del café todo lo tranquilamente que pudo, incluso sonrió a alguno de los hombres, pero por dentro estaba bullendo de ira. ¿Cómo se atrevía a insinuar eso? Primero le propone casarse con él y acto seguido les acusa, a ella o a su padre, de la situación

en la que se encuentran.

¡Pensar que le había gustado hasta ese momento! Debajo de tanto encanto y amabilidad se ocultaba un canalla miserable y arrogante.

Jared pagó la cuenta, salió del café y se quedó mirando la plaza. Pensó en lo decepcionado que estaba su padre. Pensó en el senador y en la ira que descargaría pronto sobre su familia.

Pensó en Lindsey. Podría haber sido más diplomático, pero alguien sabía qué había detrás de todo aquello.

Hablaría con el senador y encontraría una forma de saber algo de ese hombre llamado Ted.

Lo que era más importante, se olvidaría de que había conocido a Lindsey Russell.

Capítulo 4

Joe Crenshaw, desde la cabecera de la mesa, levantó la copa.

—Me gustaría hacer un brindis de Acción de Gracias porque no sólo estoy agradecido, sino que para mí es un honor estar rodeado de tantos familiares para deleitarnos con la maravillosa comida que han cocinado algunas de nuestras mujeres.

Jared dijo un amén para sus adentros. Una vez probado todo, ya estaba demasiado lleno para comer las tartas.

Los tres hermanos de su padre y sus mujeres habían acudido, así como las dos hermanas de su madre y sus maridos. Casi todos sus primos habían hecho otros planes y Jake y él eran los únicos hermanos.

El día de Acción de Gracias se celebraba en la casa grande, donde cabía todo el mundo, y Jared estaba emocionado de ver a sus familiares mayores reunidos. Esperaba que algún día sus hermanos y él pudieran reunir a sus familias en una escena parecida.

Aunque él no esperaba tener familia. Le gustaba trabajar por todo el mundo buscando petróleo. A ninguna mujer le gustaría tener un marido que se pasaba meses lejos de ella.

El lunes había recibido una llamada para que a principios de enero volviera a Arabia Saudita por un tiempo indeterminado. Si Lindsey hubiera aceptado casarse con él, sólo habrían tenido que fingir durante unas semanas.

—Yo también tengo un brindis —anunció Jake—. Es un placer comunicaros que Ashley y yo esperamos otro integrante de la familia para mediados de verano.

Jared, como el resto de la familia, le felicitó y aprovechó la ocasión para meterse un poco con él.

—No has perdido el tiempo para poblar más la zona...

Jake se rió. Heather estaba sentada entre Ashley y él y no paraba de contar ideas para el bebé entre las risas de todos.

—Decidimos esperar un poco antes de contarlo.

—Así es —intervino Ashley—. Ha conseguido estar callado... casi setenta y dos horas.

Joe miró el reloj.

—Caballeros, ¿están preparados para pasar al salón? El partido

de los Cowboys empezará enseguida.

—Ya sabéis el secreto de Joe —explicó Gail—. El verdadero motivo para que estéis aquí es que los hombres disfruten de la televisión con pantalla gigante que acaban de comprarse Jake y Ashley.

Las risas y el ruido de las sillas hicieron que Jared sonriera. Estaba muy agradecido de tener una familia como aquélla. Por eso le parecía que la decepcionaría si no resolvía su asunto con el senador Russell. Antes de la cena había hablado con dos de sus tíos y le habían reconocido que, repentinamente, el senador estaba demasiado ocupado para contestar a sus llamadas. Su padre había tenido razón y Lindsey veía a su padre con un cristal de color rosa. Le había dado mil vueltas a la cabeza para encontrar la forma de reparar el daño que había hecho.

Ya no importaba cómo o por qué había aparecido en la cama de Lindsey. El daño estaba hecho y no encontraba la forma de aclarar el problema.

Salvo que se casara con Lindsey, naturalmente, pero eso no iba a suceder. Más de una vez había pensado en suplicárselo de rodillas.

Cuando se levantó, las mujeres ya habían recogido los platos y las fuentes y estaban llevándolos a la cocina. El también recogió algunos y las siguió.

—¡Por todos los santos! —exclamó su tía Colleen—. ¡Gail! Dime el secreto, ¿cómo has conseguido que tu hijo ayude a recoger la mesa?

El se sintió como un tonto de remate.

—He pensado que pondría mi grano de arena —dijo él mientras le guiñaba un ojo a su madre.

Ella se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por tu buena acción del día, hijo. Ya puedes ir a ver el partido.

—Señoras, todo estaba delicioso.

Le premiaron con una serie de abrazos y se fue al salón con los demás hombres.

Casi todas las butacas y sofás estaban ocupados y Jared se sentó en el suelo sobre un almohadón. El partido estaba muy disputado y sólo se oía la voz del comentarista y los gritos de alegría cuando marcaban los Cowboys.

—Tío Jared, ¿sabes una cosa?
Jared levantó la mirada y vio a Heather a su lado.
—¿Qué, cariño?
—Un día de éstos va a tener un hermano o hermana.
—Voy a tener —la corrigió él.
—¿Tía también? ¡Entonces son dos bebés!
Los hombres soltaron una carcajada y Jared los miró.
—No tiene gracia —volvió a mirar a Heather—. Yo no voy a tener un bebé, cariño. Tu mamá va a tenerlo.
—¡Sí! —exclamó ella mientras aplaudía.
—Veo que estás muy emocionada.
—Claro. Podré enseñarle muchas cosas y ella se pondrá mi ropa y jugará con mis muñecas.
Me muero de ganas.
Jake miró a su hija y le guiñó un ojo a Jared.
—¿Y si es un hermano?
—Bueno, entonces, sólo jugaré con él. A lo mejor le enseño algo.
—Eso es lo que nos tememos —replicó Jake con una sonrisa.
Ashley entró en la habitación.
—Siento interrumpiros. Jared, te llaman por teléfono.
Él miró la pantalla. Quedaban un par de minutos del segundo cuarto y el resultado era demasiado ajustado. ¿Quién sabría que estaba allí? Aunque era el día de Acción de Gracias y las familias se reunían... Fuera quien fuese, podría esperar a que terminara el partido.
—¿Podrías decirle que te deje un mensaje? ¿Sabes quién es?
—Lindsey Russell.
Jared se levantó de un salto entre las risotadas de los demás hombres.
—Está perdido —afirmó su tío Jeff—. Si una mujer puede arrancarlo de un partido tan emocionante, puede darse por perdido.
Jared miró a su padre. Eran los únicos que sabían la importancia de esa llamada. Salió de la habitación y fue al despacho de Jake. Descolgó.
—Soy Jared —gruñó él.
Ella no dijo nada inmediatamente.
—Siento molestarte en un día como hoy.
—No importa. ¿Qué quieres?

Otra pausa.

—Me gustaría verte en cuanto puedas.

—¿Por qué? —le preguntó él con cierta brusquedad.

Ella dejó escapar una risa vacilante y él comprendió que estaba llorando.

—Supongo que me lo merezco —se lamentó ella—. No estuve muy amable la última vez que hablamos.

—Sí, es una forma de decirlo.

—Lo siento sinceramente y he estado pensando en lo que dijiste.

—¿Sobre qué?

—Sobre casarnos.

—¿Sí…?

—La cuestión es… —ella hizo otra pausa y él oyó un sollozo—. Perdona, me cuesta mucho.

Estoy en el hospital de New Eden. Papá ha tenido un ataque después de la cena. Él dice que es una indigestión porque ha comido demasiado, pero lo he convencido para traerlo a urgencias y el médico cree que es el corazón.

Jared estaba realmente sorprendido. Él no creía que tuviera corazón. Lo único que lo salvaba era su amor por Lindsey, si su afán de posesión podía llamarse amor.

—Lo siento —dijo él en voz baja.

—Me espanta hablar de esto por teléfono. ¿No podrías venir al hospital?

—¿Ahora?

Jared pensó en el partido y se acordó de que el senador no había contestado a las llamadas de los Crenshaw. Encima, ella quería comentar la posibilidad de casarse para apaciguar a su padre.

—Si no te viene bien…

Él desechó la idea de decirle que iría cuando terminara el partido.

—Muy bien. Ahora voy. Tardaré media hora o así.

—Gracias, Jared.

—Hasta ahora —replicó él antes de colgar.

Se quedó sentado y mirando un mapa antiguo que Jake había enmarcado y colgado de la pared. Era un mapa con la demarcación original del rancho de los Crenshaw hacía ciento cincuenta años. El mapa le recordaba que los problemas que tenía no eran nada en

comparación con todo lo que habían padecido sus antepasados. Estaba muy orgulloso de ser un Crenshaw. Si casarse con Lindsey ayudaba a conservar todo aquello por lo que había luchado su familia, él se casaría con ella.

Encontró a su madre en el mirador con el resto de las mujeres.

—Tengo que irme. Por favor, guárdame un poco de pastel.

—Claro —dijo ella con una sonrisa—. Esta noche, cuando nos vayamos, te lo dejaré en tu nevera.

—Gracias —miró a las demás mujeres—. Me ha encantado veros, deberíamos reunirnos más a menudo.

Ashley se rió.

—No reunimos, Jared, pero tú no estás. Si no pasaras tanto tiempo en el extranjero, a lo mejor podríamos verte más a menudo.

—Tienes razón.

No se molestó en decirles a los hombres que se marchaba, aunque pensó que podrían grabarle la segunda mitad. Pero, por esa vez, le daba igual.

El hospital se llamaba Jonathan C. Crenshaw en honor al bisabuelo de Jared, que había donado los terrenos y el edificio a la comunidad.

Cuando entró en el vestíbulo se encontró con un gentío hablando por teléfonos móviles y con cámaras. Eran periodistas.

Jared se abrió paso hasta el mostrador de recepción.

—Soy Jared Crenshaw —se presentó en voz baja—, la hija del senador Russell está esperándome.

—Efectivamente, ha dejado un mensaje para que le dejemos pasar. Pase por esa puerta y verá los carteles que le indican el camino a la unidad de cuidados intensivos.

—Gracias.

Al empujar la puerta oyó a unas personas que preguntaban a la recepcionista quién era él y por qué le había dejado pasar. Vio a Lindsey en el pasillo con otras personas. Cuando ella lo vio, parpadeó y se dirigió hacia él.

La conoció hacía seis semanas y no la había visto desde hacía tres. Entonces, ¿por qué le gustaba tanto verla? Llevaba un jersey de cuello alto de color rojo intenso que resaltaba su pelo y sus ojos negros, unos pantalones negros ceñidos y unas botas de tacón alto. Estaba guapísima y tenía que reconocer que la había echado de

menos.

Cuando se acercaron, él pudo ver que tenía los ojos irritados y tuvo la necesidad de abrazarla para consolarla.

—Gracias por venir.

Se decidió y la tomó silenciosamente entre los brazos. Ella no se resistió, al contrario, se agarró a su cintura como a una tabla en medio de un naufragio. Además, no consiguió dominar sus emociones y sollozó en el hombro de él. Jared no podía reprochárselo, aunque le hiciera sentirse incómodo. No dijo nada y le acarició la espalda hasta que dejó de llorar. Luego, le dio un pañuelo.

—Gracias —susurró ella débilmente—. Perdona por desahogarme así contigo.

—No te preocupes. ¿Qué tal está tu padre?

—Según el médico, está estable y pasando las pruebas. Se han planteado operarlo, pero todavía no han tomado la decisión.

Jared se metió las manos en los bolsillos traseros para evitar abrazarla otra vez. Parecía desolada. Él sabía muy bien cuánto quería a su padre.

Echó una ojeada al pasillo y a la sala de espera.

—¿Sabes quién es toda esta gente? —le preguntó a Lindsey.

—La mayoría ha venido por papá. Son de su oficina en Texas. Hacen lo que pueden para mantener a raya a los periodistas hasta que decidan qué van a decirles. En estos momentos, no sabemos qué decir.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Unas cuatro horas. Comimos pronto porque queríamos dedicar la tarde a hacer algo de papeleo.

—Entonces, esperaste un par de horas antes de llamarme.

Ella apartó la mirada.

—Sí. Tenía que pensar en todas las consecuencias de llamarte.

—Por ejemplo...

—Si te pondrías al teléfono; si podía pedirte que me permitieras cambiar de idea sobre la boda... Muchas cosas.

—¿Por qué no vamos a la cafetería a tomar algo? Estaremos más tranquilos.

—Muy bien. Voy a decirle a una enfermera dónde estoy.

Se alejó con la espalda muy recta y aire regio, había recuperado

el dominio de sí misma. A Jared le había sorprendido que se aferrara a él de aquella manera. Sabía que ella nunca se permitía mostrar vulnerabilidad.

Cuando volvió, esperaron al ascensor en silencio, bajaron en silencio e hicieron la cola para pedir un café en silencio. El vio una mesa en un rincón y la señaló con la cabeza.

Se sentaron y Jared esperó a que ella dijera algo.

—Mi padre ha pasado una temporada con mucho estrés y lo que pasó entre nosotros no le ha ayudado. He pensado en la conversación que tuvimos en el café y creo que casarnos podría ser una buena idea.

—De acuerdo.

—Seremos los únicos en saber que no es un verdadero matrimonio. Podemos fingir que estamos enamorados y queremos casarnos.

—Seguramente te tranquilice saber que en enero vuelvo a Arabia Saudita.

—Bueno, entonces sólo tenemos que pasar juntos las próximas cuatro o cinco semanas.

—¿Cuándo quieres hacerlo?

Ella se miró las manos entrelazadas. Ninguno de los dos había probado el café.

—Cuanto antes, mejor. Espero que papá se serene. También espero que cuando nos separemos él ya se haya acostumbrado a que yo tenga una vida independiente.

—Como quieras. Tú lo conoces mejor que yo.

Ella lo agarró de la mano.

—Ya sé que no tienes muy buena opinión de él, pero es una persona maravillosa. Lo comprobarás cuando lo conozcas mejor. Esa mañana estaba molesto...

—Es una forma muy delicada de decirlo. Crees que si nos casamos, él se pondrá mejor...

—Sí.

—No sé si el juzgado abrirá mañana por la fiesta y el fin de semana. Podemos intentar sacar el certificado el lunes y que alguien nos case en el juzgado.

—Lo dices como si fueran a sacarnos una muela.

Él retiró la mano.

—¿Qué quieres de mí, Lindsey? Yo te pedí que te casaras conmigo. Tú sólo has aceptado.

¿Quieres que hagamos una boda por todo lo alto para que parezca más romántico?

Temía la respuesta porque eso era exactamente lo que querían todas las mujeres. Él la amaba, pero le espantaría tener que pasar por aquello.

—¡No! Claro que no, pero si vamos a fingir que queremos casarnos, tendremos que mostrar algún entusiasmo, ¿no?

—¿Qué puede haber más entusiasta que casarnos deprisa y corriendo, como si no pudiéramos esperar un segundo más a echarnos el uno en brazos del otro?

Ella se ruborizó. Evidentemente, se había excedido.

—Perdona. Estoy un poco nervioso. Lo haremos como quieras y yo me ocuparé de que todo el mundo piense que somos muy felices.

—Creo que tienes razón. Nos casaremos el lunes —ella se apartó un poco de él—. Lo importante es que estemos casados —miró el reloj—. ¿Te importaría acompañarme a decírselo a mi padre?

Él se levantó.

—¿Nos dejarán verlo? Creía que eran muy estrictos con las visitas.

—No lo sé. A lo mejor, si les digo que tengo buenas noticias, nos dejan pasar un rato.

Él ya se había montado en aquel tren que iba ganando velocidad. Sólo tendría que acostumbrarse.

Cuando volvieron a la UCI, Lindsey vio al médico de su padre y le explicó brevemente lo que estaba pasando. El médico sonrió y miró a Jared, que estaba a unos metros.

—Esa noticia podría ser la mejor medicina. Sin embargo, tendrá que decírselo muy rápidamente porque sólo puedo permitirle que esté un par de minutos con él.

El médico abrió la puerta y les franqueó el paso. Había un gran ventanal que daba a la sala de enfermeras, pero no podían oírlos. Lindsey tomó a Jared de la mano y fueron hasta la cama.

El senador Russell estaba intubado y tenía mascarilla de oxígeno.

—¿Papá? —susurró Lindsey.

El senador abrió lentamente los ojos. Pareció sorprenderse de

ver a Jared.

—Senador Russell, sólo quiero que sepa que por fin he conseguido convencer a Lindsey para que se case conmigo. Sólo quiero su autorización.

El senador miró a su hija.

—¿Es eso verdad?

—Completamente. Estamos deseando casarnos lo antes posible. Quiero que te cures pronto, ¿me oyes?

—Pero... dijiste... irte a Nueva York...

Jared pasó el brazo por los hombros de Lindsey.

—Ya nos ocuparemos de todo eso, señor. No se preocupe de nada. Sólo queremos volver a verlo bien. Una enfermera se asomó por la puerta.

—Ya ha pasado el tiempo.

Por fin. Jared había hecho todo lo posible. Lindsey besó a su padre en la mejilla y Jared salió con ella.

—¿Qué más? —le preguntó él una vez en la sala de espera.

Ella sonrió con cansancio.

—Por hoy ya has cumplido. Si tienen que operarlo, prefiero esperar a que pase todo

—¿Y si no lo operan?

—Nos casaremos el lunes —se puso de puntillas y lo besó, pero se separó antes de que él se recuperara de la sorpresa—. Eres muy bueno, Jared, aunque creas en conspiraciones.

Ella se alejó y en cuanto él salió al vestíbulo, una decena de flashes lo cegaron.

—Señor Crenshaw, ¿es familiar del diputado Jed Crenshaw?

—Es mi primo. Si me disculpan, me gustaría...

—Señor Crenshaw, ¿qué relación tiene con el senador Russell?

Él siguió abriéndose paso entre la jauría de periodistas. Cuando llegó a la puerta, se paró y se volvió.

—¿Saben una cosa? Si yo pensara que podría importarle a alguien, se lo diría.

Se montó en la camioneta y se alejó de allí.

Capítulo 5

—¿Que vas a hacer qué? —gritó Janeen al otro lado del teléfono —. ¿Te has vuelto loca?

¿No ibas a venir aquí? ¿Qué vas a hacer con tu trabajo? ¿Estás embarazada? Estás embarazada...

Dios mío, cómo has podido...

—Espera un segundo —la interrumpió Lindsey—. No me dejas contestarte y tus respuestas son un disparate. Tranquilízate y te contaré lo que ha pasado.

—Ya estoy tranquila.

—Seguro —Lindsey se rió—. Siento no haber hablado más contigo durante las últimas dos semanas. Han pasado muchas cosas.

—Eso parece.

Lindsey se tumbó en la cama con el teléfono inalámbrico.

—Primero, no estoy embarazada. Sería imposible porque no me he acostado con Jared.

—¿Jared? ¿No es el tipo con el que has salido durante un mes? Lindsey, me preocupa mucho tu estado mental. ¿Vas a casarte con un hombre al que no conoces? Me parece impropio de mi amiga sensata y cuerda.

—En eso estamos de acuerdo. Nada de lo que ha pasado es lógico y racional. La respuesta a tu pregunta es afirmativa, he salido con él algunas veces. Nos lo hemos pasado muy bien. Es encantador y me gusta mucho. Sin embargo, ninguno de los dos pretende una relación seria.

—Cariño, casarse con alguien no es la mejor forma de evitar una relación seria...

Ahí llegaba la parte espinosa.

—Bueno... mmm... mi padre nos encontró juntos en la cama.

—Vaya...

—Efectivamente, vaya... —Lindsey sonrió. Janeen era una amiga estupenda—.

Naturalmente, él pensó que nos habíamos acostado, bueno, la verdad es que dormimos juntos, pero ninguno de los dos sabíamos que el otro estaba en la cama.

—Lindsey, me parece que los nervios, la tensión de venir aquí y

la emoción de trabajar en el museo han sido un poco demasiado para ti. Lo entiendo, pero ¿cómo puedes acabar durmiendo con un tipo que no sabías que estaba allí?

—Es un misterio.

Las dos estallaron en una risa histérica.

—Entonces, ¿has decidido casarte con él porque has dormido con él?

—Efectivamente.

—¿En qué siglo crees que vives?

—Bueno, no va a ser un verdadero matrimonio. Mi padre está enfadado porque no nos cree cuando intentamos explicarle lo que nosotros mismos no entendemos. He hecho todo lo posible para convencerle de que no pasó nada entre nosotros, pero él no me cree.

—Me imagino que es difícil creerlo cuando os ha visto en la cama.

—Hay algo más. Al principio, pensé que agarraría su escopeta y saldría a cazar a Jared, pero se quedó dándole vueltas a la cabeza. Sin embargo, eso es otra historia. Jared y yo hablamos de la situación y decidimos que lo mejor era casarse. El ya sabe que voy a irme a Nueva York y le parece muy bien. El trabaja en una de esas compañías petrolíferas que están por todo el mundo y tiene que irse a Arabia Saudita más o menos cuando yo me voy. Como verás, la situación es perfecta.

—Perfecta —repitió Janeen en tono pensativo—. Quizá yo sea un poco torpe, pero no lo entiendo. ¿Para qué queréis casaron si vais a estar cada uno en una punta del mundo?

—Ya te lo he dicho. No va a ser un matrimonio verdadero. Nos separaremos en cuanto él vuelva.

—¿Tú estás conforme?

—Sí. Mi padre tuvo un ligero ataque al corazón el día de Acción de Gracias. Lo tuvieron un par de días en el hospital, le hicieron un montón de pruebas y lo mandaron a casa. Le dijeron que estuviera tranquilo y que se olvidara del estrés o volvería al hospital.

—Ya. Voy entendiendo. Has decidido casarte después del ataque al corazón de tu padre.

Es decir, vas a hacerlo para tenerlo contento.

—Sí, en resumen...

—¿Jared está dispuesto a hacerlo?

—Sí. Él me lo pidió hace unas semanas, pero entonces yo no creía que la cosa fuera tan grave y me negué. Evidentemente, he cambiado de idea.

—Lindsey… Creía que habías dejado de estar a merced de tu padre. Creía que estabas marcando tus límites, que te habías plantado, que estabas independizándote.

—Lo he hecho, me he plantado. Él estaba decidido a que no fuera a Nueva York y voy a ir.

—¿De verdad? ¿Ha pagado él a Jared para que se metiera en tu cama?

—Claro que no, aunque él, Jared, piensa que mi padre tiene algo que ver.

—Es un hombre inteligente…

—¿Qué os pasa? ¿Por qué pensáis que haría algo tan enrevesado?

—Porque le gusta maniobrar, por ejemplo. Además, ha conseguido tenerte sometida toda tu vida y no le gusta perder.

—Janeen… Que, Jared y yo nos casemos no significa que mi padre me tenga sometida.

—No lo significa, si no impide que te marches de ahí. ¿Le has dicho que piensas seguir haciendo lo mismo?

—No.

—No tengo nada más que decir.

—Jared y yo vamos a cenar mañana con sus padres, su hermano y su cuñada para decirles que nos casamos. En estos momentos, salvo mi padre y tú, nadie más lo sabe.

—¿Qué crees que dirán?

—No lo sé, pero son encantadores y muy simpáticos. No creo que intenten disuadirnos.

—¿Vais a contarles toda la farsa?

—No. Eso quedará entre Jared y yo.

—Entonces… ¿quieres que vaya a la boda?

—Sólo vamos a ir al juzgado. No hace falta que gastes dinero para eso.

—Lindsey… lamento sinceramente que te esté pasando todo esto.

Lindsey se quedó pasmada.

—No sé a qué te refieres...

—No se puede tomar el matrimonio tan a la ligera. Vas a hacer unos votos que no piensas cumplir.

—Ya lo hemos hablado y por eso queremos limitarnos a ir al juzgado. Algún día celebraré la boda de mis sueños con el hombre que yo quiera y algún día Jared encontrará a la mujer indispensable en su vida.

Sin embargo, ¿por qué la mera idea le fastidiaba tanto?

—Bueno, sé muy bien que nunca te convenceré de que no hagas algo que estás dispuesta a hacer. Eres obstinada, incluso terca... con cualquiera menos con tu padre, claro...

—Pues estoy siendo un hueso duro de roer para él. Aunque, seguramente no me habría planteado la idea de casarme si no hubiera tenido un ataque al corazón...

—Ya... Seguramente lo haya fingido.

—¡Janeen!

—De acuerdo. Quizá sea el santo que tú te imaginas. Ya me he equivocado con otros antes.

¿Qué siente Jared hacia él?

—Poco entusiasmo, supongo.

—Ya... ¿Cuándo dices que vendrás aquí?

—La primera semana de enero. Empiezo a trabajar el día siete.

—Estoy deseando que vengas. Entonces podrás ponerme al tanto de todos los detalles de este matrimonio de pacotilla.

Jared recogió a Lindsey a la tarde siguiente. Ella lo esperó en la puerta y se montó en el coche antes de que él pudiera llamar a la puerta.

—Mi padre está dormido y no quiero molestarlo. El ama de llaves tiene mi número de teléfono por si me necesita.

Jared conducía un deportivo rojo de dos plazas.

—¡Caray! ¿De dónde has sacado este coche?

—Lo tengo desde hace tiempo. Lo compré como cuatro meses antes de irme al último destino. Mi padre y Jake lo sacan de vez en cuando para mantenerlo en forma. Mi padre dice que es un sacrificio, pero que se obliga a hacerlo.

Ella se rió.

—Es un placer oír tu risa otra vez.

—Es un placer tener un motivo para reírse. Te agradezco que tú

también vayas a hacer un sacrificio para casarte —comentó ella despreocupadamente.

—Ni lo menciones —replicó él en tono serio.

Ella prefirió no abundar en el tema.

—¿Has hablado con tus padres?

—¿Desde el día de Acción de Gracias?

—Sí.

—Claro, hablo con ellos casi todos los días.

—¿No se quedarán un poco impresionados cuando les contemos nuestros planes?

—Mi madre, Jake y Ashley, sí. Creo que mi padre, no.

—Claro, claro...

Jared puso un CD y sólo se oyó la música hasta que aparcaron delante de la casa de sus padres. A ella le sorprendió que fuera moderna. No sabía por qué, pero había esperado una casa más pequeña con el mismo estilo colonial de la grande.

—Es preciosa —comentó ella cuando él la ayudó a bajarse del coche.

—Sí. A ellos les encanta. Llevan diez años aquí. Mi madre le dijo al arquitecto lo que quería. A mi padre le daba igual si ella estaba contenta.

La puerta de la casa se abrió cuando llegaron al último escalón que llevaba al porche.

—Me alegro de que hayas podido venir, Lindsey —la saludó Joe —. Creo que ya conoces a Gail, ¿Conociste a Jake y Ashley en la fiesta?

—Los vi —dijo ella dirigiéndose a ellos—, pero no nos presentaron.

—Eso fue porque mi hermano te monopolizó —se quejó Jake con una sonrisa.

—Me llamo Heather Crenshaw.

Lindsey miró a la niña que estaba entre las piernas de su padre.

—Encantada de conocerte.

—Tengo cuatro años.

—Vaya, eres bastante mayor, ¿no?

—Voy a tener una hermana o un hermano.

—Bueno, ya sabes todos nuestros secretos familiares —intervino Jake—. ¿Vamos a sentarnos?

—La cena está casi lista —comentó Gail—. Heather, no te olvides de lavarte las manos.

—Sí, señora —replicó la niña antes de salir corriendo.

Se hizo un silencio algo incómodo y Lindsey no supo cómo sortearlo. Miró a Jared con ojos suplicantes. El se acercó y le rodeó la cintura con un brazo.

—En realidad, hay otro secreto en la familia que me gustaría desvelaros. Lindsey y yo vamos a casarnos.

Todo el mundo, menos Joe, lo miró como si les hubiera lanzado una granada de mano.

Lindsey se fijó en que Jared y su padre se intercambiaron una mirada y que Jared le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¡Vaya! —exclamó Joe mientras daba una palmada—. Esto exige una celebración.

¡Enhorabuena!

—¡Desde luego! —Gail fue la primera en reponerse—. Voy a llevar la cena a la mesa. Joe, busca algún vino para los brindis.

Jake se acercó y le estrechó la mano a Lindsey.

—Eres una mujer muy valiente al aceptar la tarea de educar a este individuo. Sólo puedo desearte mucha suerte.

—Es increíble —le siguió Ashley—. No hace ni dos meses desde que Jared aseguró que nunca… —carraspeó—. Quiero decir, estoy encantada de que entres en la familia. Supongo que pronto vendrás a vivir al rancho.

—La cena está en la mesa —anunció Gail.

Todos se dirigieron al comedor de grandes ventanales. Jared tomó de la mano a Lindsey y entonces, ella se dio cuenta de que estaba temblando. Los Crenshaw eran maravillosos y ellos estaban mintiéndolos. Era espantoso.

Jared se inclinó un poco.

—Tranquila, ya se lo hemos dicho. No tienes por qué estar nerviosa —le susurró al oído.

A medida que avanzaba la cena, Lindsey fue tranquilizándose. La conversación fue de asuntos generales y ella no participó mucho, pero le gustó escuchar a los tres hombres y verlos bromear entre ellos. Se dio cuenta de lo que se había perdido por ser hija única. Todo fue como la seda hasta que llegaron los postres y el café y Gail habló de la boda.

—¿Quién va a casarse? —preguntó Heather.

Lindsey miró a Jared y él sonrió a su sobrina.

—Lindsey y yo.

—¿Lo ves, tío Jared? Tú también vas a tener un bebé. Papá y mamá se casaron y van a tener un bebé.

Jared agarró la mano de Lindsey y la apretó con delicadeza.

—Nosotros no vamos a hacer lo mismo por ahora, cariño.

—Estoy emocionada —declaró Gail después de que Joe y Jake hubieran brindado por la felicidad de la pareja.

Lindsey se puso muy nerviosa. Era como una pesadilla de la que no podía escapar.

—Otra boda en la familia —siguió Gail—. ¡Qué ilusión! —sonrió de oreja a oreja—.

¿Habéis elegido la fecha?

Jared se aclaró la garganta.

—Sí. Vamos a pedir el certificado mañana y de paso nos casaremos allí.

Jared comprobó que a su madre y a Ashley casi les da un ataque de histeria ante la posibilidad de que se les hubiera ocurrido semejante idea. Debían de pensar que era un adolescente que quería fugarse con su novia.

—Jared Crenshaw —intervino Gail en tono rotundo—, no te hemos educado para que te comportes así. Estás siendo injusto con Lindsey.

—Bueno —empezó a decir Lindsey—, eso es absur...

—Ninguno de los dos queremos organizar mucho lío —la interrumpió Jared.

—Lo has intentado —le consoló Jake en tono burlón—, pero no va a colar. Puedes darte por vencido.

Joe no dijo nada. Se limitó a observar la escena y a mirar a Lindsey de vez en cuando.

—Queremos casarnos antes de Navidad —explicó ella—. No quiero mucha celebración por la salud de mi padre.

—Lo entiendo —la tranquilizó Gail—. No tendrás que preocuparte de nada. Ashley y yo podemos ocuparnos de todo y tu padre no tendrá que hacer nada, salvo dar tu mano, naturalmente —miró a Ashley—. Podemos hacer una boda tranquila, ¿verdad?

—Desde luego —Ashley no podía disimular su ilusión.

—Mamá… —empezó a decir Jared.

—No insistas, hijo. Es el privilegio de tu madre. Esa no es forma de empezar un matrimonio —Joe lo miraba firmemente.

Gail sacó un calendario.

—¿Qué os parece una semana a partir del sábado? Así tu padre podrá sentirse mejor.

Lindsey miró a Jared aterrada. ¿Por qué no decía o hacía algo?

Ashley agarró a Lindsey de la mano y le dio un susto.

—Por favor, déjanos que lo hagamos por ti.

Jake se inclinó sobre Jared y le susurró lo suficientemente alto:

—Puedes rendirte ya. Ahorra tiempo y puedes estar seguro de que no vas a ganar esta batalla.

—¿Qué opinas? —le preguntó Jared a Lindsey.

Ella no pudo decir nada, pero se le formó una idea en la cabeza. Se habían conocido hacía seis semanas en la boda de Jake y Ashley y ella ya estaba embarazada. ¿Pensaría la familia que ella también estaba embarazada? No quería ni imaginárselo. Pensarían que ella lo había cazado, como había insinuado él. A esas alturas tampoco serviría de nada explicar la verdad. Esbozó una sonrisa.

—Para mí sería un honor que nos ayudarais a preparar una boda en menos de dos semanas.

Capítulo 6

—Yo os declaro marido y mujer —sentenció el celebrante—. Puede besar a la novia.

Esas palabras sellaron su destino. Ya era un hombre casado. El trillón de personas que aceptó la invitación a su boda mantuvo un repentino silencio. Él se volvió hacia Lindsey que lo miraba con cierta cautela. Le guiñó un ojo y ella sonrió. El beso era parte esencial de la ceremonia y ya se habían besado otras veces. La abrazó entre las exclamaciones contenidas de algunas mujeres. Se rozaron los labios. Eso habría bastado, pero él profundizó el beso y todo el mundo se echó a reír.

Las risas lo detuvieron. Se apartó de ella y la tomó de la mano para saludar a los invitados.

Todos aplaudieron

—Enhorabuena, has sobrevivido a la ceremonia —le susurró Jalee, que había actuado de padrino.

Jared rodeó la cintura de Lindsey con el brazo mientras la gente se acercaba para felicitarlos. La ceremonia se había celebrado en el enorme jardín trasero de la casa grande.

Afortunadamente, el tiempo había sido bueno, aunque su madre había contratado una gigantesca carpa por si acaso.

El olor a barbacoa flotaba en el ambiente. ¿Quién habría dicho, cuando fue a la boda de Jalee, que él sería el siguiente?

Lindsey parpadeó al ver las hordas de gente que se acercaba a saludarlos. No conocía ni a la mitad, aunque sabía que muchos habían llegado de Washington para asistir a la boda de la hija del senador. También había llamado a Janeen para contarle el cambio de planes. Su amiga se alegró, pero decidió no ir ya que Lindsey estaría pronto en Nueva York. Por eso, Lindsey pidió a Ashley que fuera su madrina y la cara de felicidad de Ashley le confirmó que había acertado. Vio que su padre estaba a unos metros, junto al padre de Jared. No recordaba haberlo visto tan feliz, al menos desde la muerte de su madre. Lindsey se alegró de que se hubiera recuperado para llevarla al altar.

Ése fue el primer día que vio a Jared vestir algo que no fueran unos vaqueros, unas botas y una camisa de cuadros. Llevaba traje

oscuro, corbata y, naturalmente, unas botas de vestir.

Tenía que reconocer que estaba muy guapo. Esa mañana, cuando recorrió el pasillo del brazo de su padre y vio a Jared junto a Jalee y el pastor, ella tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la compostura. Siempre le aceleraba el pulso.

—¿Te había dicho que pareces una reina? —le susurró Jared.

—Gracias.

Gail y Ashley la habían ayudado a encontrar un vestido sencillo de aire renacentista.

Había tenido la boda que siempre había soñado, pero era una farsa.

—¿Te pasa algo? —le preguntó él.

—Estoy un poco cansada.

Jared había sido el novio perfecto y había soportado todas las bromas con estoicismo.

Seguramente, el beso en el altar fue para resultar más convincente. Si ella no supiera la realidad, también habría creído que él estaba deseando estar a solas con ella y...

Se estremeció al pensarlo.

—¿Tienes frío?

—No... Cuando estemos al sol estaré perfectamente.

El tiempo pasó volando hasta que sólo quedaron el senador, los padres de Jared, Jake, Ashley y los recién casados. Ya se había recogido todo y no quedaba ningún rastro de que se hubiera celebrado una boda. Incluso Heather se había quedado dormida.

—Quiero agradeceros a todos que hayáis conseguido que el día más bonito para Lindsey haya sido perfecto en todos los sentidos. Ya que todos habéis hecho tanto por la pareja, he decidido que mi aportación sea la luna de miel —declaró el senador.

Jared miró a Lindsey con el ceño levemente fruncido.

—Senador —intervino cortésmente Jared—, es usted muy generoso, pero hemos decidido no ir de luna de miel todavía.

—Vaya, ¡pues vais a ir! —el senador se rió—. Hemos maquinado un poco a vuestras espaldas. Espero que os guste nuestra pequeña sorpresa —metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre—. Tomad.

Lindsey lo agarró con una mano temblorosa y lo abrió.

—¿Cancún? —preguntó Lindsey, que se preguntaba si ese día podría acabar peor—. ¿Nos mandas a Cancún?

—Efectivamente —respondió el senador con una sonrisa—. Un viaje con todo pagado.

Haría cualquier cosa por mi hijita. Quiero que lo paséis muy bien... los dos solos...

—Has dicho hemos maquinado, ¿a quién te referías?

—La verdad es que Ashley y yo estamos metidas en esto —confesó Gail—. Cuando el senador nos contó su plan, nosotras nos fuimos de compras para que tuvierais la ropa adecuada.

Lindsey no se atrevió a desmayarse, todos habrían pensado que estaba embarazada.

—Vaya… mmm... qué sorpresa, ¿verdad, Jared?

Un ligero tic en su mandíbula reveló que no estaba tan tranquilo como parecía.

—Tengo que reconocer, senador, que ha pensado en todo —lo dijo con cierto desasosiego.

Lindsey se dio cuenta de que Joe y su hijo se comunicaban en silencio.

—¿Por qué no os cambiáis? —les propuso Gail—. Todavía os

queda un viaje por carretera.

Jared miró los billetes.

—Aquí dice que salimos de Austin mañana a las seis.

—Sí, pero os he reservado una habitación en uno de los hoteles que hay cerca del aeropuerto —le explicó el senador—. Llegaréis a Cancún mañana a la una y tendréis tiempo de verlo de día.

Jared agarró la mano de Lindsey.

—¿Estabas al tanto? —le preguntó a ella sin hacer caso de los demás.

¿Qué podía decir? ¿Que habría preferido quedarse allí hasta que se fuera a Nueva York?

—Parece divertido, ¿no? —contestó ella con la mejor de sus sonrisas y sin mirarlo—. Eres el mejor padre del mundo. Te quiero —añadió mientras le daba un beso en la mejilla.

—Bueno, bueno. Yo también te quiero.

—Entonces, será mejor que vayamos a cambiarnos —dijo Jared con resignación—. Nos queda un viaje de dos horas.

—Buena idea.

Ella podría disponer de unos minutos para adaptarse al rumbo que habían tomado los acontecimientos. Se tomó su tiempo para quitarse el vestido y lo colgó con cuidado.

Jared y ella no habían contado con aquello, ni siquiera habían hablado de la luna de miel.

Los días previos habían estado llevando las cosas a casa de Jared y preparando el dormitorio de ella. Lo habían pasado muy bien esas dos semanas. Salvo por un detalle, no habían tenido ningún contacto físico y les esperaba una semana a solas en un paraíso tropical y romántico.

Tendría que llevarse algunos libros.

Jared se quedó con la mirada fija en el dormitorio de su infancia. Se quitó el traje y la corbata y se puso los vaqueros y las botas, pero no pudo dejar de pensar en lo que estaba pasando. Se excitaba mucho cuando estaba con Lindsey y casi no se acordaba de la última vez que estuvo con una mujer. Le esperaba una semana con Lindsey y sabía que sería incapaz de no hacer todo lo posible por acostarse con ella.

También sabía que no habrían podido zafarse de esa oferta sin parecer groseros. Todo el mundo, excepto su padre, estaba

convencido de que estaban locamente enamorados. Era un amor a primera vista que los había lanzado al altar para poder estar juntos.

Esperaba sinceramente que el senador Russell encontrara tiempo para atender las llamadas de los Crenshaw.

Cuando Lindsey bajó las escaleras, todo el mundo estaba esperándola.

—Ya estoy preparada.

—Perfecto. Las maletas están en el coche —le dijo Jared.

El senador abrazó a su hija con fuerza..

—Quiero que esta semana descanses y te relajes. Últimamente has estado un poco tensa.

—No te preocupes —replicó ella, aunque sabía que era mentira.

Russell estrechó la mano de Jared.

—Cuida de mi hija, ¿de acuerdo?

Jared lo miró fijamente.

—Desde luego.

Ashley y Gail abrazaron a Lindsey y Joe se llevó a Jared aparte.

—Quiero que sepas lo orgulloso que estoy de ti. El resto de la familia nunca sabrá lo que has hecho para solucionar una situación muy complicada.

—Ya que yo fui quien organizó todo el lío, supongo que también tenía que resolverlo...

—Como te he dicho, estoy más orgulloso de lo que te puedo decir con palabras.

Jared miró el reloj.

—Tenemos que irnos. ¿Preparada? —le preguntó a Lindsey con una sonrisa.

Capítulo 7

—No puedo creerme que nos vayamos de luna de miel.

Jared miró a Lindsey.

—Yo tampoco termino de hacerme a la idea —confirmó él.

—Lo teníamos todo previsto. Nos casaríamos...

—...en el juzgado...

—En el juzgado. Yo viviría en tu casa unas semanas y luego cada uno se iría por su lado.

—En cambio, hemos tenido una boda por todo lo alto y ahora nos vamos de luna de miel.

Ella no dijo nada, pero Jared sabía que estaba pensando en la primera noche. Tendrían que dormir en la misma habitación. Él también lo había pensado y había decidido que era el merecido castigo por haber tenido la osadía de dormir con la hija del senador.

No era del todo justo. El senador sólo quería que su hija tuviera un buen recuerdo de su boda y su luna de miel. El problema era que no habían hablado de las condiciones del matrimonio. Habían acordado que después de casarse dormirían en dormitorios separados. El podría prescindir del sexo si ella dormía en la otra punta de la casa.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó él al hilo de sus pensamientos.

—¿Con qué? —preguntó ella sin entender nada.

—Con las normas para la semana que viene.

—Perdona —replicó ella—. Estaba dormitando y me parece que me he perdido.

—Hablo de las relaciones sexuales —aclaró él con las mandíbulas apretadas.

—Ah...

—Eso.

Ella no dijo nada inmediatamente y puso un gesto pensativo.

—Hacer el amor complicaría las cosas... —concluyó ella al cabo de unos segundos.

—Seguramente.

—Quiero decir, lo previmos todo con la idea de que...

—Ya sé la idea que teníamos, pero no soy de piedra. Soy un

hombre normal con las necesidades normales. Sabes perfectamente que me... alteras.

—Ah.

—¿Eso es lo único que se te ocurre?

—Entonces, ¿quieres hacer el amor conmigo?

—Vamos, Lindsey, no eres tan ingenua.

—No, pero soy observadora. No me has besado desde que llegamos a este acuerdo, hasta el día de la boda. Pensé que ya no te atraía.

—Estás muy equivocada. En cualquier caso, ¿con cuántos hombres has salido?

—¿Quieres ofenderme premeditadamente?

—No.

—¿Te he preguntado yo con cuántas mujeres has salido?

—En eso no tienes razón. Me parece que no conoces la mentalidad masculina, cualquier hombre quiere hacer el amor con una mujer hermosa. Cuanto más sale con ella, en términos generales, más ganas tiene de hacer el amor con ella.

—En términos generales, como tú dices. Yo nunca he tenido que zafarme de ninguno de los hombres con los que he salido. Así que tienes que pulir un poco tu teoría.

—¡No atacamos a las mujeres! Dejamos que se den cuenta sutilmente de que queremos acostarnos con ellas.

—Meterte en mi cama no fue muy sutil...

—No voy a seguir hablando de eso. Vamos a dejarlo como está. Yo no quise acostarme contigo cuando nos veíamos porque a veces las relaciones sexuales complican las cosas.

—¿A veces...?

—De acuerdo, casi siempre. Y tú no eres de las mujeres que se toman y se dejan.

—En otras palabras, no soy tu tipo.

—Deja de decir lo que yo no he dicho.

—¡Qué maravilla! Es nuestra primera discusión y sólo llevamos... nueve horas casados.

Seguro que es un récord.

—Muy graciosa. Te lo diré de otra forma. La mayoría de los hombres espera hacer el amor con su mujer la noche de bodas. Esta es nuestra noche de bodas. ¿Qué dices? ¿Vamos a seguir la

tradición? Eso la dejó sin palabras. No dijo nada hasta que vieron el hotel.

—Ese es —dijo ella en voz baja.

El hotel que había elegido el senador era muy lujoso. Jared fue a registrarse y volvió acompañado de un botones.

—¿Preparada? —le preguntó mientras le abría la puerta.

—Para dormir, sí. Para hacer el amor, no.

—Vaya. Has tardado casi una hora en tomar una decisión.

Entraron al hotel y fueron al ascensor.

—¿Por qué te has puesto tan desagradable? —le preguntó ella una vez dentro.

—Bueno, voy a repasar los motivos. Estoy insatisfecho, excitado y me siento atrapado.

Tengo que pasar una semana como si fuera un recién casado rebosante de amor, pero mantener una distancia prudencial de mi seductora mujer —se encogió de hombros—. Aparte, supongo que soy desagradable por naturaleza.

Estaba siendo un majadero y lo sabía. Lo malo era que le daba igual. Había pasado dos semanas espantosas. Había hecho todo lo posible para convencer a su familia de que lo que más deseaba en el mundo era casarse con Lindsey y detestaba haberles mentido.

Además, un matrimonio fingido no le gustaba nada. Ese día lo había pasado fatal. Cuando la vio acercarse a él como una reina, sólo pensó en llevarla a la cama más cercana para quedarse allí durante una semana y había resultado que el querido padre de ella se había ocupado de que tuviera esa oportunidad.

Cuando llegaron a la habitación, el equipaje ya estaba allí. En el dormitorio había dos camas muy grandes separadas por una mesilla. También había un armario, una televisión y una mesa redonda con dos sillas.

—Aquí estamos —comentó él mientras iba hacia la ventana sin mirarla—. No sé tú, pero yo tengo hambre. Voy a llamar al servicio de habitaciones, ¿te apetece algo?

Ella no contestó y él se dio la vuelta. Estaba sentada en el borde de una cama y miraba alrededor como si nunca hubiera estado en un hotel.

—Lindsey...

—Perdona... Sí, por favor. Una ensalada del chef y un té helado.

Jared pidió la cena.

—Si me disculpas, voy a darme una ducha —dijo ella cuando él colgó.

Jared se tumbó en la otra cama.

—Me parece muy bien.

Intentó no imaginársela en la ducha con el cuerpo mojado y el agua corriendo entre sus...

Ella exclamó algo y él abrió los ojos. Estaba de espaldas a él mirando la maleta.

—¿Qué pasa?

Ella se volvió y lo miró con gesto abatido.

—¿Conoces el dicho a perro flaco todo son pulgas?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Me parece que mi maleta está llena con la ropa de otra persona.

Él se acercó y miró en la maleta. Sacó unas prendas y las miró. La ropa era muy colorista.

La vestimenta tropical ideal si quería broncearse casi todo el cuerpo.

—¿Qué es esto?

El levantó un trozo diminuto de tela de color melocotón.

—Un camisón —respondió ella con voz vacilante.

Él la miró y vio que le temblaba el labio inferior como si fuera a llorar.

—¿Te parece que es algo que puedo ponerme para dormir?

Jared se acordó del camisón de algodón que le había visto y no pudo disimular una sonrisa.

—La verdad... No.

Lindsey revolvió toda la maleta, se apartó y se echó las manos a la cabeza.

—No puedo creérmelo.

El fue a abrir su maleta con la esperanza de poder distender un poco el ambiente.

—Estoy deseando saber lo que mi madre y Ashley consideran que es la ropa ideal para un marido recién casado que se va a los trópicos.

Su sentido del humor desapareció en cuanto abrió la maleta. No había vaqueros ni botas ni camisas de cuadros. Había pantalones de

algodón, un par de camisas y pantalones de vestir, una chaqueta informal, pantalones cortos, zapatillas y sandalias.

Miró a Lindsey y comprobó que ella estaba observándolo.

—Bueno, por lo menos sabemos lo que ha pasado —dijo ella con una mueca.

—¿Qué?

—Nos han dado un equipaje equivocado. ¿Dónde estará el nuestro?

Ella se echó a reír y se tumbó en la cama. Él pensó en lo absurdo de todo el día que había culminado con una ropa de bailarina de striptease para ella y unas prendas ridículas para él y también se echó a reír. Sin embargo, la risa de ella dio paso a los sollozos y él se dio cuenta de que Lindsey había estado todo el día conteniendo los nervios. Se sintió miserable.

Independientemente de las circunstancias, nada de aquello había sido culpa de ella. Como ella dijo una vez, no la habían encontrado en la cama de él. ¿Por qué había descargado toda su desesperación en ella?

Lindsey estaba con la frente en las rodillas para intentar silenciar su llanto. Jared se acercó y se sentó a su lado. Ella se apartó sin mirarlo.

—Lo siento —se disculpó él en voz baja.

Le dio un pañuelo y ella lo aceptó a regañadientes. Se puso recta y miró hacia otro lado.

—¿Qué sientes? —le preguntó con una furia que él casi agradeció.

—Que soy un majadero.

—Si esperas que lo niegue, puedes esperar sentado.

Lindsey se fue al cuarto de baño y cerró la puerta. Salió cuando llevaron la comida y cenaron en silencio.

—En realidad, no soy un simio prehistórico que va a esperar a que te quedes dormida para aprovecharse —Jared levantó la mano —. Te lo prometo solemnemente.

Ella sonrió levemente.

—Si no te apetece dormir con uno de esos camisones transparentes, seguro que en mi maleta podremos encontrar algo que puedas ponerte. Será espantoso, pero te tapará.

—Vaya, parece que estamos siguiendo todas las tradiciones.

Ahora yo soy la novia que llora en la noche de bodas.

Jared nunca la había visto tan vulnerable.

—Eso es lo que la novia hace después de hacer el amor, no en vez de hacerlo —replicó él entre risas.

Ella le dio un puñetazo en el brazo.

—¿Alguna vez hablas en serio?

—Puedo hacerlo, pero en este caso concreto tenemos que agarrarnos al sentido del humor y no hacer una tragedia. Estamos aquí. Estamos casados. Tenemos dos camas. Dormiremos un poco y nos despertaremos a una hora intempestiva para estar en el aeropuerto a las cuatro y media. Volaremos a Cancún, disfrutaremos del mar y la playa, comeremos demasiado, nos broncearemos y volveremos a casa.

—Sin sexo —Lindsey lo dijo con cierto tono interrogativo.

El no sabía muy bien cómo reaccionar.

—Eso lo dejaré de tu cuenta —replicó Jared al cabo de unos segundos—. Si quieres, te prometo que no será sexo, será hacer el amor. Te aseguro que no voy a reclamar ningún derecho conyugal que no quieras concederme, pero nunca pienses que no te deseo.

Ella se acercó a él y le rodeó el cuello con el brazo.

—Gracias.

Ella lo besó y él posó las manos en sus caderas para no tocar nada más. Cuando él respondió al beso, ella pareció ganar confianza. Tanta que cuando se separó de él, Jared estaba a cien. También se separó y se levantó.

—Te buscaré algo que puedas ponerte para dormir.

Rebuscó en la maleta y cuando se volvió había recuperado algo de su dominio de sí mismo. Le enseñó una camiseta y una camisa.

—Elige.

Ella agarró las dos y se fue al cuarto de baño. Al cabo de unos minutos, Jared oyó el ruido de la ducha. La había hecho buena, se pasaría una semana preguntándose si ella querría hacer el amor o no.

Capítulo 8

Cuando unas horas más tarde sonó el despertador, Lindsey se sorprendió de comprobar que se había dormido. Habría jurado que había estado despierta toda la noche. Estiró el brazo justo a la vez que Jared apagaba el despertador. Esperó a que él encendiera la luz.

Pero no lo hizo.

—Jared...

—Mmm...

—¿Te importaría que encendiera la luz?

—Mmm... ¡Ah! Claro.

Lindsey había dormido con la camiseta que le dejó él y que le llegaba hasta las rodillas.

Encendió la luz y se sentó en el borde de la cama. Jared se tapó los ojos y ella sonrió. Ella tomó la ropa que había dejado preparada y se fue al cuarto de baño. Se vistió y volvió a salir.

—Todo tuyo —le dijo a él.

Lo encontró estirándose y con los vaqueros por las caderas. ¿Cómo podía estar tan sexy a esas horas sin afeitar y despeinado?

—Gracias —se volvió hacia ella—. ¡Caray!

—¿Qué pasa?

—Estás muy guapa de rojo, me gusta ese traje, pero ¿no se te enfriarán los hombros?

—Me pondré una chaqueta hasta que lleguemos a Cancún.

Él asintió con la cabeza sin dejar de mirarla. El traje se ceñía en la cintura y la falda le llegaba justo hasta las rodillas.

Lindsey se cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es lo más discreto que me han metido en la maleta —afirmó ella.

—Perdona. No quería incomodarte. Es que... bueno, estás... muy sexy. Todos los hombres van a mirarte.

—Lo dudo —ella se puso la chaqueta—. ¿Mejor?

Él fue a decir algo, pero se contuvo y fue al cuarto de baño. Se paró en la puerta y se volvió.

—Aunque no te lo creas, lo he dicho como un halago, no para meterme contigo. Me encantaría poder pasar un día entero contigo

sin que estuvieras tan susceptible.

Lindsey se quedó mirando la puerta cerrada y puso los ojos en blanco. ¿Qué le pasaba?

Normalmente no aceptaba tan mal los halagos. El problema era que se sentía incómoda.

Siempre había pensado que se casaría con un hombre al que conociera desde hacía mucho tiempo. Nunca se había imaginado que pasaría tanto tiempo con Jared. Le ponía nerviosa. No le gustaba cómo se sentía cuando él estaba cerca. Se preguntaba dónde se había metido.

Cerró la maleta y se sentó en la cama para esperar a Jared. Apareció con los vaqueros y las botas.

—Perdona —se disculpó ella—. Tienes razón. Reacciono ridículamente a todo lo que dices —se levantó y alargó la mano—. ¿Hademos las paces?

—De acuerdo —él le estrechó la mano y se la soltó inmediatamente—. Creo que yo tampoco estoy muy brillante a las... —miró el reloj—. Las cuatro y media de la mañana. El aeropuerto está a un par de minutos. Podemos dejar el coche aquí y alguien del hotel nos acercará al aeropuerto. ¿Ya lo tienes todo?

Ella asintió con la cabeza. Jared agarró las maletas y se pusieron en marcha.

En cuanto despegó el avión, Jared reclinó el asiento y cerró los ojos. Lindsey estaba junto a la ventanilla y miró la costa de Texas. Volvió a pensar en lo que la había desvelado casi toda la noche; en hacer el amor con, Jared.

Si la noche anterior servía de ejemplo, esa semana iba a ser una tortura. Aunque tuvieran dos camas, iban a compartir la habitación y el baño y él la atraía mucho. Mientras se vieron, ella lo encontró fascinante y sus besos le habían dejado muy claro que era vulnerable a él. Si estaban casados, ¿por qué no podía indagar en los sentimientos que había despertado en ella? Iban a estar una semana solos y él había expuesto claramente lo que sentía sobre ese asunto. No tenía por qué ponerse tan nerviosa con la situación.

Nunca había estado tentada de hacer el amor con los chicos con los que había salido en la Universidad y ninguno de ellos se había propasado. Quizá fuera porque era la hija del senador Russell. Jared parecía ser el único al que no le intimidaba eso. Su oferta de

matrimonio no había sido por la actitud de su padre, sino porque quería hacer lo que le parecía correcto para ella.

Los dos se merecían esos días lejos de sus vidas reales. La idea de pasar una semana con un hombre atractivo empezaba a gustarle.

Jared se despabiló una hora antes de aterrizar. Miró a Lindsey y ella sonrió. Sin duda, era un hombre que quería conocer mejor, en la cama y fuera de ella. Una vez tomada la decisión, Lindsey se permitió disfrutar de su belleza, su magnífico cuerpo y su sonrisa inolvidable.

—¿Qué miras? —le preguntó él con el ceño un poco fruncido.

—He estado hojeando el folleto del hotel. Es impresionante.

—¿Qué pone?

—La solución perfecta para adultos solos. Playas privadas, restaurantes y suites de luna de miel —leyó ella con voz de agente de viajes.

—¿Suites de luna de miel? —él frunció más el ceño—. Estupendo...

—Los recién casados tendrán una cena a la luz de las velas la primera noche —siguió leyendo ella—. En la habitación encontrarán champán, una cesta de frutas y flores.

—¡Champán!

—No bebo mucho, pero parece una buena idea.

—Ahora vuelvo —dijo Jared antes de irse a la parte trasera del avión.

Una vez en el cuarto de baño, se miró al espejo. Quería morirse. Velas, champán... todo lo que un hombre podría soñar para una seducción perfecta.

Era un desperdicio. Se imaginó a Lindsey con uno de esos camisones transparentes y sujetando una copa de champán. Tendría que aguantarse.

Cuando aterrizaron y pasaron la aduana, tomaron un taxi que los llevó al hotel.

—Mira, Jared, parece un paraíso tropical —exclamó Lindsey al verlo.

—Sí, ya lo he visto —se lo llevaban los demonios—. Es muy bonito...

—Vamos a pasarlo muy bien, Jared. Disfrutemos de cada instante.

Tanto entusiasmo lo dejó atónito. Quizá ella no se lo pasara bien con el sexo, pero había reaccionado bien cuando la había besado. ¿Qué le pasaba?

Se registraron y les dieron unos folletos con las actividades que podían disfrutar. Jared los hojeó mientras subían en el ascensor a la última planta.

La suite parecía sacada de una película. Sólo había una cama gigantesca. También había una sala y un cuarto de baño con todo tipo de instalaciones. El abrió las puertas y encontró un armario bastante grande y otro cuarto de baño. Al menos podrían tener algo de intimidad de vez en cuando. En un cuarto de baño había un jacuzzi. Las cosas que podía imaginarse...

Cuando terminó la exploración, volvió a la sala y se encontró a Lindsey mirando por la ventana.

Se acercó a ella.

—Qué vista tan bonita —comentó él, que estaba dispuesto a ser amable.

—¿Bonita? —ella lo miró con una sonrisa resplandeciente—. Es impresionante.

—Sí —concedió él que, sin embargo, estaba mirándola a ella.

El vestido lo tenía maravillado. Era más corto de lo normal en ella y mucho más colorista.

Al andar se arremolinaba alrededor de sus rodillas y atraía su mirada hacia sus piernas perfectas. Además, esa mañana ella llevaba el pelo suelto y el conjunto lo tenía muy excitado.

—¿Qué quieres hacer? —consiguió preguntarle él.

—Vamos a cambiarnos y a ir a la playa. Estoy deseando darme un baño. ¿Qué te parece?

—Bien —él se encogió de hombros.

—Vamos a divertirnos, Jared. Disfrutemos mientras estamos aquí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Si se lo repetía muchas veces, a lo mejor acababa convenciéndose.

Capítulo 9

Lindsey entró en un cuarto de baño para cambiarse y Jared en el otro. Ella se probó tres trajes de baño y decidió que tenía que ir de compras inmediatamente. Se puso el de cuerpo entero. Tenía un escote que le llegaba casi hasta el ombligo y la espalda apenas le tapaba el trasero. Se puso unos pantalones cortos y una camiseta de cuello redondo. Metió las cremas y las toallas en la bolsa y volvió al dormitorio.

Jared llevaba unos pantalones cortos que resaltaban su trasero firme y sus musculosas piernas. Se había puesto una camisa, pero la llevaba abierta. Entre gruñidos, se calzó unas sandalias y farfulló que esperaba no encontrarse con nadie conocido.

Cuando llegaron a la playa, lo primero que llamó la atención de Lindsey fue la cantidad de mujeres solas que había y que miraban a Jared como si él también estuviera solo. A ella le pareció indignarte. Aunque no tenía ningún motivo para sentirse celosa. Lo que pasara en Cancún no iba a cambiar las cosas. Siempre que no se le fuera de las manos esa aventura, con su propio marido, no tenía por qué preocuparse.

Jared extendió una toalla enorme, gentileza del hotel, debajo de una sombrilla.

—¿Preparada?

Ella asintió con la cabeza y los dos se quedaron sólo con el traje de baño. Se miraron con curiosidad. Como si hubieran decidido tácitamente no hacer ningún comentario, fueron hasta el agua en silencio.

—¿Piensas nadar? —le preguntó Jared.

—No, voy a mojarme un poco y luego me tumbaré al sol.

Ella miró su impresionante espalda mientras él se metía en el agua. Jared se zambulló y desapareció. Ella se encontró preguntándose cómo le diría a Jared que quería hacer el amor. No era algo que podía soltar como si tal cosa.

Volvió a la sombrilla, se puso las gafas de sol, se sentó y buscó a Jared con la mirada. Su pelo rubio era fácil de distinguir. Cuando por fin salió del agua, se acercó hacia ella con la respiración entrecortada. Ella le dio una toalla y él se tumbó a su lado.

—Voy a ponerte loción protectora en la espalda para que no te quemes.

Él la miró fijamente y ella le sonrió con un gesto de inocencia.

—Muy bien —aceptó él al cabo de unos segundos.

Lindsey le extendió la loción y él se puso tenso.

—¿Está fría? —le preguntó ella.

—No.

Ella siguió pasándole las manos desde la base del cuello hasta la cinturilla del traje de baño. Luego, se puso más loción en las manos y empezó a acariciarle el cuello y los hombros. El dejó escapar un gruñido de placer y ella se dio cuenta de que se excitaba sólo con tocarlo. Era bochornoso. Siempre había ido a colegios para chicas y, además, la estricta vigilancia de su padre no le había permitido tener experiencia en relaciones íntimas con hombres. Sin embargo, en ese momento podía tocarlo impunemente y deleitarse con su maravillosa espalda que acababa en una cintura muy estrecha. Podría dormir con él durante una semana sin remordimientos, si tenía valor...

Cuando terminó el masaje, él estaba profundamente dormido y ella estremecida de deseo.

Decidió darse un baño para recuperar el dominio de sí misma.

El sol estaba tocando la línea del horizonte cuando Jared abrió los ojos. Miró a Lindsey, que estaba acurrucada al lado de él dormida. La sacudió levemente para despertarla, pero se acordó de que las normas le impedían tocarla.

—Lindsey...

—Mmm...

—Es tarde, tenemos que volver al hotel.

Ella abrió los ojos y se sentó de un salto.

—No quería quedarme dormida.

—Yo tampoco, pero no importa. Hemos venido a descansar y lo hemos conseguido.

Se vistieron, recogieron la bolsa de playa y tomaron el sendero que llevaba al hotel.

Lindsey se paró en el vestíbulo para mirar unos folletos.

—Mira, Jared, todo esto no viene en el programa de papá.

Él lo miró.

—¿Quieres ir a nadar entre delfines?

—Podría ser divertido...

—Hay una excursión en barco a Islas Mujeres —él miró otro par de folletos—. También podemos alquilar un coche e ir a ver las ruinas mayas.

—No me importa lo que hagamos —Lindsey miró a Jared—. Me he dado cuenta de que nunca había tenido unas vacaciones de verdad. Todos mis viajes habían sido cuidadosamente preparados y supervisados. Me encanta tener tiempo libre y hacer lo que queramos.

Quizá ese matrimonio era lo que necesitaba para escapar de la estricta tutela de su padre.

En la fiesta de la boda había sacado la impresión de que el senador esperaba que siguiera viviendo con él mientras su marido trabajaba en el extranjero.

Una vez en la habitación, Jared pidió la cena. Luego, los dos eligieron ropa limpia y se fueron a los cuartos de baño.

Jared, mientras se duchaba, repasó las normas que se había impuesto cuando estuvo nadando hasta el agotamiento. La primera era no tocarla ni, mucho menos, besarla. La segunda, no dormir en la misma cama. El sofá era corto, pero podría juntar dos butacas y si no, el suelo valdría como último recurso. Había estado en situaciones mucho más comprometidas y las había superado. Podría pasar una semana sin tocar a su mujer.

Una vez vestido, se sintió mucho más seguro. El masaje y la siesta lo habían dejado como nuevo. Había programado una semana llena de excursiones y baños que los dejarían agotados.

Pasarían muy poco tiempo en la habitación.

Cuando salió estaba seguro de poder sobrellevar la situación. Hasta que vio a Lindsey.

Ella estaba nerviosa. Quería transmitirle con sutileza que quería hacer el amor con él, pero no estaba muy segura de que su vestimenta fuera muy sutil. A lo mejor él se reía o, peor aún, no le hacía caso. No era capaz de decírselo claramente.

Se quedó mirando las luces de la playa y el resplandor del mar. Cuando oyó que se abría la puerta, se dio la vuelta para mirarlo.

El se quedó parado con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella tragó saliva.

—Supongo que la cena llegará de un momento a otro, espero

que tengas hambre.

Él se aclaró la garganta.

—No sabes cuánta.

Jared se metió las manos en los bolsillos y fue hasta otra ventana. Parecía fascinado con la vista. Llamaron a la puerta.

—A lo mejor no quieres que el camarero te coma con los ojos y te aseguro que lo hará.

Ella se puso como un tomate. Volvió al cuarto de baño sin decir nada y cerró la puerta.

Se miró en el espejo. Él, efectivamente, se había dado cuenta de que llevaba uno de los camisones y la bata que le habían metido en la maleta. También tenía razón. No quería que nadie, menos él, la viera así. Jared había apartado la mirada después de la impresión de verla tan provocativa. ¿Habría entendido lo que ella quería transmitirle?

Si lo había entendido, no lo había parecido. Tenía que resignarse, no era una seductora.

Jared llamó a la puerta.

—Ya puedes salir.

Lindsey sintió cierto pánico. ¿Debería cambiarse? Levantó la barbilla y decidió seguir adelante, fuera lo que fuese. Abrió la puerta y pasó a la habitación, que estaba iluminada por la luz de unas velas. Había una mesa puesta al lado de las ventanas. También había una botella de champán en un cubo con hielo y se oía una música que salía de unos altavoces invisibles. Era el escenario perfecto para una seducción y ella estaba poniendo todo de su parte. Jared separó una silla y ella se sentó.

—Todo parece delicioso y es muy romántico.

—Estoy completamente de acuerdo —Jared descorchó la botella y sirvió las dos copas—.

Feliz luna de miel, Lindsey.

A ella le habría gustado que hubiera mostrado un poco más de entusiasmo, pero chocó su copa con la de él.

—Gracias —dio un sorbo y sonrió.

Lindsey siguió bebiendo champán mientras comían casi en silencio. Jared le rellenaba la copa y ella lo agradecía. La ayudaba a tranquilizarse y a sentirse más libre.

—Seguramente estés preguntándote por qué me he puesto esto

—comentó ella mientras tomaban el café.

El la miró y las velas se reflejaron en sus ojos.

—Estás muy... guapa. Ese color te favorece.

—Es color melocotón.

—Vaya... —él tomó su copa de champán y la vació de un trago.

—Me siento rara. Nunca he tenido nada que se pareciera ni remotamente a esto, pero es muy adecuado para la ocasión, ¿no?

El la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Quiero decir que nos hemos casado y que vamos a pasar una semana aquí y que... y que... no sé por qué no íbamos a tomarlo como una luna de miel de verdad...

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Ella asintió con la cabeza.

—Quieres que hagamos el amor... —puntualizó él lentamente.

Ella volvió a asentir con la cabeza.

—¿No es una broma? —le preguntó él con una sonrisa.

—No bromeo con esas cosas.

Jared sonrió de oreja a oreja.

—Así que tu camisón es para... estimularme.

Ella asintió con la cabeza una vez más.

—Que sepas que si hubieras llevado un hábito de monja, también me habrías estimulado.

—Entonces —ella lo miró con cierto nerviosismo—, ¿te agrada la idea? ¿No cambiará nuestro trato?

—Sí. No.

Se rieron y él le tomó la mano.

—Tienes razón. Haremos todo lo que hacen los recién casados, disfrutaremos de las vistas, volveremos a casa y seguiremos con el trato.

—¿Qué haremos luego? —preguntó ella lentamente.

El sonrió con picardía.

—Habremos tenido un día agotador y nos acostaremos pronto, como hoy.

—Hoy... Ah, de acuerdo.

—Sólo quiero que sepas —le aclaró él mientras se levantaban— que si cambias de idea en cualquier momento, yo me detendré. No quiero malentendidos.

—Gracias.

Él rodeó la mesa y la abrazó.

—Como es mi primera luna de miel, no sé qué hay que hacer. ¿Qué te apetece a ti?

—Un beso no estaría mal —contestó ella.

Él la besó como si se hubiera librado de todas las ataduras y ella supo que todo saldría bien.

Jared la tomó en brazos y la llevó a la enorme cama. ¿Se habría dado cuenta ella de lo tentadora que estaba con esa ropa? Durante la cena, él había pensado que tendría que darse una ducha bien fría. La dejó en la cama y batió el récord de quitarse la ropa. Se tumbó al lado de ella.

—¿Quieres que me quite esto ahora? —preguntó ella con voz vacilante.

—Lindsey...

—¿Qué?

—Tengo que preguntarte una cosa.

—¿Qué? —el tono fue de preocupación.

—¿Va a ser tu primera vez?

—¿Sería un inconveniente? —ella frunció el ceño.

El sonrió porque ella siempre era muy seria.

—En absoluto. Sólo me serviría para intentar ser lo más delicado posible.

—Conozco el procedimiento...— replicó ella como si se sintiera ofendida.

Jared comprendió que si se reía, acabaría durmiendo en el suelo.

—Claro, pero no quiero hacerte daño, eso es todo —aclaró él en tono serio.

—Ah.

Él le puso la mano en el abdomen y sólo por eso ella no se estrelló contra el techo.

—No pasa nada —la tranquilizó él—. Tenemos toda la noche, toda la semana... Sólo quiero que estés tranquila.

—Lo estoy —aseguró ella mirándolo a los ojos.

—Perfecto, me gustaría acariciarte y llegar a conocerte...

—Ya nos hemos presentado, Jared. Pasemos a la acción, ¿de acuerdo?

El se quedó unos instantes en silencio.

—¿Por qué no nos damos un baño en el jacuzzi?

—¿Ahora? —preguntó ella con espanto.

—Será divertido, te lo aseguro —él se levantó—.Voy a abrir el grifo y ahora vuelvo.

Cuando volvió, la estrechó contra sí y se la puso encima.

—¿Notas cuánto te deseo? —le preguntó él.

Ella asintió con la cabeza.

—Llevo así desde que nos conocimos. Con esto quiero decir que te deseo mucho y no quiero hacerte daño. Creo que el baño nos relajará a los dos.

Ella contorneó las caderas y sonrió cuando él resopló.

—Si te empeñas...

Lindsey empezaba a darse cuenta de su poder en esa situación. Perfecto. Jared fue al cuarto de baño y cerró el grifo.

—¿Quieres acompañarme?

Ella apareció en la puerta. Se había quitado lo poco que la tapaba. Era exquisita. No era llamativa, pero no había visto una mujer más sexy. Se acercó y se sentó en la bañera enfrente de él.

—¿No te gusta? —le preguntó él.

—No está mal. No es exactamente lo que esperaba, pero no está mal.

—Los libros y las conferencias no lo explican, pero se puede hacer el amor en muchos sitios, no sólo en la cama.

—Como en el asiento trasero de un coche —puntualizó ella.

—Efectivamente.

—Mi compañera de habitación en la Universidad se quedó embarazada así.

—Te aseguro que no fue culpa del coche.

Lindsey se rió y él comprobó que ella empezaba a tranquilizarse.

—Entonces, para ti esto son los preliminares, ¿no?

—Uno de ellos.

—¿Tienes más?

—Tú quédate conmigo y esta semana recibirás un curso completo.

—Veo que tu vanidad goza de una salud espléndida.

Él se rió. Se sentía mejor que nunca. No había encendido la luz del techo para que ella se sintiera más cómoda y había encendido dos velas que se reflejaban en todos los espejos.

El agua tapaba los pechos erguidos y redondos de ella, pero no le importaba, pensaba hacer mucho más que mirarlos.

Lindsey empezó a relajarse y se hundió en el agua hasta la barbilla.

—Me parece que tenemos un pequeño inconveniente.

Él la miró con los ojos como platos.

—¿Cuál?

—Estás demasiado lejos.

Ella se ruborizó, como sabía que haría. Él la agarró de la mano y la puso de espaldas contra su pecho.

—¿Mejor así?

Los espejos reflejaban lo distintos que eran. Él rubio y ella morena; él alto y ella baja; el brillo en los ojos de él y la cautela en los de ella...

—Relájate —le susurró él al oído.

Ella lo miró en el espejo y le hizo una mueca.

—¿Cómo puedo hacerlo cuando una parte de tu anatomía se clava en mi cuerpo?

—Sólo está un poco juguetona...

—Desde luego...

Él le tomó los pechos entre las manos.

—Mmm, no están nada mal...

Ella dio un respingo y Jared notó que hacía un esfuerzo para tranquilizarse. La acarició y le pasó los dedos delicadamente por los pezones hasta que se endurecieron. Ella empezó a jadear levemente. Luego, pasó a acariciarle los hombros.

—Te mereces un masaje después del que me has dado a mí.

Le recorrió los costados con las manos y se detuvo un instante al llegar a las rodillas. Ella se estrechó contra su incontenible erección y él, lentamente, le acarició la parte interior de las rodillas y de los muslos. Le pasó el pulgar por la hendidura entre las piernas y ella gimió y las separó un poco más para que llegara más adentro. Jared le introdujo un dedo y lo sacó, hasta que ella presionó contra la mano para exigirle más.

El obedeció. Cuando ella se dio la vuelta para mirarlo, Jared estaba más que dispuesto. Se deslizó un poco para que a ella le cupieran las piernas y las pasó por encima de sus muslos. Ella le buscó la palpitante rigidez con manos temblorosas. Él la levantó

hasta estar justo debajo de ella y ella se apoyó en los hombros de él mientras la bajaba lentamente. Cuando lo notó, abrió los ojos de par en par.

—¡Ah!

El se detuvo.

—¿Te duele?

Lindsey lo miró sin verlo.

—Es muy distinto de lo que me imaginaba. Es enorme.

—Gracias por el halago, pero la verdad es que tú eres muy pequeña.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de Jared y se cimbreó. El entró lentamente y volvió a salir. Ella frunció el ceño. Él siguió entrando y saliendo hasta que estuvo completamente dentro.

Entonces, no pudo reprimir un gruñido por el placer que sintió. Ella presionó contra él con los brazos alrededor de su cuello.

—¿Estoy haciéndote daño? —le preguntó Jared.

Ella negó con la cabeza.

—¿Quieres que volvamos a la cama?

Ella levantó la cara.

—Si te atreves a parar, no seré responsable de mis actos.

Él se rió y la besó mientras le levantaba las caderas y arremetía contra ella lo más lentamente que podía. La lengua seguía el mismo ritmo, pero Lindsey dejó escapar un gemido y empezó a moverse más rápidamente contra él. Él ya no podía contenerse, pero siguió moviéndola de arriba abajo hasta que ella se quedó inmóvil y se estremeció abrazada a él. Jared jadeó y alcanzó el clímax con ella.

Cuando recuperó el sentido, Jared oyó el borboteo del agua. Se levantó con Lindsey en brazos, salió de la bañera y apagó las velas. Le encantaba tenerla aferrada a él. Agarró la toalla y se secaron antes de volver al dormitorio. La luz de la luna se colaba por la ventana. La dejó en la cama y se puso encima de ella.

—¡Caray! —exclamó ella.

—Eso por lo menos.

La besó por toda la cara.

—Yo no tenía ni idea —reconoció ella.

—Sinceramente —dijo él un poco desconcertado—, yo tampoco.

La besó en la boca y dejaron de hablar.

A última hora de la mañana la luz bañó toda la habitación y

Jared comprendió que era de día. Habían hecho el amor casi toda la noche. Él la había enseñado que había muchas maneras de disfrutar. Estaba abrazado a Lindsey y tenía un pecho de ella en la mano. No la había soltado ni dormido. Le pasó los dedos por el costado hasta la cintura y la cadera. Ella no se movió.

Esa mañana se encontraba especialmente posesivo y sonrió. Lindsey valoraría especialmente su independencia cuando había dado un paso tan grande para alejarse de su padre y para él aquello ya no era ningún sacrificio. Todo saldría bien para los dos.

Jared se levantó y fue a ducharse y afeitarse.

Después de un copioso desayuno, se pusieron los trajes de baño y fueron a la playa. Esa vez, Lindsey llevaba un biquini y una camisola a juego. Jared extendió la enorme toalla debajo de una sombrilla. Lindsey se quedó mirando su musculosa espalda mientras estaba agachado.

Aquella noche había conocido cada rincón de su cuerpo con las manos y los labios, pero estaba más impresionante todavía a la luz del sol. Se arrodilló junto a él y se quitó la camisola.

—Es como si no llevaras nada —comentó él con el ceño fruncido.

A ella le gustaba esa mirada posesiva, pero no iba a reconocerlo. Tenía la sensación de que él era un verdadero maestro en las artes amatorias. La noche que se conocieron ya supo que él podría alterarla como no había hecho ningún hombre, pero después de haber hecho el amor con él, no sabía si podría hacerlo con nadie más cuando se separaran.

Lo haría, naturalmente. Iba a irse a Nueva York y aquello sólo era un paréntesis, aunque maravilloso. Por vanidad o lo que fuera, Jared le había enseñado algunas cosas que ni se insinuaban en los libros que había leído. Sonrió al acordarse.

—Vas a quemarte con tanta piel expuesta al sol —Jared se puso crema en las manos y las pasó por el pecho de ella y por debajo del minúsculo trozo de tela.

—¡Jared! —le agarró las muñecas—. Estamos en público.

—¿Y qué? —preguntó él en tono de inocencia—. Estoy poniéndote crema...

—Puedo ponérmela en el pecho sin tu ayuda —ella se rió—. Pónmela en la espalda.

—No tienes ninguna gracia.

—¿No? —ella lo miró por encima del hombro—. Anoche no decías eso.

—¿Nunca te han dicho que eres muy ingeniosa?

—No.

—Eso es porque lo ocultas con ese aire tan regio que tienes.

—¿De qué estás hablando?

—Túmbate para que pueda untarte las piernas —la acarició desde el borde del biquini hasta los tobillos—. Tienes un aire que me recuerda a un miembro de una familia real. Pareces distante y reservada. Sin embargo, anoche me demostraste que debajo de esa fachada hay una mujer apasionada. Fue un descubrimiento que me encantó.

Él le acarició la parte interior de los muslos y deslizó un dedo por debajo del traje de baño.

Ella dio un respingo.

—No necesito crema ahí.

Él se levantó y la arrastró consigo.

—Vamos a ver cómo está el agua.

Cuando llegaron a la orilla, Jared la tomó en brazos y no se paró hasta que el agua le llegaba al pecho. Ella estaba aferrada a su cuello.

—El agua me cubre aquí...

Él sonrió con un brillo perverso en los ojos.

—No te preocupes, no voy a dejar que te ahogues. Ponte un poco más cómoda.

La colocó con las piernas alrededor de su cintura.

—No estarás... —ella se sonrojó.

—¿Dispuesto a hacer el amor? ¿Por qué no?

—Pero... hay gente y...

—Sólo pueden ver que tienes los brazos alrededor de mi cuello.

Le quitó la parte inferior del biquini y entró en ella. Ella cerró los ojos y jadeó. Siempre estaba húmeda por dentro cuando él estaba cerca. El la agarró del trasero y la estrechó contra sí.

—¿Estás cómoda? —le preguntó Jared.

—Eres insaciable —le contestó ella antes de besarlo.

Entró y notó que el cuerpo de ella se estremecía cada vez más hasta que Lindsey dejó escapar un jadeo interminable. Entró más

profundamente y ella se relajó aferrada a él. Cerró los ojos y sonrió. No había nada como el sol, el mar y el sexo para que una luna de miel fuera perfecta.

—Jared... Nunca había sentido nada tan apasionante, tan irresistible, tan... Sólo sé que esta mañana ha sido el momento más inolvidable de mi vida.

Estaban comiendo en la terraza del café después de una excursión muy divertida a Islas Mujeres.

—Ya sé qué puesto me das en la clasificación. Yo no soy tan inolvidable como nadar entre delfines, ¿eh?

El también estaba exultante, pero lo estaba por la felicidad de verla desbordante de entusiasmo. Se había convertido en una mujer deseosa de ver cosas y sin miedo a mostrar sus sentimientos. Se reía con facilidad y más de una vez en esa semana había empezado una sesión de sexo duro. El senador no la reconocería.

—Ya sabes lo que quiero decir —ella arrugó la nariz—. ¿Cuánta gente tiene la oportunidad de estar tan cerca de esas criaturas maravillosas?

—Me alegro de que lo hayas pasado tan bien.

Estaba muy morena y casi parecía una lugareña.

—La semana está a punto de terminar —comentó ella cuando terminaron de comer—.

Estoy impresionada de lo deprisa que han pasado los días.

—Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba alejarme del mundo real.

—El mundo real...

—Te quedan unas semanas hasta que te vayas al norte. No te olvides el abrigo y las botas para la nieve.

—La verdad es que el tiempo va a ser muy distinto.

—¿Estás preparada para volver al hotel?

—Creo que sí. Si mañana vamos a ir a las ruinas mayas, va a ser un día muy completo.

—No tenemos que ir...

—Sí. Mañana es el último día y no quiero irme sin verlas.

Salieron del café y se acercaron a la orilla.

—Estás cansada, ¿verdad? —le preguntó él.

Ella lo miró con ojos provocadores.

—¿Qué estás pensando, marinero?

Él la agarró y la besó apasionadamente.

Capítulo 10

Jared y Lindsey llegaron a casa de él el domingo por la noche. Estaban cansados del viaje y decaídos por tener que volver al mundo real. Lindsey se durmió antes de salir de Austin y no se despertó cuando él apagó el motor. Jared sonrió y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Bella durmiente, estamos en casa...

Ella parpadeó y abrió lentamente los ojos.

—¿En casa? ¿Ya?

—Claro, te dormiste al salir del aeropuerto y te habrá parecido un viaje muy corto.

Ella se estiró y miró alrededor.

—¿Qué hora es?

—Medianoche pasada.

—Seguramente no vuelva a dormirme.

—¿Puedo contar con eso? —la besó en la boca—. Podemos bajar las maletas mañana.

Vamos a la cama.

Jared abrió la puerta y se tropezó con un montón de cajas. Encendió la luz.

—Alguien ha traído mis cosas. Qué amable —se alegró ella.

—Podía haber puesto las cajas en una esquina —replicó Jared con el ceño fruncido.

Ella se volvió y lo abrazó.

—Podemos apartarlas mañana.

El también la abrazó y puso las piernas de ella alrededor de su cintura.

—Aunque no sea lo primero que hagamos...

Fueron al dormitorio y se desvistieron en un abrir y cerrar de ojos. Una vez en la cama, Jared la cubrió de besos.

—Llevo todo el día con síndrome de abstinencia —dijo él.

—¿Por qué? —le preguntó ella con la respiración entrecortada.

—Porque es el tiempo más largo que he pasado sin hacer el amor contigo desde que llegamos a Cancún.

Ella contuvo la respiración cuando él le tomó un pezón entre los labios.

—La luna de miel ya ha terminado y no podemos pasar tanto tiempo en la cama.

El levantó la cabeza.

—Cómo que no…

La conversación terminó ahí y sólo se oyeron los susurros y los jadeos de placer.

A la mañana siguiente, mientras Lindsey hacía el desayuno, Jared llevó las cosas al dormitorio que había preparado para ella. Después del último viaje se quedó mirando al infinito por la ventana. Iba a echarla de menos. Cuanto más la conocía, más le gustaba. En realidad, era algo más que gustarle. Sus sentimientos hacia ella eran confusos. Durante esa semana se había divertido, habían hablado de sus vidas y de sus planes para el futuro y habían estado en silencio disfrutando de la compañía del otro.

Mientras hicieran el amor, él tendría que conformarse. Habían acordado seguir caminos distintos después de las vacaciones. Se recordó que él era quien no tenía intención de casarse a corto plazo y no tenía por qué cambiar de idea. Podían seguir siendo amigos. Le gustaría saber cómo iba su trabajo en el museo e intercambiarse correos electrónicos, pero por algún motivo eso no le parecía muy atractivo.

Era cerca de la una y estaban sentados en el porche trasero. Entonces, oyeron que llamaban a la puerta.

—Es la primera visita —Jared miró a Lindsey—. Al menos han esperado a que fuera una hora prudencial. Iré a ver quién es.

Ella lo siguió hasta la sala y se quedó mirando. Jared se quedó un poco sorprendido al ver a su padre, quien sonrió al ver a su hijo, aunque sus ojos expresaban una seriedad preocupante.

—Hola, papá. Pasa.

—El viaje te ha venido bien —comentó Joe mientras entraba—. Pareces descansado y estás más bronceado que de costumbre —vio a Lindsey y le hizo un gesto con la cabeza—. Tú también tienes muy buen aspecto. ¿Lo has pasado bien en Cancún?

—Muy bien. Tenemos muchas fotos. Hay demasiadas cosas que ver en una semana.

—Siéntate, papá. ¿Quieres un té helado?

—No, gracias. No puedo quedarme mucho tiempo.

Se sentó en una de las butacas que había enfrente del sofá y

Jared hizo sitio para que Lindsey se sentara con él. Se sentaron un poco separados. El cambio en su relación no era de la incumbencia de su padre, aunque a él le importara.

—Tengo algunas noticias para ti, Jared.

—Tú dirás.

—Contraté a un detective que encontró al hombre que conociste en el bar aquella noche.

—¿De verdad? Es fantástico. ¿Qué dijo?

—Habías acertado. Te puso algo en la bebida, te llevó al rancho de los Russell y te metió en la cama de Lindsey.

—Pero eso es un disparate. ¿Por qué lo hizo? —preguntó ella.

Joe la miró un instante en silencio.

—Es una buena pregunta. A lo mejor tú puedes explicárnoslo.

Ella lo miró con una expresión de perplejidad. Jared sintió una punzada en el estómago.

Tuvo la sensación de que el descubrimiento de su padre no iba a gustarle.

—Lo siento, pero no tengo ni idea de lo que estás hablando —replicó Lindsey.

—Muy bien, puedo aceptarlo. ¿Tienes alguna idea de por qué tu padre pudo contratar a un hombre para que pusiera algo en la bebida de Jared?

Jared la miró como si no la conociera de nada. ¿Era posible que ella hubiera participado en todo aquello?

—¡Mi padre! —ella se levantó de un salto—. ¿Cómo puedes decir una cosa así? Mi padre nunca se rebajaría a hacer algo así. Si ese hombre está intentando culpar a mi padre de sus actos, es un mentiroso.

Lindsey se dio la vuelta y salió de la habitación. Oyeron la puerta del porche trasero.

—¿Estás seguro? —preguntó Jared.

—Sí. El hombre explicó que una vez que los dos te desvistieron, el senador le llevó hasta su coche. Él nunca preguntó el motivo de todo aquello y el senador tampoco se lo dijo. Le pagó generosamente todas sus molestias.

—Ese hijo de... —Jared se levantó y empezó a ir de un lado a otro—. Es increíble que el muy canalla me tendiera una trampa y luego me obligara a casarme.

—Después de que me dieran el informe, lo hablé con tu madre, que se quedó atónita y se puso furiosa porque no se lo había dicho antes. Ella tiene una buena cabeza y cree que el senador quería casar a su hija con un Crenshaw y tú estabas libre.

—Eso es ridículo.

—Piénsalo. Con lo manipulador y dominante que es en todo, ¿por qué no iba a elegir el marido de su hija sin preguntárselo a ninguna de las partes?

Jared intentó contener la ira. El senador lo había tramado todo. ¿También habría participado Lindsey? Su indignación de hacía unos minutos, como la escena del café, podrían haber sido sinceras. Si no, era una gran actriz.

—Siento haber tenido que decírtelo yo —añadió Joe—. Tengo el informe del detective en la camioneta, ¿lo quieres?

—Sí, me gustaría verlo.

Salieron y Joe abrió la puerta de la camioneta. Buscó en la guantera y sacó un sobre.

—No sé si esto cambia las cosas. Creo recordar que teníais pensado separaron cuando tú volvieras de Arabia, ¿no?

Jared agarró el sobre.

—Ese era el plan y no hay motivos para cambiarlo.

Joe le puso una mano en el hombro a Jared.

—Te pido perdón por haber sacado conclusiones aquella mañana.

—¿Quién no lo habría hecho? Ahora se entiende que él quisiera que lo presenciaras.

—Desde luego, tienes argumentos para anular el matrimonio. Incluso podrías denunciarlo por secuestro.

—Supongo que estás bromeando, papá. Cuanto antes haya pasado todo esto, mejor.

—Espero que por lo menos hayas sacado unas buenas vacaciones y que te haya compensado el engaño.

—No me gusta que me pongan en ridículo. Me alegro de no saber dónde está él porque no sé qué podría hacer —miró a Joe—. ¿Le has dicho que lo sabemos?

—No. Tú decidirás qué hacer con esa información —se montó en la camioneta—. Ah, hay algo más —añadió.

—¿Más ...?

—Tu madre quiere hablar contigo.

Los dos hombres se miraron y Jared sonrió.

—Dile que iré pronto a verla.

Su padre se alejó. Jared miró el sobre y fue a su camioneta. Sacó unos papeles y los hojeó.

Ted Harper había contado con todo lujo de detalles cómo lo había abordado el senador y le había pedido que lo ayudara en un asunto. Harper dijo que creía que era una broma pesada.

Daba detalles que sólo podía dar alguien que había participado y no había motivos para dudar sobre el hombre que lo había contratado. El detective le enseñó una foto del senador y Harper dijo que era el hombre que lo había contratado.

Jared dobló los papeles y se los guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Ya que estaba fuera, decidió sacar las maletas del coche. Las llevó al dormitorio y salió al porche trasero.

Lindsey tenía la mirada perdida en el infinito. Se sentó al lado de ella.

—No sé por qué tu familia y tú estáis decididos a hundir la reputación de mi padre.

—He traído el informe por si quieres leerlo. Jared sacó el sobre y lo dejó en la mesa.

—Ya. Estoy segura de que ese hombre dijo al detective lo que tu padre quería oír.

—Ese hombre estaba allí. Me acuerdo de eso. Además, sabe demasiados detalles para estar mintiendo.

—Excepto quién lo contrató, claro —Lindsey se levantó y fue hasta la puerta—. Estoy segura de que te alegrarás de que la farsa de nuestro matrimonio haya terminado.

Él también se levantó.

—Lindsey, escúchame un minuto. Lo único importante, al menos para mí, es que no me metí en tu cama. Yo no provoqué esa situación.

—Tampoco fue mi padre —Lindsey entró en la casa.

Jared sacudió la cabeza. Ella no quería ver los defectos de su padre y él no podía hacer nada, salvo poner un poco de distancia entre los dos durante unas horas.

Jared volvió a su furgoneta y se alejó de la casa. No iba a ningún sitio concreto y se sorprendió al encontrarse en las afueras de San

Antonio. Notó que tenía hambre y se metió en el primer restaurante que vio. Mientras comía pensó en Lindsey y en la semana que habían pasado juntos. Tuvo la sensación de que ella le importaba más de lo que había imaginado. Sin embargo, la semana siguiente era Navidad y dentro de dos semanas cada uno seguiría un camino distinto.

No había motivos para cambiar el plan original. Si Lindsey quería pensar que su padre era un santo, ¿quién era él para tirarle por tierra sus ilusiones? Al menos, el misterio se había resuelto para él. Esperaba que pudieran quedar como buenos amigos.

Había anochecido cuando llegó a la casa y no vio ninguna luz encendida. Sintió remordimientos por haberse marchado sin decirle nada a ella. Entró en la casa y encendió la luz del vestíbulo.

—Lindsey...

No hubo respuesta y fue al dormitorio. La cama estaba hecha, pero no había rastros de ella. En la cocina encontró un papel sobre la cafetera.

J.

Una amiga va a llevarme al aeropuerto. He decidido irme a Nueva York un poco antes. Te agradecería que me guardaras mis cosas hasta que puedan mandármelas. He dejado en el porche trasero todo lo que no he podido llevarme.

L.

Si eso era lo que ella quería, él no tenía inconveniente. Se sintió casi aliviado por no tener que mantener una conversación incómoda con ella. Sin embargo, ¿por qué se sentía casi deprimido porque se hubiera ido antes? Volvió a leer la nota y supuso que era porque había esperado que hubieran podido seguir siendo amigos. Pero ya no quedaba esa esperanza.

Capítulo 11

—Estás enamorado de ella.

Jared miró a su madre con indignación.

—Sabes que no.

—¿Sí...? Ella se fue hace casi dos semanas y desde entonces estás como si hubieras perdido a tu mejor amigo. Ni siquiera celebraste la Navidad con nosotros. Pronto te irás al extranjero.

Ceo que la echas de menos porque estás enamorado de ella.

—Sueñas.

—Naturalmente, no habría comprado toda esa ropa sexy si hubiera sabido la verdad —su madre hizo una pausa e inclinó la cabeza—. Por cierto, ¿sirvieron de algo?

—No puedo creerme que me hagas esa pregunta.

—Sí sirvieron. Si no, no te habrías puesto rojo.

—Gail —intervino Joe desde la otra punta de la mesa—, no es de tu incumbencia lo que hicieran en su luna de miel.

—¡Lo sé! —ella se rió—, pero me encanta ver a mi hijo ruborizándose, él que conoce todo el mundo...

—Si vas a reírte de mí, creo que me iré a casa. Siento lo de Navidad, pero no estaba de humor para celebraciones. Sólo quería silencio y lo tuve.

—No te preocupes —le excusó Joe mientras se levantaba a la vez que Jared—. Te echamos de menos, claro, pero los demás tampoco vinieron a casa. Tenéis vuestras vidas y lo entendemos. Sin embargo, me apena verte tan abatido.

—¿Te conté que decidí no hablar del asunto con el senador? Habría mentido.

Jared llegó a su casa y apagó el motor de la furgoneta. Todo era normal otra vez. Se habían llevado las cosas de Lindsey y ya no quedaba rastro de ella. Deseó no haber hecho el amor la noche que llegaron. Todas las noches, cuando se acostaba, los recuerdos lo abrumaban y los sueños lo perturbaban. Dormido o despierto, Lindsey estaba en lo más profundo de su cabeza.

Pero no estaba enamorado de ella. No quería casarse, quería seguir haciendo su vida y por eso seguía en la furgoneta con las luces apagadas. Molesto consigo mismo, se bajó y entró en su casa.

La idea de ir al Mustang le espantó y pensó en llamar a alguna de las chicas que conocía, pero estaba casado y se sintió incómodo. Un matrimonio que había durado ocho días con sus noches. Tendría que estar contento de que las cosas hubieran pasado de aquella manera. Si ella se hubiera quedado, estarían fingiendo que era un matrimonio real; hablarían de tener hijos y él acabaría dejando su trabajo para no estar tanto tiempo lejos. Era curioso lo claramente que podía imaginarse a Lindsey con un bebé en brazos. Nunca había pensado en tener hijos ni en sentar la cabeza, entonces, ¿por qué no podía dejar de hacerlo en esos momentos?

Estaba aburrido. Se iría a Houston y se quedaría con unos amigos geólogos hasta que tuviera que marcharse. Era una gran idea.

Janeen White, una pelirroja muy juerguista, estaba preocupada por Lindsey. Llevaba dos semanas casi sin abrir la boca y Janeen nunca la había visto tan desalentada. Lindsey se pasaba casi todo el tiempo en la cama como si no pudiera enfrentarse al mundo. No se arreglaba ni comía, a no ser que Janeen insistiera mucho.

Janeen no sabía muy bien qué pasaba. Lindsey decía que todo había ido muy bien; Cancún estuvo muy bien; el agua estuvo muy bien y el hotel estuvo muy bien. Todo estuvo muy bien, pero era evidente que Lindsey estaba muy mal. Se negaba a hablar de Jared y eso quería decir que, por algún motivo, su relación con Jared hacía aguas y Lindsey lo llevaba mal. Ese día, Janeen estaba decidida a hacer algo.

Abrió la puerta del cuarto de Lindsey sin llamar.

—Feliz Año Nuevo, Lindsey. Te he traído una taza de café para que lo celebres.

Lindsey estaba en la ventana del dormitorio mirando la nevada.

—Gracias, Janeen —Lindsey ni siquiera se volvió—. Déjalo en el aparador.

Janeen le puso la taza en la mano y se tumbó en el sofá.

—¿Sabes que llevas dos semanas aquí y no has dicho más de dos palabras seguidas?

Hablábamos más cuando nos llamábamos por teléfono.

Lindsey hizo una mueca con los labios que quiso ser una sonrisa.

—Lo siento. Ya sé que no soy una gran compañía, pero tengo muchas cosas en la cabeza.

—No entiendo muy bien qué pasó cuando volviste de Cancún ¿Me lo contarías otra vez?

Janeen contaba con los modales de Lindsey para que no la echara a patadas de la habitación. Esperó mirando los copos de nieve y al cabo de unos instantes, Lindsey se sentó en la cama.

—Tenías razón. Nunca debí casarme.

—Vaya —Janeen miró fijamente a su amiga—. Debió de ser un auténtico desastre en la cama.

—Al contrario —Lindsey resopló—. Él era el sueño de cualquier mujer.

—Demasiado bueno… —Janeen arqueó las cejas.

—No… Ése no era el problema.

—Bueno, entonces, era muy aburrido fuera de la cama. Es una pena que nunca encontremos a hombres divertidos dentro y fuera de la cama. Supongo que no se puede tener todo…

Lindsey miró al vacío y Janeen esperó. Quizá estuviera enfadándola con sus comentarios.

—Jared era muy divertido —acabó diciendo Lindsey en tono pensativo—. Es cariñoso, le encanta bromear, no se toma muy en serio, hace que me sienta hermosa, me trata como si fuera especial para él.

Janeen la miró en silencio. Quería a Lindsey y no soportaba que alguien le hubiera hecho tanto daño.

—No me extraña que no aguantaras más de una semana con él —comentó Janeen pensativamente—. Parece un pelmazo.

Lindsey empezó a reírse y Janeen sonrió hasta que comprobó que la risa se había transformado en llanto.

—Cuéntamelo —abrazó a su amiga—. Aquí estás a salvo, Lindsey.

—Ya lo sé —Lindsey se secó las lágrimas—. La verdad es que he vuelto a fastidiarme la existencia porque creí a mi padre.

—¿Ya no lo crees?

—Lo llamé el día de Navidad. Estaba muy enfadado porque me había venido y empezó a soltarme un sermón. Yo lo corté diciéndole que él había tramado la historia de la boda.

—¿Qué historia?

—Mi padre lo organizó todo para que Jared apareciera en mi cama.

Janeen la miró boquiabierta.

—¿En serio?

—En serio, pero yo les había dicho a Jared y a su padre que era una mentira para desprestigiar a mi padre.

—Pero no era mentira...

—Cuando le conté a mi padre lo que yo sabía, él se puso muy digno y me contestó que sólo hizo lo que creía que me convenía; que los Crenshaw eran una familia muy poderosa; que él sabía que se ocuparían bien de mí; que todos saldríamos ganando; que después de todo lo que él había hecho para casarme, yo me había largado a Nueva York.

—¡Es una víbora!

—Janeen... toda mi vida... ha sido una mentira... Todo lo que creía de mi padre... era mentira... Es espantoso... mi padre... es una mala persona... utiliza a la gente... hasta a mí... sólo soy una mercancía... para obtener algo... ¿Qué puedo hacer? Nunca podré volver a mirar a Jared a la cara...

Janeen no era una persona violenta, pero si hubiera tenido al senador delante lo habría asfixiado con sus propias manos. Abrazó a Lindsey e intentó consolar a su amiga. Cuando Lindsey dejó de sollozar, Janeen se fue al cuarto de baño y humedeció una toalla.

—Toma, póntela en los ojos. Voy a hacer un té.

Cuando volvió, Janeen oyó el agua de la ducha. Esperó hasta que Lindsey apareció con un albornoz y una toalla enrollada a la cabeza.

—Gracias —dijo Lindsey en tono ronco mientras aceptaba la taza—. No sólo por el té.

Gracias por ser mi amiga y entenderme tan bien.

—Para eso están las amigas.

Se tomaron el té en silencio.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Lindsey al cabo de un rato—. Lo peor y más humillante de todo es que Jared se casó conmigo aunque no quería casarse.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—Porque quería hacer lo correcto y mi padre estaba histérico.

—¿De verdad? ¿Qué le afectaba a Jared?

—¿Qué quieres decir?

—No creo que él sea tan altruista y que sólo se casara por

bondad de corazón. Seguro que sacaba algo del matrimonio. ¿Sabes qué?

Lindsey la miró con recelo, pero Janeen mantuvo la mirada sin sonreír.

—Se acostó conmigo durante una semana. Supongo que eso es algo…

—Sí… —replicó Janeen pensativamente—. ¿Qué más?

—No lo sé. ¿Contentar a mi padre?

Lindsey se dio la vuelta con la cara roja de ira. A Janeen no le importó, por lo menos su amiga había reaccionado.

—Estás siendo muy desagradable, ¿lo sabías? —le reprochó Lindsey.

—Claro. Llámalo.

—¡Muy bien, lo llamaré! ¿Contenta?

Janeen le pasó el teléfono inalámbrico y Lindsey puso cara de espanto.

—Pero no ahora. Lo llamaré mañana a primera hora. Le desearé un feliz año nuevo y mucha suerte con su trabajo. También le diré que sé la verdad sobre mi padre y me disculparé.

Luego, colgaré.

Janeen se levantó. Ella había hecho todo lo que estaba en su mano.

—Mañana. Buena idea. Empezarás el año con un borrón y cuenta nueva.

—Sí.

Janeen salió del dormitorio, cerró la puerta y puso los ojos en blanco. Sabía que Lindsey se buscaría todo tipo de excusas para no llamarlo hasta que él se hubiera ido. Sin embargo, creía que había conseguido que Lindsey viera las cosas con más claridad, en lo referente a Jared. En cuanto al senador, esa mañana, cuando él llamó, Janeen tuvo el inmenso placer de transmitirle el mensaje de Lindsey de que no quería hablar con él. En su momento supuso que era porque no quería hablar de su viaje a Nueva York. Sabía que su amiga lo superaría, pero haría mal en no darle otra oportunidad a su matrimonio.

Esa noche, Janeen asomó la cabeza por la puerta del dormitorio de Lindsey.

—Me voy, ¿seguro que no quieres acompañarme? Es la mejor

fiesta del año.

Lindsey levantó la mirada del libro que estaba leyendo.

—Gracias, Janeen, pero no estoy de humor para fiestas. Hoy me has ayudado mucho y te lo agradezco. Diviértete. Mañana me lo contarás.

—Muy bien... Janeen suspiró, cerró la puerta y volvió a abrirla —. ¡Ah! Casi se me olvida.

Me he encontrado a un vaquero muy guapo en la puerta. No te importará que me lo lleve a la fiesta, ¿verdad? Me parece que es mi tipo...

—¿Un vaquero? —Lindsey dejó el libro—. ¿Aquí?

—Sí. Abrí la puerta y me lo encontré enfundado en un abrigo de piel vuelta, con botas y sombrero. No sabes qué ojos azules tiene...

Janeen no pudo terminar porque su amiga la apartó de un empujón y fue corriendo a la sala. Janeen sonrió. Podría acabar siendo un feliz Año Nuevo.

Capítulo 12

Lindsey se paró en seco. ¿Por qué había salido corriendo de aquella manera? ¿Qué iba a decirle? ¿Qué hacía él allí? Podría preguntárselo....

Lindsey entró en la sala. Jared estaba de pie con el sombrero en la mano. La miró con arrobo y una sonrisa arrebatadora. Luego, su cara se hizo inexpresiva y ella se preguntó si se lo habría imaginado todo. Lo miró para asimilar bien su presencia y con tanto deseo que le dolió físicamente.

—Jared, menuda sorpresa.

Janeen lo había descrito perfectamente. Llevaba un abrigo hasta las rodillas, unos vaqueros y unas botas. Nunca le había gustado tanto.

Ella, Lindsey, se agarró las manos para no lanzarse a su cuello y suplicarle que la perdonara. Oyó a Janeen que entraba y se volvió para presentarla. Entonces se dio cuenta de cómo iba vestida su amiga. Llevaba un vestido plateado de lamé tan ceñido a sus voluptuosas curvas que era imposible que llevara ropa interior.

—Janeen, te presento a Jared Crenshaw. Te habré hablado alguna vez de él.

Janeen la miró y dejó muy claro lo que pensaba.

—Encantada de conocerlo, señor Crenshaw. Es el marido de Lindsey, ¿verdad?

—Sí —respondió él lacónicamente.

—Maldita sea —exclamó Janeen exagerando el tono—. Ya está casado. Es una pena. ¿Hay muchos hombres tan guapos como usted en Texas?

Él intentó no reírse, pero se le escapó una leve sonrisa.

—En realidad, señora, hay un montón de ellos y casi todos son familiares míos.

Janeen se llevó la mano al pecho.

—Calma, corazón mío. Mañana mismo me marcho a Texas.

—Ésta —intervino Lindsey irónicamente—, es mi incorregible amiga Janeen White.

Jared alargó la mano.

—Encantado de conocerla, señora, Lindsey me ha hablado

mucho de usted.

Lindsey se dio cuenta de que Jared no apartaba la mirada de la cara de Janeen, pese al vestido que llevaba, lo cual le mereció bastantes puntos como marido.

—Me alegro mucho de conocerte por fin, Jared. Lindsey me ha contado muchas cosas de ti.

Perdóname que te dejara ahí abandonado, pero no sabía cómo iba a tomárselo...

—¿No tenías que irte a algún lado? —le preguntó Lindsey.

—Espero que no te hayas creído todo lo que te ha contado —replicó Jared con gesto inexpresivo.

Por un momento, Lindsey se temió lo peor. Janeen podría contestar cualquier cosa.

—Sólo he oído cosas buenas de ti, te lo aseguro.

Lindsey se quedó desconcertada al ver la cara de sorpresa de Jared.

—Bueno, me marcho —siguió Janeen—. Pasadlo bien esta noche. No creo que vuelva a casa antes de las tres. Me alegro de haber puesto cara al nombre de Jared.

Janeen se fue y sólo quedó el tic tac del reloj de pared.

—Hay que conocer a Janeen —comentó Lindsey con una sonrisa —. Es impredecible.

La sofisticada mujer que acababa de marcharse tenía un reloj con la forma de un gato que movía el rabo al ritmo del tic tac.

—Ella dice que Oscar es el único animal que le permite tener el casero y que se merece un sitio de honor.

—Ah.

Lindsey se sentía nerviosa al estar a solas con él.

—¿Quieres darme el abrigo? ¿Quieres tomar algo?

El se quitó el abrigo y se lo dio.

—Un café —contestó él mientras se soplaba los de dos—. Debería haberme traído los guantes.

Lindsey colgó el abrigo en el armario del vestíbulo y fue a la cocina seguida por él.

—Todavía no puedo creerme que estés aquí —dijo ella en tono despreocupado—.

¿Cuándo has llegado?

—Hace un par de horas.

—¡Vaya! ¿Vas a quedarte mucho tiempo en Nueva York?

—Me temo que no. Estoy de camino a Arabia y he decidido hacer una escala para verte.

Ella tenía un nudo en la garganta que no le dejaba hablar. Si quería verla, era porque se le había pasado el enfado con ella y su padre...

—Vaya —Lindsey se apartó de la encimera—. ¿Por qué no vamos a la sala? El café estará enseguida.

Fueron a la sala y Lindsey le señaló una butaca.

—¿Cómo me has encontrado?

—Fue fácil. En la oficina de tu padre me dieron todos los datos de Janeen.

—Vaya...

Se hizo un breve silencio y los dos hablaron a la vez.

—Es una coincidencia que hayas aparecido esta noche. Pensaba llamarte...

—Creía que no querrías verme, pero yo...

Se callaron y se miraron fijamente.

—¿Ibas a llamarme? —le preguntó él.

—Sí... Iba a desearte feliz Año Nuevo.

—Bueno, ya no tienes que llamarme para deseármelo.

Se hizo otro silencio y Lindsey oyó el borboteo del café.

—El café está hecho. Ahora vuelvo.

Cuando volvió, Lindsey estaba algo más tranquila. Le dio una taza a Jared y se sentó. Se hizo otro silencio, pero volvieron a hablar a la vez.

—Quería disculparme por...

Lindsey sonrió y él también sonrió. La tensión se disipó bastante.

—Tú primero —le invitó ella con un gesto de la mano.

—Quería disculparme por haberme marchado sin decirte nada. Creo que estaba aturdido.

—Yo quería disculparme por mi comportamiento ese día. Tú no hiciste nada y yo estuve imperdonablemente grosera. Siento haberos acusado a tu padre y a ti de mentirosos cuando estabais diciendo la verdad.

Él se quedó atónito.

—Entonces, ¿crees que tu padre planeó todo para que yo acabara en tu cama?

—Lo sé porque él lo ha reconocido abiertamente. Creía que estaba haciéndome un favor...

y a sí mismo, naturalmente.

—Me parece que me he perdido.

—No sabes lo humillada que me siento por lo que hizo. Decidió que yo tenía que casarme con un Crenshaw y tú estabas libre. Además, saliste conmigo algunas veces y eso allanaba su camino. Quiso obligarte a que te casaras conmigo por vergüenza.

Jared no comentó nada y se quedó mirando el café.

—Quiero ser completamente sincero contigo, Lindsey —dijo él al cabo de un rato—. Yo no me casé por eso.

—¿No?

—No. Mi primer motivo fue ayudar a mi familia a tratar con tu padre. Han pasado meses intentando que el comité que preside tu padre apruebe una ley de derechos del agua. Las cosas iban bien hasta que pasó todo aquello. Entonces, tu padre dejó de contestar a las llamadas de mi familia.

—Las maniobras de mi padre son infinitas, ¿no?

—Tengo que decirte otra cosa sobre tu padre y entenderé que me eches a patadas.

—No se me ocurre nada para que yo lo defienda...

—Los Crenshaw están buscando a un buen candidato que se oponga a tu padre en las próximas elecciones. Mi padre hizo que el detective que contrató siguiera una pista que había encontrado. Lo que descubrió podría encerrar a tu padre una temporada —Jared sacudió la cabeza—. Creo que te debo la verdad. No sabes cuánto siento que estés en medio, pero mi familia va a hacer lo que sea para apartarlo del cargo.

—Al parecer, por un buen motivo...

—Supuse que te enfadarías cuando te lo dijera —la miró con los ojos entrecerrados.

—De verdad, enfadarse es poco en comparación con lo que sentí cuando hablé con él en Navidad. Fue entonces cuando alardeó de lo que había hecho. Desde aquel momento he tenido que asimilar quién es mi padre.

Lindsey sonrió, aunque, desde que había sabido el verdadero motivo de Jared para casarse, quería llorar. Cuando lo vio en el piso, tuvo la disparatada esperanza de que hubiera ido para decirle

que quería seguir casado.

—Te agradezco que hayas sido tan sincero al decirme por qué te habías casado.

—He dicho que ése fue mi primer motivo.

El se pellizcó el lóbulo de la oreja y ella sabía que sólo lo hacía cuando estaba nervioso.

—¿Tenías algún otro?

—Ninguno especialmente admirable, pero tengo que reconocer que sí.

A ella le intrigó que se le hubieran puesto rojas las orejas.

—¿Vas a confesar? —le preguntó ella como si no le importara la respuesta.

—La verdad es que quería hacer el amor contigo desde que te conocí.

Ella se puso roja como un tomate.

—Misión cumplida.

Él asintió con la cabeza sin mirarla.

—Pero se volvió contra mí.

—Ah...

—Sí —explicó él en voz baja—. Hice una tontería porque me enamoré de ti.

Ella estaba segura de que se había imaginado lo que él acababa de decir.

—¿Qué has dicho? —le preguntó vacilantemente.

—Ya lo sé —dijo él en tono de rabia—. Enamorarse no entraba en el trato, pero quería que supieras la verdad ya que estábamos siendo sinceros —Jared se levantó—. Tengo que irme.

Ella lo miraba estupefacta. ¿La amaba? ¿Era posible que estuviera pasándole eso?

Ella se levantó cuando él volvió del vestíbulo con el abrigo en la mano y sacó una cajita del bolsillo.

—Estuve unos días en Houston, vi esto y me recordó a ti —él miró la caja—. No es gran cosa...

Ella, aturdida, aceptó el regalo. Él iba a marcharse después de decirle que la amaba. Tenía que detenerlo. Lindsey abrió la caja, vio una pulsera y entendió por qué le había recordado a ella. Entre los diamantes y los rubíes había unos pequeños delfines.

—Jared... —susurró ella.

—Espero que te guste.
Ella lo miró a los ojos.
—Me encanta, pero ni la décima parte de lo que te quiero.
El parpadeó y su expresión se tornó esperanzada aunque un poco cautelosa.
—Que yo te haya dicho lo que siento no significa que tú…
Ella lo calló con un beso que quiso expresarle el amor y la pasión que sentía. El la abrazó como si fuera un hombre hambriento ante un festín.
—¿Cuándo sale tu avión? —le preguntó ella.
—Mañana por la noche. Tengo una habitación en un hotel cerca del aeropuerto.
—Quédate aquí esta noche, por favor.
—¿Estás segura?
—Jamás he estado tan segura de algo.
Jared, con un grito de alegría, la tomó en brazos y fue hacia el pasillo. Ella lo besó en el cuello, la barbilla y la oreja.
—Segunda puerta a la derecha —le indicó Lindsey antes de seguir besándolo.
Se desvistieron y se metieron en la cama en cuestión de segundos. El reencuentro fue explosivo. Se recibieron con un placer enloquecedor y no bajaron el ritmo hasta alcanzar un clímax delirante.
Jared no dejó de acariciarla y besarla hasta que estuvieron excitados otra vez.
Lindsey no podía creerse que él la hubiera buscado y estuvieran en la cama. Esa vez hicieron el amor lentamente, entre caricias lánguidas y besos delicados, entre susurros que sólo pueden decir los enamorados, hasta que los movimientos volvieron a acelerarse ante la proximidad del éxtasis.
Se quedaron en silencio con la cabeza de ella apoyada en el hombro de él.
—Esta noche me recuerda a los sueños que he tenido desde que te fuiste —comentó Jared con una sonrisa—, pero mejor porque sé que es real.
—Si hubiera esperado hasta mañana para llamarte, ya te habrías ido.
—No sabes lo que me ha costado venir cuando no sabía cómo

ibas a recibirme. Luego, pareció como si Janeen hubiera desaparecido y yo pensé que no querías verme.

—Se va a enterar Janeen. Se quedó charlando conmigo sin decirme que estabas aquí.

—Disimulaste muy bien tu alegría. Estuviste más regia que nunca cuando me saludaste.

—Creo que ya sabes lo que siento, ¿no? —Lindsey sonrió.

—No estoy muy seguro —él frunció el ceño—. Podrías demostrármelo otra vez.

Ella no tuvo inconveniente en intentar convencerlo.

A la mañana siguiente, Lindsey y Jared fueron de puntillas a la cocina para hacer café.

Lindsey no quería despertar a Janeen. Al día siguiente las dos tenían que trabajar. Para Lindsey era muy emocionante, pero no tanto como tener unas horas más a Jared.

Se sentaron a la mesa de la cocina para tomar el café.

—Tengo que reconocer que esperaba que quisieras escucharme, porque quería preguntarte si estabas dispuesta a empezar otra vez conmigo.

—¿Empezar otra vez? —le preguntó Lindsey con expresión de perplejidad.

—Nuestro matrimonio.

—Bueno, creo que ya lo hemos hecho. ¿No lo hicimos anoche?

—Es evidente que nos entendemos en la cama, cariño, pero, en general, cuando una pareja se casa, suele pasar algún tiempo juntos para conocerse bien. Aparte de algunas citas y una semana en Cancún, sabemos muy poco el uno del otro —contestó Jared.

—No estoy de acuerdo. Hemos superado una crisis. Tú has tenido que soportar mi ceguera sobre mi padre y yo he tenido que soportar que no quieras casarte. Así que, ¿qué entiendes tú por empezar otra vez? ¿Eso de «hola, soy Jared»?

—Claro que no. Estamos casados y quiero que sigamos como una pareja que empieza una aventura nueva, sin el espectro de tu padre rondándonos. Además, es posible que al principio yo no quisiera casarme, pero ahora no puedo imaginarme no estar casado contigo. Me siento completamente enganchado a ti.

—Bueno —replicó ella en tono pragmático—, tendremos que posponer nuestra historia juntos hasta que vuelvas, ¿no? ¿Sabes

cuánto tiempo vas a estar fuera?

—La verdad es que no. Hasta septiembre u octubre, pero no me voy a otro planeta, ¿sabes?

Podemos escribirnos correos electrónicos. Es más, seguramente sea la única forma de que pueda concentrarme en lo que dices. Tu presencia me distrae mucho.

A juzgar por su mirada, estaba dispuesto a que lo distrajera un rato.

—No me apetece pasar nueve meses sin ti —replicó ella con tristeza—. Dos semanas han sido demasiadas.

—¿Nueve meses? ¿Estás insinuando algo?

—No —ella se rió—. Es el tiempo que vas a estar fuera.

—Bueno, me dirás si nuestra situación familiar ha cambiado, ¿verdad?

—Serás el primero en saberlo.

Lindsey se levantó y les sirvió más café.

—¿Cómo es posible que aceptes la separación con tanta resignación, Jared?

—Es muy fácil. He pasado dos semanas convencido de que no volvería a verte ni, mucho menos, hacer el amor contigo; de que nunca volvería a dormirme contigo entre mis brazos ni oiría tu risa ni vería el brillo de tus ojos cuando te excitas. Mi idea del infierno es no tenerte en mi vida. Puedo soportar estar unos meses lejos de ti si sé que estarás esperándome cuando vuelva —Jared miró el reloj —. Voy a tener que marcharme dentro de una hora. ¿No podríamos seguir la conversación en el dormitorio?

—Claro, señor Crenshaw. ¿De qué podemos hablar?

—De anatomía —contestó él mientras le quitaba la bata una vez en el dormitorio.

—¿De qué asunto en concreto?

El la tomó en brazos y se tumbó en la cama con ella.

—He descubierto que me encanta aprender anatomía por el método braille.

Capítulo 13

15 de enero

Cariño, perdona que no te haya escrito antes. Ha habido muchos cambios desde la última vez que vine. Las cosas están más asentadas y podré escribir más a menudo. También te mando todo mi amor.

Dale recuerdos a tu disparatada compañera de piso. Jared.

15 de enero

¡Qué alivio saber algo de ti! Se me han hecho muy largas estas dos semanas. No paraba de mirar a Oscar para ver si se le había parado la cola.

Me encanta trabajar en el museo y estoy aprendiendo mucho de lo que se cuece entre bastidores. La seguridad es impresionante, pero es normal cuando sabes los tesoros que tenemos aquí. Por favor, cuídate mucho. Tu amante esposa.

14 de febrero

Te he comprado algo por San Valentín, pero he decidido esperar a que vuelva para dártelo. Me acuerdo de la pulsera que te regalé y de lo cariñosa que estuviste. Supongo que no importa esperar un poco para que yo pueda recibir tu maravilloso agradecimiento. Te echo de menos. Te quiero, J.

14 de febrero

Cariñosa, ¿eh? Me alegro de saberlo. Es posible que en septiembre se me haya olvidado todo lo que me has enseñado y tengas que empezar otra vez.

Sigo encantada con el trabajo. Tengo una jefa muy buena. Sigo impresionada de la cantidad de trabajo que tenemos. Gracias por escribirme todos los días. Tener noticias tuyas me anima mucho. A veces me pregunto si soñé el tiempo que estuvimos juntos. Si es así, quiero seguir soñando. Te quiero.

26 de marzo

Me alegro de que hayas vuelto a hablar con tu padre. No tienes que estar mucho tiempo con él si no quieres, pero te quiere aunque sea a su manera, tan posesiva. Estoy seguro de que tiene virtudes, aunque yo no las haya visto. (Es una pequeña broma). Como siempre, fuiste muy educada.

Mi padre me ha escrito y me ha contado que han encontrado a un

hombre íntegro y preparado para ocupar el cargo del senador y ya está consiguiendo mucho apoyo. Jugar con nuestras vidas se le ha vuelto en su contra... aunque no paro de recordarme que salí beneficiado de esa jugada. Cuando te conocí no estaba dispuesto a casarme. Ahora soy feliz. Por cierto, qué llevas puesto en este momento? Tengo que hacer algo para dormir por la noche. Imaginarte con algo sexy podría ayudar… o empeorar las cosas. Tu marido añorante.

26 de marzo

Estoy delante de mi ordenador con mi vaporoso... no, no te lo tragarías. Está nevando y estamos casi en abril. Llevo un pijama de franela y calcetines de lana. Estoy reservando mis camisones sexys para cuando vuelvas. Además, están casi nuevos. Han ido de un lado a otro, pero excepto el que me puse la primera noche en Cancún, los demás están sin estrenar Es tarde y tengo que acostarme. En el trabajo sigo aprendiendo mucho. Espero que con tanta experiencia pronto pueda aspirar a ser conservadora de un museo pequeño. Quiero poder estar contigo allí donde te manden. Si hay un museo, siempre podré hacer algo. Te adoro, señor Crenshaw.

2 de abril

Hoy hemos tenido una tormenta de arena. Es espantoso. La arena se mete por todos lados. Metí el ordenador en un compartimiento estanco y aun así tenía arena cuando lo saqué. No entiendo que alguien quiera vivir en un sitio así, sobre todo si puede vivir en el paraíso, en Texas. Te echo de menos.

2 de abril

Ya, Texas el paraíso. Aunque, efectivamente, con sus tormentas de arena (Arabia no tiene el monopolio), sus sequías, sus inundaciones, sus langostas, tarántulas y escorpiones, Texas parece sacada del antiguo testamento.

Janeen lleva varios semanas saliendo con un tipo. Le he recordado que quedaste en presentarle a algún Crenshaw y me ha dicho que te diga que ya puedes darte prisa en ponerlos en fila porque su reloj biológico está dando señales de alarma.

Hoy he comido con mi padre. Ya nunca volveré a sentir lo mismo, pero seguramente sea mejor así.

Lo tenía en un pedestal y ahora ya no lo veo con un cristal de color rosa. No tengo intención de estar con él más que lo estrictamente necesario. Tendrías que haber oído su versión sobre lo que se está

cociendo para las próximas elecciones. Me quedé pensando que seguramente nunca en su vida le hayan dicho toda la verdad. Me alegro de que no estés metido en política. Te quiero y todo eso. Lindsey.

6 de abril

¿Qué tal está tu reloj biológico? Janeen siempre tiene unas salidas muy divertidas. Hablando de la familia, tengo que confesarte algo. No te lo había ocultado intencionadamente, es que no creía que fuera importante hasta que me he dado cuenta de lo que opinas sobre los políticos. Mi tío Jerome es senador por Texas y mi primo Jed, diputado. Creo que otro primo, Justin, también aspira a un puesto electo.

Pregúntale a Janeen si quiere un marido con alguna vocación concreta. Los Crenshaw somos muy versátiles. Jared el casamentero.

Lindsey se despertó de mal humor. Hacía meses que no sabía nada de Jared. Al menos, eso le parecía. Era 12 de mayo y él llevaba dos semanas sin escribirle, lo cual era raro y preocupante.

Quizá debiera llamar a la sede central de la empresa para saber qué pasaba. Él había intentado llamarla algunas veces, pero había tantas interferencias que era casi imposible entenderse.

Fue a la cocina y se sirvió un vaso de zumo y un café. Janeen ya estaba levantada y estaba en la sala viendo las noticias del día.

—¡No, no! ¡No puede ser! —exclamó Janeen mientras Lindsey dejaba la cafetera.

Ella abandonó el café y el zumo y fue corriendo.

—¿Qué pasa?

Janeen, que estaba con la mano en la boca y un gesto de horror, señaló la pantalla.

—...el terrorista suicida forma parte de un grupo que lleva meses actuando en la zona...

Lindsey miró a Janeen.

—¿Dónde ha sido el atentado?

—En Riad.

—¡Allí está la empresa de Jared!

Janeen la miró sin decir nada.

—¿Dónde ha explotado la bomba exactamente? ¿Lo han dicho? —preguntó Lindsey al ver que empezaban los anuncios.

—¿Te acuerdas de que hace poco un terrorista suicida se coló en un recinto estadounidense?

—Dios mío, ¿ha sido lo mismo?

—Sólo he oído que eran estadounidenses. Varios muertos y muchos heridos.

Lindsey intentó tranquilizarse. Había muchos estadounidenses trabajando allí. Jared trabajaba mucho en el yacimiento petrolífero. Buscó el número de teléfono de la sede central de la empresa en Houston.

—Sí... Tengo que hablar con alguien que me informe de la explosión que ha habido en Arabia Saudita. Mi marido está allí con su empresa. Se llama Jared Crenshaw. Sí, esperaré.

Janeen le acarició suavemente la espalda. Lindsey sonrió levemente mientras esperaba al teléfono.

—Sí, soy la señora Crenshaw. ¿Sabe algo de...? ¿Sabe si él estaba en Riad...? Sí, entiendo.

¿Podría tomar mi número de teléfono y llamarme cuando sepa algo? Claro, pero si hubiera alguna forma... Gracias —colgó y se volvió hacia su amiga—. Janeen...

—¿Qué te han dicho?

—No tienen ninguna información contrastada —Lindsey suspiró —. No saben dónde está Jared, no saben nada.

—Pero te llamarán cuando sepan algo, ¿verdad?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Les he dado este número, el de mi móvil y el de el museo. Yo no puedo hacer nada más.

—Eso es lo peor; la sensación de impotencia.

—Tengo que irme o llegaré tarde. Te llamaré si me entero de algo. Tú haz lo mismo.

—Cuenta con ello.

Tres días y tres noches en vela más tarde, el teléfono sonó a las cuatro de la madrugada.

Lindsey lo descolgó con el corazón en un puño.

—Dígame... —oyó unas interferencias y una voz muy lejana—. ¿Quién es?

—Soy Jared, ¿puedes oírme?

Se echó a llorar.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras intentaba secarse las lágrimas.

Oyó la voz, pero no pudo descifrar las palabras. Cuando colgó al cabo de unos minutos, vio la silueta de Janeen en la puerta.

—¿Está bien?

—No lo sé —contestó Lindsey entre hipos, sollozos y risas—. Sólo sé que está vivo.

—¿Qué te ha dicho?

—Sólo he entendido palabras sueltas. Un colapso del ordenador, Frankfurt, que me quiere y que vendrá pronto.

Se miraron con incertidumbre.

—¿No te ha dicho si está herido? —le preguntó Janeen.

—No lo sé. Si lo ha hecho, no lo he entendido.

Se hizo un breve silencio.

—No me importa —siguió Lindsey—. No me importa si ha perdido un miembro o un ojo o va a pasar el resto de su vida en una silla de ruedas. Está vivo y eso es lo único que me importa.

Tres días más tarde, Lindsey recibió una llamada de la empresa en su teléfono móvil.

—Dígame... Sí, soy yo. Ya, entiendo. Sí, gracias. Le agradezco la llamada.

Colgó y llamó a Janeen.

—Acaba de llamarme la empresa. Mañana lo mandan en avión a Estados Unidos. Me han dado el número de vuelo y me han dicho que aterrizará en Newark. La secretaria no sabía cómo estaba ni de dónde venía. Tengo que ir.

Cuando volvió al trabajo, tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a bailar y gritar.

Esa noche, Janeen estaba esperándola en la puerta.

—¡Serás canalla! Me has colgado antes de que pudiera preguntarte algo.

Lindsey colgó el abrigo.

—Le he contado lo que pasa a mi jefa y me ha dado permiso para que me tome todo el tiempo que necesite. Sin embargo, como Jared viene mucho antes de lo previsto, le he dicho que tendrá que buscarme un sustituto. Hemos hablado un rato y se ha ofrecido a darme una carta de recomendación cuando la necesite. Me ha emocionado.

Se abrazó a Janeen y dio vueltas con ella por toda la habitación.

—Me muero de ganas de verlo bajar del avión. Cuando esté en tierra, se necesitará una palanca para separarme de él.

—¿Sabía la secretaria si está herido?

—No, pero si estuviera gravemente herido no vendría en un

vuelo regular, ¿no?

—Nunca se sabe —Janeen levantó las dos manos.

Lindsey estaba en el aeropuerto dos horas antes de la hora prevista para la llegada del avión. En vez de sentarse, buscó a alguien que tuviera alguna autoridad.

—Mi marido viene de Frankfurt y es posible que venga herido. Me gustaría estar en la puerta cuando baje del avión.

—Lo siento, pero si no tiene billete, tendrá que esperarle en la barrera de seguridad.

—Ya lo sé, por eso estoy hablando con usted. ¿No podría darme algún pase para que pueda recibirlo en la puerta?

—No. Si hiciera una excepción, todo el mundo querría el mismo trato.

Miró al hombre que estaba al otro lado del mostrador. No iba a dejarle que recibiera a Jared. ¿A lo mejor ella no lo veía cuando saliera? Él no sabía que ella estaba allí. El no la buscaría y podrían no encontrarse.

—Entiendo. No hay excepciones.

—Efectivamente.

—Muy bien —Lindsey sonrió—. Entonces, compraré un billete para cualquier avión que despegue en esa zona —ella se alejó del mostrador.

—Pero, señora Crenshaw, son vuelos internacionales...

Ella se volvió y lo miró con displicencia.

—Lo sé perfectamente.

—¿Va a gastarse todo ese dinero para estar en la puerta cuando baje su marido?

—Me gastaré hasta el último céntimo si es necesario.

Lindsey miró las salidas de vuelo y eligió Roma. Fue al mostrador y se puso a la cola. No tuvo ningún inconveniente hasta que dijo que no tenía equipaje. En ese instante, se vio rodeada de unos policías federales que la llevaron a una especie de sala de interrogatorios.

—¿Qué quiere decir con que no piensa utilizar el billete? ¿Quién va a hacerlo?

—Nadie —ella suspiró—. Sólo quiero ir a la puerta de llegadas para recibir a mi marido.

—¿Antes de que pase la aduana?

—Sí. Puede comprobar que no llevo nada en el bolso.

—No se trata de eso, se trata de lo que él pueda darle a usted.

—Le aseguro que lo único que espero es que me dé un beso apasionado. Llevábamos tres semanas casados cuando él se fue. Hemos estado separados unos meses y es posible que esté herido por el atentado suicida de Riad. Él no sabe que estoy aquí y temo que no me vea entre toda la gente.

Los tres hombres hablaron entre ellos y Lindsey empezó a ponerse nerviosa porque el vuelo iba a llegar.

—Podemos hacer una cosa —dijo uno de ellos—. No hace falta que compre el billete, yo le escoltaré para que pueda verlo y luego usted y yo esperaremos a que pase la aduana.

—¡Muchísimas gracias! —Lindsey miró el reloj—. Tenemos que irnos o no llegaremos.

Condujeron a Lindsey por una serie de pasillos reservados para empleados.

En esa zona sólo había algunos pasajeros que esperaban a embarcar y unos empleados del aeropuerto. Ella podía ver claramente la puerta por donde aparecería Jared. Todo fue bien hasta que salieron los pasajeros y ninguno de ellos era Jared. Ella intentó no ponerse nerviosa, pero salieron dos auxiliares de vuelo y los auxiliares de vuelo siempre salían los últimos. Fue hacia ellos para preguntarles si quedaba algún pasajero cuando vio a Jared que bajaba lentamente la rampa. Había adelgazado unos diez kilos, estaba pálido y claramente agotado. Era la imagen más maravillosa que había visto en su vida.

Jared no la vio hasta que estuvo tan cerca que ella pudo dirigirse a él.

—Bienvenido a casa, vaquero.

Él se paró en seco y la miró como si hubiera visto un fantasma. Parpadeó, se frotó la cara y fue hacia ella con una sonrisa deslumbradora. Ella lo recibió con los brazos abiertos de par en par.

Epílogo

Era junio y los Crenshaw daban una fiesta para recibir a Jared. Lindsey y él vivirían en Houston, a media hora en coche del rancho. Jared ya no quería viajar y lo habían destinado a las oficinas de la sede central. Tenía a Lindsey agarrada por la cintura y recibían a todos los que llegaban, pero él ya parecía cansado.

—Estás temblando —le dijo ella cuando estuvieron solos—. Vamos a sentarnos.

—Me siento muy débil, como un inválido.

Se sentaron a una de las mesas.

—Ya llevas unas semanas aquí. Te mataría por no haber dicho que estabas tan mal.

—He sobrevivido...

—Pero podrías habérmelo dicho.

—¿Para qué? ¿Qué habrías hecho?

—Exigir que te mandaran de vuelta inmediatamente para que yo pudiera cuidarte.

—Y lo habrías hecho... —Jared se rió.

—Por lo menos estabas lejos del atentado. Cuando me enteré casi me da algo.

—Intenté llamarte inmediatamente, pero no conseguía conectar. Ya estaba de camino a Frankfurt cuando pude hablar contigo.

—Y te hospitalizaron al instante.

—Sólo para hacerme unas pruebas.

Jake y Ashley, muy embarazada, se sentaron con ellos.

—¿De qué estáis discutiendo? —preguntó Jake.

—No estamos discutiendo —Jared sonrió—. Sólo intercambiamos opiniones.

—Ya...

—Ashley —intervino Lindsey—. Estarás muy incómoda estos días...

—Ella no lo reconocerá —Jake acarició la espalda de su mujer —. He hecho todo lo posible por aligerarle la tensión.

—Es verdad. Me da masajes en la espalda, los pies y los tobillos todas las noches —le brillaron los ojos—. Anoche me pintó las uñas de los pies.

—Podrías habértelo callado —replicó Jake entre las risas de Jared.

—Me parece encantador —le tranquilizó Lindsey.

—Es una descripción perfecta de Jake, encantador.

—Cierra el pico —gruñó Jake—. Ya veremos qué haces cuando tu mujer diga que no puede verse los pies y tiene que pintarse las uñas. No sé qué os pasa a las mujeres con el esmalte de uñas.

—Yo me siento desnuda si no me pinto las uñas de los pies —

explicó Ashley mientras enseñaba las uñas de las manos sin pintar —. Naturalmente, hace años que me he resignado con éstas. Es una pérdida de tiempo para una veterinaria.

—¿Tienes fecha para el parto? —le preguntó Lindsey.

—En teoría, es para dentro de un par de semanas, pero, a juzgar por lo mal que me he encontrado últimamente, creo que podría ser antes.

Jake y Jared se miraron con gesto de espanto.

—¡Ni se te ocurrirá tenerlo esta noche! —exclamó Jake.

Las dos mujeres se rieron.

—Jake, ¿te has fijado esta noche en Jude? —le preguntó Jared mientras miraba alrededor

—. Está ausente y más callado que nunca —señaló con la cabeza a Jude, que estaba hablando con su padre—. ¿Cómo le va su destino en San Antonio? ¿Sabes algo?

—No —contestó Jake—. Ha debido de considerar que tu vuelta merecía una visita. Lleva más de un año en San Antonio y es la primera vez que viene desde nuestra boda.

—¿Y sabes algo de Jason?

—Te digo lo mismo. Le escribe correos electrónicos a mamá de vez en cuando, pero nunca dice dónde está.

—¿Vuestros hermanos están sorprendidos de que os hayáis casado? —preguntó Lindsey.

Jared y Jake se miraron.

—Es una forma de decirlo —contestó Jared—, pero creo que sus palabras serían: «Mejor tú que yo».

Las dos mujeres soltaron una carcajada.

—Es un buen epitafio —puntualizó Lindsey.